

VOCES QUE GERMINAN EN LA COTIDIANIDAD DE LAS ESCUELAS.

VOLUMEN I

ISBN: 978-958-5124-42-4





GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN



GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN

**VOCES QUE GERMINAN EN LA
COTIDIANIDAD DE LAS ESCUELAS
VOLUMEN I**



GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN

Voces que germinan en la cotidianidad de las escuelas
Volumen I

Esta publicación es producto del contrato 4600012064, Plan de Desarrollo 2020-2023. Esta publicación es realizada con fines educativos y su distribución es gratuita. Ley 23 de 1982, artículo 32. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin autorización de los autores o los editores. Publicación realizada en el marco del Contrato Interadministrativo n.º 4600012064 de 2021, entre la Secretaría de Educación de Antioquia y la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas de la Universidad Nacional de Colombia – Sede Medellín, para el acompañamiento a los procesos de formación virtuales para maestros y maestras de municipios no certificados del departamento de Antioquia, en el marco del programa Maestros y Maestras para la Vida.

Medellín - Colombia 2021
Distribución gratuita / 300 ejemplares
© Gobernación de Antioquia, Secretaría de Educación 2021
ISBN: 978-958-5124-42-4

Gobernador de Antioquia
Aníbal Gaviria Correa

**Secretaría Regional y Sectorial de
Desarrollo Humano Integral**
Alexandra Peláez Botero

Secretario de Educación de Antioquia
Juan Correa Mejía

Subsecretario de Calidad Educativa
Juan Diego Cardona Restrepo

Subsecretaria de Planeación Educativa
Tatiana Maritza Mora

Subsecretaria Administrativa de Educación
Luz Aida Rendón Berrío

Director Gestión de la Calidad del Servicio Educativo
Adrián Marín Echavarría

**Equipo Pedagógico Secretaría de Educación de
Antioquia**
Julián Andrés Corrales Gil

Juliana Andrea Julio Agudelo
Leonardo Antonio Carvajal
Leonado Enrique Delgado Currea
Sara Lucía Cuartas Yepes
Yaneth Peláez Montoya
Yesenia Quiceno Serna

Coordinación Editorial
Manuela Arango Restrepo

Corrección de estilo
Maira Fernanda Guzmán García

Diagramación
Camila Cano Tapias

Ilustraciones
Camila Cano Tapias

Impresión
Todográficas



GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN

Tabla de contenido

- 7... **Introducción** Alexandra Peláez Botero
- 9... **Presentación** Juan Correa Mejía
- 11... **Recordar es vivir** Luis Armando Bedoya Osorio
- 15... **El comienzo de una aventura llamada docencia**
Norman Paul Bolaños Aguilera
- 19... **Historia de una maestra**
Mabel Cristina Bustamante Hincapié
- 25... **¡Mucho cuidado con Remedios!**
Leidy Bianet Castrillón Acevedo
- 29... **Juegos con sonidos que se leen** Aídee Ceballos
- 31... **Un club para transformar-me**
Jaime Andrés Echavarría Jiménez
- 35... **La suplente: memorias de una docente provisional**
Juliet Franco Acevedo
- 39... **Mirar es hablar con los ojos**
Diana Milena Franco Núñez
- 43... **Trazando líneas y poetizando espacios**
Daniela García Vanegas
- 55... **Una oportunidad, una iluminación, una voz, una exhortación: mi camino en la educación**
María Isabel Garzón Castaño
- 59... **Más que una profesión, mi orgullo y satisfacción: ser maestra** Dora María Giraldo Montoya
- 63... **Mi fortaleza cimentada en mi pasado**
María Isabel Giraldo Rojas
- 67... **Las voces del ayer son las voces de hoy**
Edwin Kenny Granados Maestre
- 71... **Un símil, una reflexión y la experiencia desde la narrativa del docente** Pedro Rafael Guerra Meza
- 75... **BiblioCancha: la combinación perfecta**
Francisco Luis Guiral Agudelo, Gladys María Rojas Durango, Lina María Álvarez Uribe
- 79... **Soy aire, fuego, tierra... soy lenguaje**
Beatriz Elena Hernández Álvarez
- 83... **Mi escuela** Jorge Armando Hernández Álvarez
- 87... **Narrando, narrando, voy reflexionando**
Lina Marcela Jaramillo López
- 93... **Arte en el territorio** Eliana Jiménez Bobadilla
- 97... **El Poni rosa** Daniel Alejandro Jiménez Gallego
- 101... **Manifiesto de la clase de artes de la IESAP**
El salón de artes huele a jabón Rey
Aura Alejandra Lambertinez Duque
- 105... **Quiero ser como mi maestra**
Juliana Marcela Londoño Fernández
- 109... **Del nomadismo pedagógico y de las TIC como fruto para semilleros** Luis Alfonso López Hernández
- 115... **En busca del fuego del relato: viaje hacia la isla desconocida** María Eugenia Lora Higueta, Johanna Mildrey Moreno Zapata

Tabla de contenido

- 123... **Un micrófono con sentido social y poder transformador de la realidad**
Adriana María Medina Jaramillo
- 127... **Cotidianidad de un maestro**
Julio César Mejía Castro
- 133... **Robowhat? Reflexiones sobre locos bajitos**
Óscar Meneses Cardona
- 137... **Salir de la zona de confort y ver la escuela con otros ojos**
César Iván Mesa
- 143... **Lo que escondemos las maestras**
Ledys Natalia Moncada Urrego
- 149... **Apuestas de maestros con estrategias desde las TIC para la inclusión** Jesús Steiner Montoya Vargas
- 153... **Unas voces de colores que surcaron las alturas**
Sandra Patricia Muñoz Zamora
- 159... **El convite como estrategia para fortalecer lazos entre la escuela y la familia**
Martín Alonso Obregón Rentería
- 165... **Crónicas de un maestro**
Frank Alexander Parra Sánchez
- 169... **Una mirada a la educación desde otra profesión**
Diana Yojaida Pedroza Molina
- 173... **Avizorando nuevos horizontes**
Kelly Andrea Peña López
- 179... **Leer en la escuela** José Ignacio Quintero
- 183... **Sobre las marcas sensibles en la memoria (apuntes para responder preguntas)**
Ana Lucía Quintero Rendón
- 187... **Anacardium Excelsum: De lo cotidiano a lo extraordinario** Wilson Ramírez Salazar
- 191... **Una historia de vida en tercera persona sobre un maestro que siembra poesía en el territorio**
Edwin Andrés Rendón
- 197... **Aventura maestra** Luz Maris Robledo Magaña
- 201... **Experiencias de una maestra**
Fanny Rodríguez Flórez
- 205... **Sueños cumplidos** María Marleny Rodríguez Gómez
- 211... **¿Y si practicamos en la escuela?**
Leonardo José Rodríguez
- 217... **La Investigación: camino a la formación y transformación docente**
Beatriz Elena Rojas Cardona
- 221... **La clase de los indeseables**
Diana Marcela Serna López
- 227... **Reflexiones de un maestro con su principito. Ejercicio de construcción profunda sobre el ideal de la escuela y la vida misma**
Luis Carlos Tirado Franco

Introducción

Maestros, maestras, directivos docentes:

Desde nuestra llegada a la gobernación, expresamos el deseo de visibilizar la experiencia que ustedes han acumulado durante años en las escuelas. El Programa de Gobierno Maestros y Maestras para la Vida es nuestro canal para que sus voces, sus rostros y sus saberes se conozcan en todo el territorio de Antioquia.

En esta ocasión, el equipo de la secretaría les entrega la colección *Pensamiento, escuela, maestro y maestra*, una producción académica en la que se expresan los desarrollos pedagógicos en el aula de clase y se promueven las prácticas educativas, los ensayos y las narrativas de maestros y maestras que, en todo momento, están pensando el acto de educar.

La colección que estamos entregando está integrada por varios títulos: “Historias de vida y narrativas biográficas de maestros y maestras”, que recrea el mundo de la vida escolar de las escuelas del departamento. “Escrituras desde el aula”, en el que encontrarán un acumulado de experiencias educativas que servirán de inspiración para todos. “Propuestas didácticas para la escuela. Programa Todos Aprender” es un título que recoge los desarrollos y reflexiones educativas de los maestros y maestras de Antioquia en el marco del Programa Todos Aprender. Y, por último, “Voces que germinan en la cotidianidad de las escuelas” es la expresión sensible del acto político de ser maestro y maestra en los territorios de Antioquia.

Alexandra Peláez Botero

Presentación

Posicionar a los maestros y maestras como sujetos de saber pedagógico y actores políticos en Antioquia, es la tarea que tenemos en la Secretaría de Educación, es por esto que, a través de la Colección Pensamiento Escuela Maestro y Maestra, difundimos sus escrituras, sus experiencias y el acumulado pedagógico que han adquirido recorriendo el territorio del departamento.

Compartir experiencias, narrativas y reflexiones de lo vivido en las instituciones educativas permite reconocer al maestro y a la maestra desde su ser, y reconocer en ellos lo fundamentales que son para el desarrollo social, cultural y educativo de Antioquia. Y son estas

mismas voces las que van marcando un modo de relación positiva con el otro y el entorno, ese extraño que debe ser un cómplice para la vida y para estar UNIDOS. El objetivo, a través de los distintos textos que se encuentran en los cinco libros que componen la Colección, es acercarnos al territorio que se habita, a las relaciones que se construyen en las aulas y las reflexiones que emergen en estos espacios.

MAESTROS Y MAESTRAS PARA LA VIDA, uno de nuestros programas bandera, continúa abriendo los escenarios territoriales, para que desde allí se narre la educación en Antioquia.

Juan Correa Mejía

Voces que germinan en la cotidianidad de las escuelas

Cuando se mira los espacios que existen en las escuelas de nuestro departamento -aulas, corredores, patios de recreo, jardines, patio de juegos infantiles, huertas, canchas deportivas, entre otros-; las siluetas del maestro y la maestra están siempre presentes en estos espacios. Siluetas, que al mirarlas con detenimiento comienzan a cobrar vida, a tener rostro, a llenarse de colores y de múltiples personalidades. Al recorrer las escuelas de Antioquia, estas siluetas adquieren nombres: Luis Carlos, Sandra, Gabriela, Claudia, Albeiro, Alexander, Diana, etc. Ya con nombres, estos maestros y maestras, tienen una historia. Esto es lo que deseamos narrar: las historias de la llegada de un maestro a una escuela, del inicio de ese primer amor con la educación, las soledades de esa maestra lejos de su hogar, las largas caminadas, los múltiples y variados transportes que se toman para llegar a la escuela, las alegrías y los dolores que acompañan esta vocación. En fin, un sinnúmero de peripecias que juntas conforman un legado en la memoria pedagógica de los maestros y maestras de Antioquia.

Estas narrativas, cuando se hacen públicas, están dibujando una escuela en la cual los maestros y maestras son actores políticos e intelectuales del saber pedagógico; una

escuela que integra la vida real con los saberes que enseña; una escuela experimental, que enseña desde las pasiones, los gustos y los intereses de los niños y niñas que están ávidos por el conocimiento; una escuela que tiene capacidad de mirar al otro, reconocerlo y hacerlo su cómplice en la cotidianidad, en el amor y en ese estar juntos; una escuela creativa, viva y de colores, que enseña habla y sueña.

Unas escuelas así, nos movilizan a un lugar de conversación alrededor de la profesión docente, de la pedagogía y sus prácticas en las aulas de clase. Una conversación que es la conceptualización de la escuela en cada rincón del territorio. Y es aquí que cobran valor estas narrativas que hacen los maestros y las maestras, ya que sus palabras son elementos teóricos para continuar construyendo un proyecto de escuela para la vida. Una escuela que piensa otros modos de enseñar, currículos flexibles y procesos de enseñanza pertinentes para los niños, las niñas y los jóvenes que habitan las escuelas.

Adrián Marín Echavarría
Director de Gestión de la Calidad
Secretaría de Educación de Antioquia



RECORDAR ES VIVIR

Luis Armando Bedoya Osorio*

* Maestro de la Institución Educativa Rural Belinda Valencia del municipio de Donmatías. Correo electrónico: bedoyaosoriolabo550@gmail.com

Será grato recordar mi trayectoria en esta magnífica labor como docente. Mi nombre es Luis Armando Bedoya Osorio, docente en el área de Matemáticas, la más bella de las ciencias. Mi historia comienza a los nueve años de edad. Cursaba cuarto de primaria y me enamoré perdidamente de mi profesora Nohemí, no recuerdo su apellido. Era una mujer morena, muy alta, casi 1.90 metros, manos gigantes y un cuerpo perfecto. Ella era mi profesora de Matemáticas y quedé flechado; por lo que decidí (la mejor elección en toda mi vida) estudiar lo mismo para que me reconociera, pero nunca se fijó en mí. Desde temprana edad se convirtió en una constante este hecho, los números se metieron en todo mi ser y fueron mis compañeros en horas llenas de placer, al tratar de reconocer todas sus maravillas. Hoy, a mis cincuenta y siete años, sigo vibrando con su estudio y no termino de hacerlo.

Siempre me fue bien en esta área. En mi colegio, en la jornada contraria, llenaba de compañeros los salones, con explicaciones de matemáticas, física e incluso química. Tenía el don de hacerme entender y me gustaba servir a mis compañeros. Esto me reafirmó que debería estudiar algo asociado con los números.

Al terminar el grado once decidí que estudiaría Licenciatura en Matemáticas y Física en la Universidad de Antioquia. A mi padre no le gustó, él quería que estudiara

Ingeniería Geológica en la Universidad Nacional. Cuando pasé a la licenciatura, se enojó y me dijo: “Se va a morir de hambre como profesor”, me quitó todo su apoyo y tuve que pelear duro con mi decisión. La vida me dio el privilegio de demostrarle a mi padre que podría vivir muy bien con mi profesión. Años más tarde, me di el lujo de sostener, con mi trabajo, parte de la vejez de él y de mi madre.

Se dice que recordar es vivir, por eso voy a aprovechar este escrito para revivir una carrera docente llena de alegría, honestidad y amor al gran trabajo de formar a las nuevas generaciones. Desde muy joven empecé mi labor en la escuela donde terminé mi bachillerato, mi primer grupo fue un tercero de primaria y mis compañeros de trabajo fueron varios de mis profesores; la juventud atrevida reñía con los años de trabajo. No me fue bien y rápidamente salí de esa escuela. Tiempo después, la comunidad de ese grupo de colegios me contrató como experto para dinamizar la enseñanza de las matemáticas y volví a encontrar algunos de los docentes que reñían con mi impertinencia en ese primer año.

Con rapidez encontré mi gran escuela de formación, aun por encima de mi *alma mater*. Llegué al colegio Colombo Francés (La Casa del Sol), allí encontré un grupo de docentes formidables, gente llena de vida que me enrutó por este mundo maravilloso de la educación con senti-

do. Encontré los proyectos de aula, el trabajo con corporaciones externas y el trabajo en equipo con profesores enamorados de la educación. Este encuentro fue fundamental para mi formación como docente.

Después, en 1994 entré al Liceo Antioqueño, ubicado en Bello, institución pública en la cual desarrollé todo mi potencial de innovación con un montón de experiencias de toda índole. Algunas de ellas muy buenas, como la que me llevó al Congreso de la Educación Matemática en Bogotá, representando a Antioquia en 2007. También, aquella aventura cuando decidí salir por la quebrada cerca del colegio en una salida de campo, todo era alegría de los niños. Estaba contento al verlos tan entusiasmados, pero a tan solo diez minutos de camino nos atacaron las abejas, ¡qué susto tan grande! Yo no sentía las picadas porque estaba tratando de ayudar a mis alumnos, muchos llegaron al colegio; pero se me quedaron dos atrapados. Los bomberos nos ayudaron y yo estaba preocupado, por fortuna nada malo pasó y de esa aventura sacamos un proyecto para recordar lo vivido.

Después volví seducido por la academia para formar un equipo de profesores de alto nivel en un colegio de élite del departamento. En esta institución encontré un ambiente apto para crecer, además, pude conocer a mi ídolo: Carlos Eduardo Vasco, quien dirigió la comisión de sabios

en los años noventa. Lo estudié con más entusiasmo y su trabajo dio luz a mis aventuras en el aula. También, conocí a varios académicos prestigiosos en el área de Matemáticas para Colombia y la región. Allí, lidere el grupo de profesores denominado El Ágora, el cual dio nacimiento a un trabajo de integración de áreas y grupos. Fuimos a representar a Antioquia en el Congreso Nacional de Integración en el Aula, en el prestigioso Gimnasio Moderno de Bogotá. Ese trabajo fue fantástico, pero rompía con todas las estructuras de la escuela tradicional y se tuvo que hundir. Ahora, integro un proyecto con una universidad para formar en la enseñanza de las matemáticas a varios municipios del suroeste antioqueño. ¡Qué maravilla llevar mi experiencia a más maestros!

Por último, volví al sector público, a una escuela rural, todo mi conocimiento lo puse allí, pues no podía creer que la escuela siguiera enseñando cosas sin sentido. Me di cuenta de que estábamos en la Cuarta Revolución Industrial y nosotros todavía seguíamos en la segunda. En contra de todos, llevé el proyecto a buen término y sin proponérmelo me gané en 2018 el premio Maestro Excelencia. Además, los alumnos ganaron en Innovantioquia 2017 y en noviembre de 2018 fui reconocido en su revista como docente innovador a nivel mundial. De esta manera, logré que una compañía se vinculara al proyecto y firmé un contrato con la institución educativa, en el cual



se comprometía a vincular a los alumnos que terminaran y quisieran seguir con la programación. Desafortunadamente, estos logros no les gustan a los docentes tradicionales y por múltiples razones salí de la escuela.

Llegué a Donmatías e inicié mi proceso. Logré hacer con los alumnos de décimo y once un trabajo denominado El sistema solar a escala, en el cual realizamos el sistema solar en distancias y tamaños de forma proporcional. Trabajo que presentamos a la comunidad, por lo que el Planetario de Medellín decidió darnos un Planetario Escolar, y con esto formamos el grupo de astronomía en la escuela.

En todos estos años he dirigido también los grupos de danza tradicional y bailes de salón, que es otra de mis pasiones. Lideré estrategias como el uso de ajedrez y cubo de Rubik para dinamizar las clases. Esto, en realidad, ha sido la mejor aventura. Soy un docente feliz, lleno de historias y, sobre todo, con un montón de vidas transformadas; por eso nos hacemos docentes.

Parece que solo llevo unos cuantos meses y ya, pero son treinta y cuatro años. Mi mejor decisión fue ser docente de Matemáticas, la más bella de las profesiones. Gracias a todos mis estudiantes por permitirme soñar con ellos.



EL COMIENZO

DE UNA AVENTURA LLAMADA DOCENCIA

Norman Paul Bolaños Aguilera*

* Maestro de la Institución Educativa Escuela Normal Superior del Bajo Cauca del municipio de Caucasia. Correo electrónico: normannba01@outlook.com



Era un caluroso día de febrero de 1980. Había aceptado el reto de ejercer como maestro. De modo que, hechas todas las diligencias de la posesión, llegué puntual al puerto fluvial con el ánimo de emprender una interesante aventura. Entonces, viajé hasta Palomar en chalupa, vehículo en el que jamás había subido. Esta población era un corregimiento con cerca de ciento cincuenta habitantes. Luego supe que aquellas personas hospitalarias, alegres y joviales se dedicaban en su mayoría a la minería artesanal o con uso de motobombas; otros, a la pesca o la agricultura.

Mis estudiantes ganaban en un fin de semana el equivalente a mi salario mensual. Eran, en su mayoría, jóvenes de edad cercana a la mía que se dedicaban a la minería. Con veinticuatro años yo lucía abundante cabello sobre mi cráneo, además de bigote estilo Salvador Dalí. La pri-

mera impresión que tuve de la localidad fue tan particular que todavía asumo que es un paraíso: naturaleza en su máximo esplendor, un río colosal, la quebrada cristalina, los atractivos y míticos cerros cercanos, el canto de los pájaros, las garzas en la playa y los bocachicos y bagres amontonados en la arena. Todo era producto de la jornada de la noche anterior de los pescadores. En una expresión, era una explosión de vida y colores que cautivaba y embelesaba los sentidos.

Prontamente, entré en confianza con la comunidad. Los estudiantes indagaban si yo jugaba fútbol y las chicas querían saber qué tanto bailaba. Estaban pendientes de mis gustos y mi acento. Los hacía reír cuando decía un nombre distinto a los topónimos usados por ellos. La vez en que me referí a la máquina de moler provoqué risas, pues me corrigieron señalando que esta se debía llamar molino. Cuando pedí agua hervida, la respuesta fue: “Eso solo lo beben las recién paridas”. En adelante, me adapté a la gastronomía y a otros usos y costumbres, como bañarme en el río, al igual que lo hacían lugareños. Aprendí a navegar en canoa y a montar con mucho miedo en un caballo. En los primeros días de permanencia en el pueblo debí dormir en una hamaca, pero también viví la experiencia de darme un porrazo contra el piso, pues mentí asegurando que colgar una hamaca era cosa a la que estaba acostumbrado. A mi llegada a la Concen-

tración Educativa Santiago Castillo, mismo nombre del patriarca y líder local, deduje que aprendía tanto de mi comunidad que apenas sabía cosas del mundo extraordinario del que ellos disfrutaban a diario.

Inicié la docencia como profesor de Lengua Castellana, de Lengua Extranjera, y se me completó la carga académica con Vocacionales. En esta última asignatura se podía escoger, entre otras opciones a dictar, Educación Sexual, Manualidades, Rudimentos de Psicología u Orientación Vocacional.

Inicialmente, pensaba laborar poco tiempo en aquella comunidad, pero en un abrir y cerrar de ojos transcurrieron diez años. El lugar y su gente suscitaron en mí un apego particular. Me enteré, por averiguaciones en la oficina del jefe de núcleo, de la dificultad para conseguir un colega que me reemplazara, pues pocos querían trabajar en zona rural. Esto cambió mi opinión y desistí de la idea de marcharme. Haber conseguido el traslado me hubiese hecho sentir una persona desleal con la comunidad, tal fue la empatía y la sinergia surgida en mi interacción con aquella gente excepcional. Los asuntos de clase trascendían los límites de las aulas y era normal que, terminada la jornada, los estudiantes se mostraran inquietos por ampliar los temas de algunas asignaturas. La condición de ser una comunidad aislada en relación con la cabecera municipal no era óbice para que mis estudiantes estu-

vieran ávidos de conocimientos. Yo motivaba mucho más en la modesta biblioteca de la Concentración Educativa.

Era interesante su reacción y buen humor cuando contaba historias de *Don Quijote de la Mancha*, de Cervantes; o *A la diestra de Dios padre*, de Carrasquilla. Notoria fue la hilaridad provocada por el poema *La perrilla*, de Marroquín. Profusas preguntas eran las conversaciones en torno a *Cien años de soledad*, obra a la que comparaban con *Don Quijote*. Aunque, según señalaban maravillados, la obra de nuestro nobel de literatura tenía una magia particular.

Para la época me asumía un maestro embrionario, tímido a ratos, debido a la edad de mis discípulos y a las frecuentes preguntas sobre inglés y literatura. Por ello me torné lector insaciable de los menos de dos centenares de libros que la escuela poseía entre obras literarias, libros de texto, algunos manuales de urbanidad de Carreño, manuales de primeros auxilios, otro par de filosofía y educación religiosa, incluida una Biblia.

La experiencia acumulada durante dos lustros junto a aquellos estudiantes produjo en mí, afortunadamente, una madurez profesional interesante, permitiéndome dimensionar la gran responsabilidad social de la profesión docente. Me deleitaba, aún experimento lo mismo, al responder preguntas de cada curso y sincerándome cuando desconocía algunos asuntos.

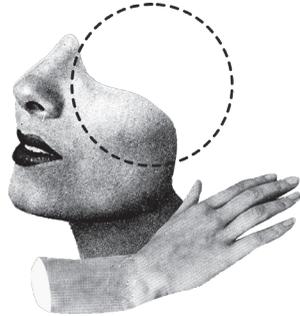
A Comienzos de la década de los noventa, laborando en la cabecera municipal de Cauca, inicié un capítulo profesional lleno de sorpresas: enseñar en la educación básica primaria, y fueron siete gratos años en los que aprendí mucho. En 1996 continué laborando en la educación secundaria, en la actual Institución Liceo Cauca, por espacio de dos años. En 1998 nació la Escuela Normal Superior, institución en la cual laboro actualmente. Convocado junto con una veintena de colegas, fuimos los pioneros en formación de maestros en la subregión.

Durante más de dos décadas he fortalecido la percepción acerca de mi responsabilidad como docente de la Escuela Normal. En el pensamiento danzan infinidad de convicciones; entre otras, mi papel de mediador entre los objetos de aprendizaje y mis estudiantes, máxime en una época aciaga para la educación, cuando las redes sociales y el ocio electrónico casi nos han arrebatado a nuestros discípulos, tornándolos en seres desinteresados por las competencias para la vida.

Hoy, con el sol a las espaldas en el ejercicio de la docencia, abrigo la esperanza de haber cumplido lealmente mi misión y mi función. Entre otras satisfacciones, registro en mi historia profesional el haber despertado la vocación de ser docente de Lengua en algunos normalistas superiores graduados en nuestra escuela.

En 2015 gané el premio a la mejor experiencia significativa, otorgado por la Secretaría Departamental de Antioquia. Otra de las satisfacciones que guardo con especial emotividad es haber escrito el himno institucional, en el cual describo mi entrañable escuela como el campus ideal para hacer de nuestra comunidad educativa mujeres y hombres íntegros, dueños de unos atributos excepcionales que los convierten en los mejores maestros. Es septiembre 24 de 2021, y en las postrimerías de mi ejercicio como docente experimento especial gratitud por los estudiantes, padres de familia y directivos docentes que han depositado su confianza en mi trabajo.





HISTORIA DE UNA MAESTRA

Mabel Cristina Bustamante Hincapié*

* Maestra de la Institución Educativa Rural Urabá del municipio de Chigorodó. Correo electrónico: mabelbus79@gmail.com

Soy oriunda de la región de Urabá, nací en el municipio de Chigorodó. Siendo adolescente y estudiante del grado noveno empecé a sentir mucha incertidumbre frente al cuestionamiento de algunos maestros sobre mi proyecto de vida, sobre todo cuando aparecían preguntas como “¿cuándo salgas del colegio que carrera profesional vas a continuar?”

Esta incógnita me llenaba de angustia, pues hasta el momento no tenía una vocación clara, nunca me había detenido a pensar cual sería mi profesión. Recuerdo que en conversaciones con amigos o compañeros de estudio mencioné algunas veces que quería ser doctora, un sueño que es tendencia en niños y jóvenes; pero realmente era un sueño, algo muy complicado para hacerlo realidad... Pensaba en las dificultades económicas de mis padres, en la nula presencia de universidades en la región y en la falta de familiares en las grandes ciudades, donde hay universidades. Todo esto me hacía retornar a mi realidad y volver a la incertidumbre.

Guardar tranquilidad y esperar paciente en el tiempo a veces funciona, ese fue mi caso. Al pasar al grado décimo empecé a sentir una gran atracción y curiosidad al observar las clases de la docente de preescolar de mi colegio. En ese momento no podía llamarlo vocación, pero por lo menos sentía inclinación hacia algo y era hacia enseñar a niños y niñas. En algún momento me imaginé

siendo la docente de aquel grupo de estudiantes, me sentía tan entusiasmada que le propuse a la profesora que me permitiera ser su auxiliar durante mis horas libres de clase (por ausencia de algún maestro); y así fue, la maestra cedió a mi petición. Creo que en aquel tiempo nuestro sistema educativo era menos rígido con la participación en las clases de personal no profesional en la educación, y más en mi institución, pues es un colegio privado con autonomía en sus procesos.

A partir de este momento empecé a sentir mucho entusiasmo frente al rol de maestra. En ese primer día que decidí ser auxiliar de la docente de preescolar, día que esperé con tanto anhelo, lo hice justo como habíamos acordado en una hora libre de mis clases. Llegué a ese salón, que ya por varios días me había detenido a observar por la ventana, y que admiraba por sus ambientes de aprendizaje tan coloridos, sus hermosas imágenes que decoraban el aula, y la alegría de los estudiantes. También, por esa gran maestra, de la que con mis ojos, oídos y alma lograba percibir su empatía con los niños y su gran profesionalismo. Me hacía sentir que ella era la maestra que yo quería ser.

Entré al aula de clases del grado preescolar con muchos anhelos, que al finalizar el tiempo se fueron desmoronando, quizás porque la docente principal solo me pidió recortar algunas imágenes que debía pegar en los cua-

ernos de cada uno de los estudiantes, para que ellos posteriormente las colorearan. No era lo que yo me había imaginado. Fue peor enfrentarme al ruido, a las voces de todos los niños y las niñas a la vez, a las mismas preguntas que todos hacían, preguntas que para mí en ese momento eran necias. Aún me faltaba mucha empatía con los estudiantes. De ahí salí con ganas de no volver, aunque con un sentir muy raro, una compasión enorme al ver la inocencia y la ternura de cada uno de esos niños y niñas.

Pasaron algunos días y aún continuaba siendo la auxiliar, aunque ya no con la misma ilusión de antes. Un día cualquiera, la docente me dio la oportunidad de interactuar con los niños a través de una canción infantil (“Los pajaritos vuelan”), era yo quien dirigía la actividad y sentí que eso me motivó nuevamente. Creo que eso era lo que quería sentir: que era la maestra de aquellos niños y niñas, así era como verdaderamente yo me quería ver.

Durante la actividad logré observar que ellos estaban muy entusiasmados, disfrutando de hacer cada movimiento que les indicaba la canción. Luego, al finalizar la actividad, sentí su alegría y agradecimiento, de una forma tan natural, espontánea, sincera y auténtica, a través de aquellos abrazos y besos, que esto hizo que empatizara aún más con la idea de ser maestra. Claro que no dejaba de rondar por mi cabeza lo difícil que sería enfrentarme todos los

días al comportamiento genuino de los estudiantes del grado preescolar, no era fácil para mí aceptarlo. Hasta el momento, ya tenía claro que quería ser maestra, lo que no sabía era si sería maestra de este grado.

Me encontraba cursando el grado once y por varios meses tuve un maestro de matemáticas, que admiraba mucho por su paciencia para enseñar, por su organización y por su caligrafía, entonces me convertí en su imitadora de las letras y números. Para mí era un ejemplo a seguir. Cada día estaba más cerca de graduarme, y aunque tenía una idea más clara sobre mi vida profesional, aún no era una decisión. Se llegó el día de la ceremonia de grados, donde no falta quien te cuestiona y te pregunta qué vas a seguir estudiando. A esto respondía, con un tono de voz muy firme: “Seré maestra”.

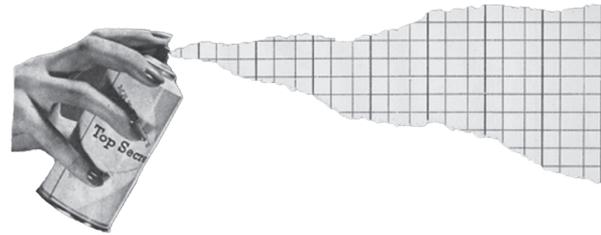
En mi interior tenía muchas dudas, pero tal parece que el cosmos y la vida misma se alineaban para llevarme por el camino de la docencia. Para ese entonces, las únicas ofertas profesionales en las universidades que tenían sede a distancia en la región eran licenciaturas. Una educación básica con énfasis en...

Y opté por inscribirme en la Licenciatura en Educación Básica con Énfasis en Matemáticas, pensando en aquel docente que me inspiraba e impulsaba a ser maestra. Mientras tanto, reflexionaba: “menos mal seré maestra

de estudiantes más grandecitos, no tendré que enfrentarme a esas preguntas necias y en ocasiones absurdas que hacen los niños de preescolar”.

Terminé mis estudios en la universidad y a los dos meses me dieron la oportunidad de ser maestra en el colegio privado donde me había graduado de once en el año 1996, y adivinen... En mi primer año me inauguraron con un grado primero, así como se imaginan. No fue de mi agrado, yo sabía que no sería fácil; pero cómo renunciar si por fin estaba haciendo realidad mi propósito de ser maestra, y además era la primera oportunidad que me estaban brindando.

Mi primera semana de clases fue mucho más traumática que mi primer día como auxiliar. Me enfrenté a los llantos de los niños y las niñas en la puerta del salón de clases, porque no querían quedarse en el colegio, querían regresar a casa con sus padres; a la voz de todos a la vez pidiéndome que les destapara la lonchera, que les sacara punta al lápiz, que les amarrara los cordones de los zapatos, y además debía responder en todo momento sus preguntas necias, todo el tiempo me llamaban. Sin embargo, decidí enfrentarme a todo eso y no desistir, no tanto por vocación o porque me apasionara, solo lo hacía por cumplir y ser responsable con mi trabajo, procurando siempre dar lo mejor de mí.



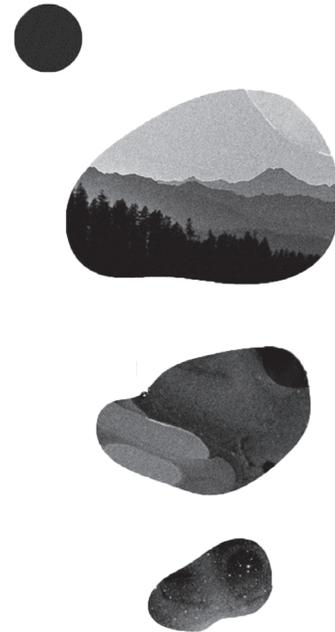
Me adapté a todo esto y finalizamos el año escolar. Estuve con ese mismo grupo hasta el grado tercero, pero al año siguiente el comportamiento de muchos de ellos había cambiado, eran menos sus quejas, eran más independientes y autónomos y hacían menos preguntas necias. Noté que mi pensar y sentir por mi grupo cambió, me sentía más satisfecha y entusiasmada, mucho más solidaria y empática con mis niños y niñas. Al pasar al grado tercero aún continuaba con ellos y sentía un gran apego y amor, casi como el de una madre por sus hijos; bueno, quizás un poco menos, pero estaba segura de que los quería y deseaba que hicieran parte de mi vida. Estaba agradecida con cada uno de ellos por haber estado en mi primera experiencia como maestra.

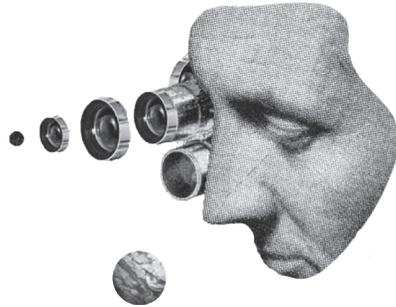
Al finalizar el ciclo con estos estudiantes me asignaron para el año siguiente un grado quinto, donde me encontré con niños y niñas y algunos preadolescentes, muchos de ellos con comportamiento irreverente. Fue una tarea muy difícil, y a partir de ese momento en que empecé a

comprender y valorar el comportamiento de los niños y las niñas en su educación inicial, reconocí que no eran preguntas necias, que ellos solo querían saber y conocer el mundo. Y quién más que los adultos y su docente para ayudarlos a salir de dudas e inquietudes.

Aprendí que no son seres dependientes, que son seres que necesitan de apoyo para fortalecer y desarrollar sus habilidades. No son seres que unen sus voces para generar ruido y no darse a entender. Son seres capaces de expresar lo que sienten, comunicadores activos que están pidiendo ser escuchados. Los niños y las niñas son personas que día a día desarrollan y descubren algo nuevo, son creativos, imaginarios, inteligentes y, sobre todo, grandes seres humanos que hablan con el corazón y nos lo hacen sentir con sus acciones y sus muestras de afecto. Lo único que ellos buscan son adultos con características de niños, que tengan empatía y les ayuden a sentirse comprendidos, guiados y apoyados.

Hoy, soy maestra con capacidad de orientar niños, niñas y jóvenes de cualquier grado; pero tengo una sola motivación y esperanza: encontrar en mi camino ese o esa estudiante de educación inicial que siempre hace las preguntas necias, esos dependientes y escandalosos, esos que siempre nos enseñan y nos contagian de alegría. Es por ello que amo ser maestra.





¡MUCHO

CUIDADO CON REMEDIOS!

Leidy Bianet Castrillón Acevedo*

* Maestra de la Institución Educativa Pablo VI del municipio de Remedios. Correo electrónico: bianetcastrillon@gmail.com

Como presagio de abuela, esa fue la expresión que resonaba con frecuencia en mis oídos cuando les contaba a los demás que había ganado el concurso docente posconflicto. Pareciera que el imaginario colectivo se puso de acuerdo para asustarme y prevenirme de un montón de cosas, las cuales no se ajustaban a mi confort de vida ciudadina: que tan lejos, que el clima caliente, que la violencia, que la minería, que el agua, que la internet, que la energía, que los conjuros, que el orden público, que nada me favorecía, ¡que cómo se me ocurría elegir una plaza en ese lugar!

Sin embargo, la mente y el corazón me indicaron que si quería reafirmar o negar lo anterior no tenía más opción que experimentar por cabeza propia. Yo era la responsable de descubrir aquellas representaciones sociales que interpretaban otros y de darles mi propio significado. Además, tenía el deber de atenuar esas creencias y expectativas construidas desde afuera para garantizar a futuro un aprendizaje consciente y objetivo. Así que tomé un tiquete de bus y llegué al municipio de Remedios.

El trayecto de cinco horas, lejos para los demás, lo deleité con los paisajes antioqueños: el contraste de montañas, los ríos, las quebradas, las casas, la gente, los animales de granja y el cambio de clima. Gracias a las paradas obligatorias del bus conocí la tierra de la marquesa (Yolombó), la ciudad de las tres colinas (Yalí) y el pueblo con sabor a miel (Vegachí).

La llegada al colegio Pablo VI en el corregimiento de Santa Isabel parecía el cielo estrellado con cada rostro de los niños y niñas que me saludaban con una pintoresca sonrisa, ellos iluminados como el sol. Yo trataba de devolver la sonrisa entre la ansiedad y el susto por emprender una nueva experiencia. La mochila que llevaba cargada con mi plan de clases se desbarató por completo, ni siquiera fue posible abrirla, nada se cumplió. ¡Eso me gusta, me sigue encantando! Los niños y las niñas son la clase viviente, mientras que yo soy la aprendiz de sus enseñanzas sobre las chicharras, los cucarrones, las ranas, los árboles de guamas, de zapotes y de naranjas. Aprendo sobre el trabajo de sus papás y mamás en la mina, sobre la extracción de oro, conozco la tienda de la esquina, la cancha, el viejito de los cachivaches y la señora de los dulces y los bolis. Todo un tejido social cargado de la gran riqueza cultural de su territorio y las prácticas cotidianas, como también de su manera de leer e interpretar el mundo.

Ese día reafirmé con más fuerza que mi práctica de aula es un encuentro sagrado con los estudiantes, una conexión con otros mundos que enriquecen el universo que todos compartimos. No hay enseñanzas y aprendizajes más profundos que cuando sumamos, restamos, leemos, escribimos, creamos, pensamos y soñamos desde las posibilidades que ofrece el ser humano con sus potencialidades e inteligencias para construir y transformar

la sociedad en su hábitat cultural. Esa es la riqueza más valiosa de cualquier experiencia educativa.

¡Mucho cuidado con Remedios! Porque la comunidad no te llama por tu nombre, sino que eres el profesor; porque en vez de violencia recibes ataques de abrazos, un te quiero, cartas, dulces, amor limpio de los niños y las niñas; porque los conjuros son los buenos deseos de las familias cuando viajas a la ciudad y esperan tu regreso con hospitalidad, acogida y mano amiga para que te sientas bien atendido; porque la distancia de la ciudad te hace disfrutar y aprender de las cosas maravillosas de la vida; porque para el sol hay una buena sombrilla; porque no pasa nada con el agua, porque las fallas de energía las resolvemos con velas y si falta la red de internet esperamos con paciencia el regreso de la señal; porque el orden público es el reflejo de la armonía y la solidaridad del vecindario; porque la minería es una labor histórica, artesanal y organizada que solo le pertenece a las gentes de la región. Cómo se les ocurre elegir una plaza donde se recibe mucho más de lo que se da y donde cada día es una sorpresa por contemplar, un reto, un aprendizaje. Mucho cuidado con Remedios, porque te dejas cautivar.

Desde las cuatro de la madrugada los gallos anuncian la aurora. Luego, el coro de pájaros engalana la salida de sol y acompaña el ocaso. Los rayos del astro dispersan las nu-

bes del cielo azul, acompañan el viento que, a veces, es generoso haciendo perder el equilibrio de los árboles. Y si es un día lluvioso trae como condición los ventarrones, los relámpagos y las centellas. A las seis y quince de la tarde comienza el concierto de las chicharras, reconoces el sonido de los grillos, los murciélagos, las lagartijas, los perros y los gatos. El profesor se acuesta satisfecho con gratitud y esperanza del mundo posible, piensa en la frase aquella; ellos tenían razón, ¡mucho cuidado con Remedios!





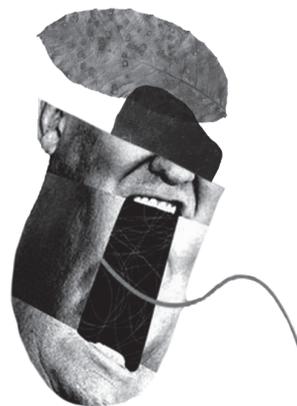
JUEGOS

CON SONIDOS QUE SE LEEN

Aidee Ceballos*

Mi experiencia educativa consiste en enseñar a leer a través del proceso de fonetización. Después de trece años como docente de básica primaria, cambié mi práctica usada en el proceso lector de los estudiantes del grado primero. En primer lugar, tengo una postura sobre lo que significa enseñar y aprender el sentido del verbo leer, y sobre su lugar en el ámbito social para que los estudiantes mejoren en habilidades. En segundo lugar, realizo innovaciones, teniendo en cuenta el juego y la lúdica. Con estos dos aspectos pretendo mejorar las habilidades de los niños y las niñas, pues el desempeño en lectura, interpretación y argumentación era muy limitado.

Encontrarse con estos problemas fue una situación muy inquietante desde el punto de vista personal. Entonces, pensé en cómo articular propuestas educativas teniendo en cuenta las necesidades y limitaciones propias de la institución. Me pareció fundamental involucrar a mis compañeros docentes y maestros de instituciones educativas rurales del municipio en el diseño de dichas estrategias. En reuniones de trabajo pensábamos en cómo aprenden los niños y niñas a leer y cómo transformar la enseñanza de la lectura. Llegamos a la conclusión de que era necesario introducir actividades lúdicas en el aula, ya que a partir del juego era posible generar procesos de aprendizaje. Voy a enunciar mi propuesta a través de rutas. Estas serán un viaje por las acciones que desarrollé:



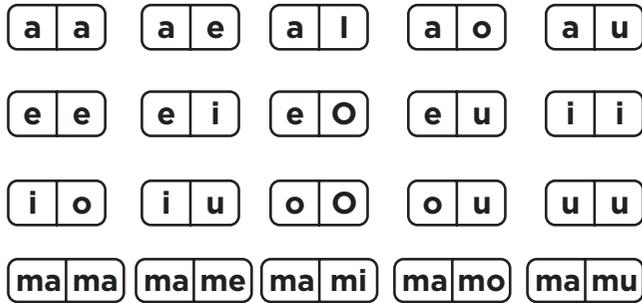
Ruta 1: juegos con sonidos que se leen

Al iniciar el año escolar, en el primer momento de la clase escribía en el tablero la fecha, por ejemplo: “Martes, 16 de enero de 2020”. Daba las indicaciones a los estudiantes de que leyeran letra por letra, hacíamos solo el sonido y les indicaba una relación con algunas de ellas. De esta manera, “r” era el sonido del motor de un carro y la “s” el sonido que hace la serpiente. Así con las demás letras.

Ruta 2: vinculación de los padres de familia en el proceso lector

Realicé varios encuentros con los padres de familia para asesorarlos en cuanto al proceso lector de sus hijos. También, se les invitó para que hicieran material con elementos del medio, como apoyo al proceso de enseñanza y aprendizaje. Junto con las familias, con cartulina, cartón, marcadores y colores se diseñó el dominó de vocales y letras.

Se recortan quince fichas con medidas de seis por tres. Estas se pueden organizar como está en el ejemplo, pero se pueden explorar muchas maneras:



Cuando los estudiantes ya leían con una letra, se continuaba el juego con otras fichas de dominó. Además, se hicieron fichas invertidas: am, em, im, om, um.

Los dominós sirvieron para que los padres jugaran con sus hijos y los condujeran al reconocimiento visual y fonético de cada letra o sílaba. En el aula de clase construimos aproximadamente diez dominós para que jugaran en grupos de máximo tres estudiantes.

¿En qué momento jugaban? Cuando terminaban las actividades de la clase se desplazaban a un espacio del salón destinado para el juego, así no interrumpían a quienes no lograban terminar la actividad planteada. De igual manera, implementé otra estrategia lúdica que permitió a los estudiantes mejorar la lectura y escritura, como también mediar en los procesos de convivencia. Esta consistió en instalar cerca al tablero, en la parte baja, un pliego de cartulina que tenía por título “Quejas y más quejas”.

Tabla 1
Ejemplo del cartel "Quejas y más quejas"

Quejas y más quejas				
Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes

Fuente: Elaboración propia.

Esto permitió que los estudiantes no estuviesen colocando quejas cada cinco minutos, en ocasiones sin sentido. Ellos se trasladaban a ese espacio para anotarlas, de modo que practicaban la escritura y la lectura, puesto que también trataban de comprender lo que otros compañeros habían plasmado en el papel. Cada ocho días se cambiaba el cartel; pero antes, en la clase de Ética se abordaban los problemas y se establecían soluciones.

Ruta 3: aprendo y comparto

De la institución seleccionamos estudiantes de los grados décimo y once que estaban cumpliendo el servicio social obligatorio, para involucrarlos en el proceso de lectura de los estudiantes del grado primero. Con ellos construimos material pedagógico para afianzar los procesos de los niños y niñas. Cada alfabetizador tenía tres o cuatro estudiantes a cargo para reforzar, compartir lecturas y abordar el tema de la comprensión lectora durante la semana.

Ruta 4: jugando con el sonido de las consonantes

Me imaginé y puse en práctica algunas estrategias, juegos y dinámicas para fonetizar las consonantes, de modo que se pudieran relacionar con imágenes y eventos. Esto permitiría generar recordación de letras, palabras y sonidos a partir de elementos de su cotidianidad. Ejemplo:

F: cada estudiante se coloreaba el dedo índice a manera de un fósforo. Luego, se recreaba una historia en donde se anunciaba prenderlo y apagarlo, por lo que se hizo continuamente el sonido de la consonante "f" sola y acompañada con cada vocal (fa, fe, fi, fo, fu). Después, dibujábamos una historia con el protagonista: el fósforo.

J: la enseñanza del sonido de esta consonante estuvo acompañada de un espejo. Cada estudiante lo empañaba mediante el sonido de la "j", además, dibujaba la letra con su aliento en dicho espejo.

R: se inicia con el dibujo de un auto que va para el taller por fallas mecánicas. Los estudiantes realizan el sonido de la letra "r", y su escritura forma el motor del carro.

Y - LL: se recreó mediante un cuento con insectos. Se realizaron imitaciones del sonido de varios de ellos, especialmente el de la abeja, sonido parecido al de las consonantes

“y” y “ll”. El cuento estuvo acompañado con máscaras de varios insectos, y las antenas fueron las consonantes. Con cada letra se abordó un trabajo basado en el juego y la lúdica, usando rondas, canciones y dibujos.

Para finalizar este vuelo que narro a través de las rutas, considero que fue una experiencia muy valiosa, la mejor en los veintidós años que llevo como docente. Fue una estrategia muy enriquecedora, ya que vi cambios notables en mis estudiantes, pues en dos meses y medio ya leían. En definitiva, fue un proceso de innovación en sus habilidades lectoras. Los pequeños estudiantes sintieron que ingresaron al mundo de los grandes: podían leer y escribir. El mayor logro fue que en toda la institución educativa adoptaron el juego como estrategia para generar procesos de aprendizaje en los niños y las niñas.





UN CLUB

PARA TRANSFORMAR-ME

Jaime Andrés Echavarría Jiménez*

*Maestro de la Institución Educativa Padre Roberto Arroyave Vélez del municipio de San Pedro de los Milagros.
Correo electrónico: robertoarroyavetecnologia@gmail.com

Ser un docente de profesión, siempre apasionado por la disciplina y el saber. Ese había sido cada día mi principal objetivo. Un docente normal, con clases normales y con estudiantes bastante ruidosos e inquietos. Sin embargo, un día normal de un agosto de 2014 —de esos días que son como cualquier otro—, llegó al municipio el “bus digital”. La Gobernación de Antioquia hizo recorrer por el departamento un bus con el cual buscaba incentivar a los chicos en el uso de las tecnologías de la comunicación y la información.

En realidad, poca atención le presté. Sin embargo, un chico de noveno grado volvió emocionado de esta visita y, sin previo aviso, simplemente me cuestionó acerca de mi bajo interés por el espacio. Luego de algunas palabras más, que demostraban bastante su interés, decidí simplemente darle gusto y crear un semillero de tecnología de esos que proponían en dicho bus. Solo puse una condición: el grupo de trabajo sería abierto y seleccionado por mí.

Después de esto han pasado ya casi ocho años. Ocho años en los cuales se han trazado muchas metas y se han forjado muchos logros a través del Club de Tecnología. Estos chicos, con mucho entusiasmo, clasificaron a campamentos digitales donde, aparte de competir, la pasaban de manera excelente, participaban en concursos locales, departamentales, nacionales, e incluso internacionales. Fueron días y noches en las cuales, ya confiado en los vapores del

buen sueño, no era rara una llamada de alguno de los chicos, inquieto con una excelente pregunta acerca de algún método, de algún código, de algo que debía hacerse, y el profe podía tener la solución. Fueron buenos años, grandes experiencias, con excelentes padres que acogían a este grupo de loquitos, con todo y el profesor, para reunirse a hacer locuras y, de vez en cuando, realizar algunos proyectos de aprendizaje basados en retos.

Chicos que iban y venían, niñas interesadas en la tecnología, jóvenes que iban descubriendo que, a pesar de que no era su interés, esas pequeñas cosas que se les iban enseñando iban relacionándose con sus gustos. Y no, no solo eran competencias tecnológicas, no era solo robótica o programación, eran habilidades para la vida. Chicos poco sociables que iban consiguiendo amigos fácilmente en el grupo, chicas con grandes talentos y muy tímidas, que no sabían realizar un código; pero que sorprendían a propios y a extraños con su buen manejo de la retórica durante una exposición.

Y así fueron transcurriendo ocho años de historia del Club de Tecnología. De vez en cuando, algunos egresados volvían al colegio en busca de algún profesor que tenía el conocimiento necesario para continuar su trasegar en la ciencia, a veces para reencontrarse con aquellos que habían continuado su legado en el club, o a veces para saludar a un docente con el que compartían ciertas cosas.

Pero, de todo este recorrido, cómo olvidar a aquel primer chico que, con un interés de esos que ya poco se ven, hizo reflexionar a este docente acerca del papel que posee dentro del desarrollo social, emocional y profesional de los estudiantes. Me di cuenta de cómo con pequeños pasos y gestos, de un deseo que parecía el capricho de un adolescente, puede desatarse toda una ola de ideas que cambian, por lo menos, el microcosmos de un docente: el mío. Yo, un docente como cualquier otro docente de aula, de exámenes, de teorías, heredero de planes de área y cuadernos de notas amarillentos... Yo, un docente normal que descubre, en un interés real, cómo esa pequeña comunidad espera algo más de mí, esperan a ese docente que va más allá de sus clases.

Es precisamente esa idea, esa continua reflexión inspirada por un chico, la que me lleva a plantear toda una serie de “sueños” acerca de cómo podemos influir desde nuestras áreas, en mi caso desde la tecnología y la informática, en la visión de vida que tienen los chicos; de cómo, con la ciencia y ese plus de humanidad que es nuestra voluntad docente, podemos generar ese interés que los lleva a volar con sus propias alas, grandes alas que los llevan hacia aquello que pensaban que no podían ser. Siempre escucho a las personas diciendo que cambiar el mundo es una ilusión, que cambiar esta profesión es una utopía, que cambiar las estrategias, métodos, formas, percepción social y del Estado es de personas con pensamiento mágico. Pero,



por el bien de nuestros estudiantes y de la sociedad misma, es mejor, dentro de estos muros inmóviles de un aula de clase, enseñarles que incluso en las ciencias se vale soñar, y que aquellos seres como Einstein, Sagan, Gates, entre muchos otros, fueron así, como ellos, que no nacieron en las alturas, que simplemente fueron conquistándolas. ¡Y mis queridos jóvenes también pueden!

Un cafecito de la tarde y una esquina de un frío pueblito son la excusa perfecta para que, después de muchos años de no verse, dos personas: un docente y un antiguo estudiante de bachillerato, crucen su destino una vez más. Una mirada interrogante como aquella del primer cuestionamiento se cruza con mi propia mirada. Qué extraña casualidad, de aquel chico de noveno pocos vestigios quedan, ni su figura ni su modo de hablar son los mismos ya. Comparte un café con un antiguo maestro suyo, se intercambian ideas y una cantidad inmensurable de buenos recuerdos. Aquel día comprendí que ya no tenía a un discípulo al frente, sino a un par; pero no a uno cualquiera, sino a uno que hoy podía enseñarle algunas cosas a su antiguo maestro. Y comprendí, por fin, que soy un privilegiado en estas lides de la educación.

Los recuerdos y el café me llevan a pensar en la metáfora de la semilla y en mis estudiantes. Una pequeña semilla sembrada sin querer, pero llevada con su propio esfuerzo, aupada hacia el deseo inextinguible del saber humano. Una semilla que busca, de forma eficaz, salir adelante, superar las metas y las barreras, y alcanzar esas alturas que veía en sueños unos pocos años atrás. Veo desde mi posición cómo esa semilla se pierde en el horizonte, y sé que en ese gran vuelo, interminable, incansable, pude alguna vez tomarla en una de mis manos, subirla solo un centímetro y decirle: “Anda, conquista las alturas”. Y a ese mísero grano, quizá, le ha servido de algo.





LA SUPLENTE

MEMORIAS DE UNA DOCENTE PROVISIONAL

Juliet Franco Acevedo*

* Maestra de la Institución Educativa Román Gómez del municipio de Marinilla. Correo electrónico: julietafraancois@gmail.com

Febrero 22 de 2013, justo un año y una semana después de haber obtenido su título como licenciada en Lengua Castellana; el mejor regalo que pudo ofrendar el universo para aliviar los dolores de un alma gestada en las décadas del no futuro. 12:36 del mediodía: las enormes puertas de una gran institución ubicada en la zona céntrica de la ciudad le dieron la bienvenida. Un gran edificio que se erguía hacia el cielo le produjo la sensación de estar subiendo por los escalones infinitos de la mítica torre de Babel, pero al toparse con la oscuridad de aquella ruta la idea del ascenso cambió por la del descenso (como si del camino al Hades se tratara).

Múltiples voces mezcladas en una gran melodía discordante evocaban esos años adolescentes llenos de insolencia y rebeldía, cargados de esos sueños que para muchos solo terminaron en utopía: ser profesional.

Con una buena selección de libros en su maletín tenía la certeza de que lograría cambiar el mundo (bueno, más bien esa pequeña partícula de mundo llamada aula de clases). Allí se encontró con un grupo numeroso de estudiantes, de los cuales la mayoría tenían serios problemas con el manejo de la norma y la autoridad. ¿Qué hacer ante esta situación?, ¿tal vez renunciar? Esa fue la primera idea que brotó de sus pensamientos académicos, luego de corroborar que no podía encontrar una hipótesis, teoría o estrategia diferente a la que había preparado para ese día: leerles un cuento.

Inhaló una gran bocanada de valor, abrió su maletín, puso sus libros sobre el escritorio y pidió a uno de los chicos que la observaba, con ojos melancólicos, que eligiera uno. *Cuentos para jugar*, de Gianni Rodari, fue su elección, posteriormente su índice se posó sobre el cuento titulado “Pinocho el astuto”. Con voz temblorosa, comenzó a leer, cuando recordó que esa era una actitud reprochable para una docente como ella, que también había sido promotora de lectura, se quedó en silencio. Bebió un sorbo de agua para suavizar y afinar la voz y comenzó de nuevo. Con pasos lentos, pero seguros, empezó a recorrer el aula fijando su voz y su mirada en aquellos que se mostraban indiferentes y desprevenidos. Solo tomó un par de minutos para que el panorama de “aulas peligrosas” (como aquella famosa película de los 90) cambiara. Y aunque algunos se mostraron apáticos hacia la lectura de un cuento infantil, la mayoría de esos “desadaptados” (palabra que sería muy recurrente en algunos de sus colegas) se mostraron muy atentos y emocionados. Después de ese día, los demás días, semanas y meses de su permanencia en aquella institución fueron maravillosos.

Gracias a los libros y sus excelentes historias, los chicos comenzaron a reconocerse como sujetos pertenecientes a un mundo tan diverso e inexplicable para ellos. De esa manera, el aula se convirtió en el lugar anhelado para la integración, libre de hostilidad, crueldad y violencia. Pasa-

ron diez meses y con la terminación de las clases y el júbilo de la Navidad, llegó también la finalización del contrato como docente provisional. La incertidumbre y la tristeza ocuparon el espacio que hasta ese momento llenaban la satisfacción del deber y la labor cumplidos.

Dos meses más tarde, justo cuando los ahorros comenzaban a extinguirse y las cuentas por pagar no daban tregua, una llamada trajo el olor de la miel silvestre al pequeño apartamento en el cual vivía con su hija. El sol se posó sobre sus cabezas y dio inicio a la gran celebración: un brindis con una enorme copa de helado; ahora podían permitírselo, ya que las afugias economías habían llegado a su fin. El nuevo comienzo trajo nuevos retos y distancias. Había pasado de la zona céntrica de la ciudad a la periferia, al barrio, la comuna. Allí le esperaba una población carente de recursos económicos, con un alto índice de desnutrición y abandono de infantes; serios problemas sociales y familiares; abuso y explotación de todo tipo. ¿Cómo hacer de la clase ese refugio que tanto necesitaban aquellos estudiantes? Fue su primer pensamiento y reto.

Para muchos de aquellos niños, niñas y adolescentes, el escenario educativo representaba ese espacio de aprovisionamiento de alimentos, el encuentro con amigos y rivales, el sitio seguro para el juego y, por qué no, hasta para dormir con tranquilidad; pero lo último que pasaba por sus mentes

eran los contenidos de aprendizaje. Perder el año era su boleto de permanencia en esa zona segura.

No quedaba duda, volver a los libros era la estrategia con la que les mostraría la manera en la que cambiarían sus vidas. Tomando como referente algunos cuentos y libros álbum (cuyos temas para muchos eran catalogados como “perturbadores” o “tabú”) dio inicio a la tarea de mostrar a los estudiantes que sus desventuras también les ocurrían a otras personas, en múltiples lugares del mundo, tanto así que algunos escritores se habían dado a la tarea de darlas a conocer por medio de lindas historias ilustradas.

Fue de esta manera como a través de los libros álbum sus estudiantes comenzaron a aprender, sin saberlo, sobre temas como la resiliencia, el abandono, la muerte, la inclusión y la sana convivencia. La tarea no fue fácil; sin embargo, un año más tarde y gracias al trabajo en equipo, logró consolidar un proyecto para que en la institución se integraran las áreas en torno a los libros que se leían. El resultado: jóvenes con grandes deseos de cambiar el rumbo de sus vidas.

Cuando se disfruta lo que se hace, los años pasan rápido y solo nos damos cuenta de ello cuando alguna dolencia física nos recuerda lo vulnerables que somos. Sin previo aviso llegó una afección respiratoria crónica, producto de los cambios intempestivos de temperatura a los que se sometía diaria-

mente durante los desplazamientos desde su casa hasta el colegio y desde el colegio hasta su casa. ¿Qué hacer cuando su contrato como provisional no contemplaba la posibilidad de un traslado, ni siquiera por problemas de salud? Fue una decisión difícil y muy triste, tanto para ella como para sus estudiantes, pero su salud estaba en juego: renunciar y postularse con otro ente territorial era la única solución.

Por fortuna, no pasó mucho tiempo. En marzo de 2019 recibió el nombramiento como docente provisional del departamento de Antioquia, en un municipio del norte del Área Metropolitana. Podía seguir viviendo en el mismo lugar y, lo más importante: con su hija. Su mayor temor era que la enviaran a un municipio lejano, al cual tuviera que mudarse a vivir sola; pero parecía que los astros se habían alineado a su favor. En la nueva institución el objetivo principal eran las prácticas de inclusión, justo su especialidad.

Llegó el año de la pandemia, caótico y muy desgastante, pero fue el año en el que mejor desempeño logró tener con sus estudiantes, pues tenía completa autonomía para dirigir sus clases. Los encuentros virtuales sirvieron para idearse otras maneras de leer, escribir y escuchar al otro. Sus estudiantes hicieron llamadas por teléfono para leer cuentos y hasta contar chistes; grabaron sus voces mientras leían un poema con música suave sonando de fondo; elaboraron memes que luego publicaron por medio de WhatsApp en sus grupos de clase.

El arte en todas sus modalidades también floreció. Se hicieron videos donde los chicos explicaban la preparación de deliciosas recetas caceras; y las manualidades de alebrijes y animales fantásticos extraídos del *Animario universal del profesor Revillod* adornaron los cuartos de las casas. El Halloween tuvo su noche de disfraces virtual y la Navidad se adornó con la elaboración de instrumentos musicales que sirvieron para cantar los villancicos durante la novena. Al finalizar el año escolar, reflexionar sobre lo difícil que fue, pero al mismo tiempo tan divertido, fue la iniciativa de sus estudiantes, quienes no imaginaban que sería la última vez que se reunirían con su profesora de Castellano.

Cuentan las buenas lenguas que su último traslado fue hace seis meses, hacia un municipio del oriente. Por allí la han visto cargando su maletín lleno de libros. Ocultos en él se encuentran fabulas, leyendas, cuentos y poemas que comparte con sus nuevos estudiantes: los más pequeños de la secundaria. Ahora su labor no está tan cerca de casa, pero se siente bien porque aún puede cenar con su hija todas las noches y darle un beso de despedida en la mañana antes de partir.

¿Dónde la encontraremos la próxima vez?



MIRAR

ES HABLAR CON LOS OJOS

Diana Milena Franco Núñez*

*Maestra de la Institución Educativa José María Bernal del municipio de Caldas. Correo electrónico: dianamilenafranco@hotmail.com

Hello babies, good afternoon! dice la profe de Inglés.

Se escucha que algunos estudiantes habilitan el audio de sus dispositivos electrónicos: “*Good asternun teacher!*”, dicen algunos. “*Hello*”, dicen otros; y algunos ni se arriesgan: “Buenas tardes, profesora”

Para todos, fue un reto recibir clase a través de una pantalla. La pandemia nos hizo repensar nuestra manera de llegar a los estudiantes. En mis clases siempre me gusta que participen, cuando los conozco les digo: “Allá, Mr. Álvarez, ayúdame con la respuesta” o “Allá, Miss Pérez, cuál crees que es la respuesta”.

Pero este grupo venía de primaria, recién llegaban a grado sexto y no los conocía. Algunos estudiantes se conectaban con las cuentas de correo de los padres, entonces la participación era compleja porque llamaba por el nombre que salía en la pantalla, y muchas veces resultaba ser el de la mamá de un estudiante. “Allá, el de la esquina, el de esta fila”, tiene uno el mapa de las filas del salón o de los niños ubicados en mesa redonda; pero aquí era distinto, no podía invitarlos a participar.

En mi clase es vital la participación para saber si están comprendiendo la temática, si voy muy rápido o si vamos todos con el tema. Me faltaba ver sus caritas, sus rostros,

que son como una carta de navegación para nosotros y dictan la ruta para llegar a la meta.

Más allá de la pantalla se escuchaba el susurro fuerte del padre de familia: “Hable pues”; y la voz temerosa del estudiante. Escrito en el chat aparecía el mensaje del estudiante al que no le servía la cámara ni el micrófono; mientras en la cámara pasaban mamá, papá, hermanitos, abuelitos, tíos, primos, entre otros, que atravesaban el lugar de estudio: la sala, el comedor, la habitación, el pasillo, el patio, la terraza... Yo me conectaba al lado de la cocina, tengo un mesón alto y ahí me quedaba perfecto el computador. Por mi cámara desfilaba mi bebé, porque cuando no tenía quien me lo cuidara él estaba a mi lado. Trataba de hacer todo lo posible para que estuviera tranquilo, pero en una ocasión no lo estuvo y lloró terriblemente, por lo que tuve que apagar la cámara y el audio por algunos minutos. Les cuento un secreto: desde que empecé a conectarme a las clases volví a maquillarme. Yo también le tenía pavor a la cámara, después de una licencia de maternidad y de resguardarme por la pandemia me veía gorda en esa pantalla, no me reconocía ni yo misma. Entonces, ¿qué autoridad tenía para obligar a mis estudiantes a que prendieran ellos la cámara?

Personalmente, no los obligaba a que lo hicieran, sobre todo desde el año anterior, en el que una estudiante se conectó a la clase y la mamá la regañó durísimo: “Preciso

tiene clase a la hora de la novela, qué pereza”. En sus ojos vi un mar de vergüenza, tristeza y frustración. Seguimos con la clase y la estudiante quería participar con la respuesta de la temática. Cuando habilitó el audio, la mamá inició con una cantidad de palabras vulgares, con total indisposición hacia la clase.

Y yo pensaba que ese miedo, que siempre ha estado, incluso antes de la pandemia, se disfraza de timidez o de pena. Por lo tanto, los invité a un club de inglés, un proyecto que tenía en otra institución y que era llamado “Semillero de inglés: Friendly Kids Team”; pero en esta ocasión nos dedicaríamos solamente a mejorar las habilidades del habla. El único requisito era querer hablar inglés. Cuando hice la invitación en los encuentros virtuales con los siete sextos en los que doy clase, escuchaba de fondo las voces de las mamás, papás o abuelitas: “Métase, hágale, aprenda”. Muy temerosos, algunos me decían: “Profe, y qué vamos a hacer”; “¿más tareas?”, preguntaban otros. Sin embargo, aproximadamente dos estudiantes de cada grupo ingresaron al club. Nos reuníamos de forma virtual, cada ocho o quince días, y encontré un material muy entretenido en la aplicación TikTok, en la que algunos profesores nativos daban consejos de pronunciación, sobre qué decir y qué no decir en inglés; diálogos, vocabulario, entre otro contenido. Tuvimos alrededor de cuatro encuentros, hasta que se llegó el día de “vamos todos para el colegio”.

¿Qué significaba volver al colegio? Era como una cita a ciegas. ¡Qué emoción, qué nervios!, qué alegría volver a vernos así fuera solo la expresión de los ojos. Después de mucho tiempo sin encontrarnos nos faltaba ese contacto. Yo identificaba a algunos: “Claro que sí me acuerdo de ti, tú te conectabas con tu mami, y tú con tu hermanita”, les decía a algunos. “Pero no me acuerdo de ti”, les decía a otros. “No, profe, yo no me conectaba, no tenía internet, no teníamos cómo conectarnos en la casa”. Para cambiar la conversación yo les respondía: “Bueno, eso no importa, lo más importante es que estamos de nuevo en el colegio”.

Mis estudiantes me decían: “Yo en las clases virtuales la veía más alta, más bajita, más gordita” o “Profe, ¿cierto que usted hacía las clases al lado de la cocina? Yo alcanzaba a ver su nevera”; y yo soltaba la risa. Pues claro, así como yo los analizaba, ellos también lo hacían conmigo. Incluso, uno de mis estudiantes se dio cuenta de que vivíamos muy cerca porque cuando pasaban gritando “Mazamorraaaaaaaaaaaaaa” o “Aguacatessssssss”, él escuchaba lo mismo después de unos minutos.

Presencialidad es sinónimo de volver a mirarnos a los ojos, de dialogar con las miradas. Es no tener la expresión de toda la cara y adivinar si está el estudiante cómodo, atento en clase o distraído. Es darse cuenta de todas las emociones de nuestras niñas y niños, porque para muchos volver al colegio ha sido un

proceso complejo. Mientras tanto, en la clase de Inglés la profe se tiene que quitar el tapabocas en algunos momentos, para mostrarles la manera como se pronuncia. “Hay que abrir un poco más la boquita, esa palabra se dice de esta manera...”

Les cuento que algunos niños me preguntaban por el club de inglés, entonces me di cuenta de que reunirnos era necesario. Y así volvimos, pero algunos estudiantes continuaban estudiando desde casa y otros de manera presencial, por lo que tuve que volver a hacer la invitación, pues algunos de ellos se habían salido, decían que tenían muchos compromisos y no les quedaba tiempo.

En un momento decidí que los estudiantes de grado sexto debían presentarme en la guía número doce su personaje favorito. Eran siete oraciones, por lo tanto, a cada uno lo llamaba y le indicaba cómo era la pronunciación del texto. Empecé a llamar a varios estudiantes y muchos me decían: “No profe, yo soy muy malo para el inglés”. Hasta que la situación era muy repetitiva y les dije a todos: “Pero quién les dijo que ustedes son malos para el inglés, ¿fue algún maestro que les dijo?”. Y Miguel me dijo: “No profe, yo soy como mi papá, cuando le pregunto por algo en inglés me dice: ‘no hijo, yo soy muy malo para el inglés’”. Johann me respondió: “Mi mamá me dice que ella es cerrada pa inglés”. Emmanuel me dijo: “Mi papá dice: ‘Yo soy muy bruto para eso, pregúntele a su mamá’”.

Les dije: “Pregúntenles a los papás por qué se creen malos para el inglés, yo los reto a ustedes a demostrarles que no son malos. Los invito al club de inglés, allí ustedes se van a demostrar a ustedes mismos que no son malos, que lo que les falta es practicar, dejar el miedo a un lado, y ya sin pena empieza uno a cogerle cariño al idioma”. Yo les digo a mis estudiantes que cuando vayan a Disney World no van a sacar las dieciséis guías de inglés de la maleta. “No, *babies*, el idioma hay que usarlo, vivirlo, sentirlo”.

Emmanuel me dijo: “Profe, yo no soy malo, soy remalo para el inglés”, a lo que le respondí: “No voy a permitir que digas eso de nuevo, te espero en el club”. Les cuento que Emmanuel ha ido varias veces, incluso ya hizo un monólogo presentándose delante de sus compañeros. Lo veo animado, se ríe, me pregunta que si lo está haciendo bien. Estamos haciendo unas misiones de una aplicación llamada “Be the 1 challenge”, para mejorar el nivel de inglés. Asimismo, estamos pendientes de hacer el cierre del club presentando lo que más nos gusta. Emmanuel y Juan Manuel van a preparar una receta, unos sándwiches. Otros van a hablar de la Champions League, otros de la mascota, y también otros estudiantes presentarán algunas recetas. No les he contado que en nuestro club hay un estudiante, Víctor, muy motivado, que pregunta y responde en inglés porque tiene una familiar en el exterior que lo ha animado mucho a que aprenda. Los demás estudiantes lo ven y lo admiran mucho.

Estoy muy contenta con Emmanuel y con Juan Manuel, Danilo, Isabella J., Isabella M., María José, Samantha, Juan Esteban, Hanna, Víctor, Laura, Angie, Luciana, David, Simón, Andrés Felipe, Santiago, Nicol, Ángel; y también con los que siguieron de manera virtual: Gilmer y Estefanía. En sus rostros veo alegría, aceptación, motivación, esperanza, voluntad por aprender y ser autodidacta; y realmente eso lo llena a uno como docente. Sin embargo, aún me encuentro con esos miedos, con esos ojos un tanto distraídos de una estudiante, que cuando me le acerco me dice: “Profe, yo llegué hace siete meses de Venezuela y es la primera vez que veo inglés, realmente no entiendo nada”. Y es un reto nuevo, no tanto para ella, sino para mí como docente. ¿Cuál es el plan B que le voy a ofrecer para que comprenda las temáticas vistas?

La tarea no termina, en los ojos de nuestros niños hay muchos miedos, temores de la burla de los demás al pronunciar o de la predisposición familiar sobre la dificultad del idioma. Sin contar todo lo que nos ha traído la pandemia, porque tenemos niñas, niños y jóvenes desmotivados, con crisis emocionales por causa de pérdidas en la familia, sufriendo *bullying* en redes sociales, viviendo la separación de sus padres; con hambre, con violencia, con abusos, adictos a videojuegos violentos, a las redes sociales, a las drogas o al alcohol. No distamos tanto de como estábamos antes, la diferencia es que estos problemas están mucho

más acentuados. Sin embargo, es también gracias a las miradas de esos estudiantes que el maestro se levanta con más ánimo, porque ellas recargan nuestro ser. Nuestros estudiantes son como unas barcas: algunas muy lúcidas, otras muy débiles, otras perdidas en medio de la tormenta, esperando por la luz de un faro llamado maestro, que los puede orientar hasta un puerto seguro.





TRAZANDO

LÍNEAS Y POETIZANDO ESPACIOS

Daniela García Vanegas*

Decidí ser docente

Soy maestra, soy estudiante, soy Daniela García Vanegas, amiga, familia, todo en una, un *collage* de experiencias que componen mi retrato; una mujer de veintiséis años, sumergida en el aprendizaje constante de la vida, que gira como espiral. Entre giro y giro, la educación apareció desde otra perspectiva. Ya no era la alumna, fui yo la docente: titulada como profesional licenciada en Educación Artística y Cultural de la Universidad San Buenaventura de Medellín y actualmente magíster en Ciencias de la Educación y Procesos Cognitivos (tesis en curso).

De entre las múltiples experiencias vividas hasta hoy, les relataré la de mis prácticas pedagógicas en el Centro Formativo Rural El Topacio, sede El Diamante, escuela rural ubicada en la vereda El Diamante del municipio de San Rafael, Antioquia, escenario donde se centrará el origen de esta historia.

Desacomodándome para iniciar el aprendizaje real

Es importante mencionar que siempre viví entre la multitud del materialismo, donde las personas tienen y más necesitan (sin necesitar); entre la ciudad y pueblos cercanos de esta sociedad “civilizada”. Hasta que llegó lo inespe-

rado. Mi vida dio un giro de ciento ochenta grados cuando tomé la decisión de cambiar mis comodidades, la cercanía de mi familia, rutinas y demás cotidianidades vividas por años para acercarme a una desafiante realidad totalmente opuesta: me trasladé a una vereda llamada El Diamante, ubicada en el municipio de San Rafael, a una distancia de veintiséis kilómetros de la cabecera municipal. Debía desplazarme por una vía destapada hasta la cima de la montaña, y allí caminar descendiendo tres kilómetros para llegar al lugar prometido: la escuela, un espacio de características inhóspitas en el que ni la comunicación virtual o tecnológica existía.

Me encuentro con la escuela, estaba allí, en medio de una pequeña llanura, adornada con algunas manualidades que intentaban cubrir el desgaste de sus muros consumidos por el tiempo, el agua, el sol, la lejanía y el olvido. Pero allí aún sobrevivían las sorpresas, que por fortuna no dejaban de ocurrir. Me encontré con Daniel, el docente a cargo, y una población de cinco niños: Alex y Daniela, de preescolar; Breiner, Fabricio y Mariana, de primaria; y una señora manipuladora de alimentos, doña Edilma, que todos los días con amor y buena sazón pasaba de una montaña a otra para cocinarles a los niños.

Entremos al aula y observemos sus problemáticas

Con el apoyo incondicional de Daniel, el docente cooperante, pude identificar en la interacción de los estudiantes y el contexto una problemática muy marcada, relacionada con el maltrato entre ellos, acciones y respuestas agresivas. Ante preguntas o comentarios simples que se hacen dentro o fuera de la clase, como “¿Qué estás haciendo?” o “Profe, no entiendo, ¿me explica?”; la respuesta inmediata solía ser: “¡Tan bruto!” y “¡A usted que le importa!”. Eran tan normales estas reacciones que ni les preocupaba ser escuchados por el profesor. Era una demostración constante de intolerancia, de irrespeto por el otro, y de igual manera se denotaban actitudes machistas, difícilmente los niños se relacionaban amistosamente con las niñas, era algo como: “entre niños nos entendemos”.

Realizado este análisis se llega a la importancia de enfocar la formación en valores a partir de la implementación de estrategias pedagógicas, como el trabajo colaborativo aplicado a las actividades de expresión plástica y corporal, enmarcados en un juego de cuerpo y color. El aprendizaje debería, entonces, ser orientado a la formación de actitudes y aptitudes, al desarrollo de habilidades sociales y buenos hábitos para la vida. Es decir, debían aprovecharse las artes para fomentar las capacidades tanto intelectua-

les como emocionales de los educandos, creando, a la vez, los valores necesarios para los cambios esperados.

Aportes de la educación artística en la formación del ser

Cada vez más, la educación artística ha demostrado que puede proporcionar experiencias únicas en el desarrollo de cualidades personales sobre la formación del ser. Kandinsky (1979) planteó que:

Las almas hambrientas se van hambrientas. La muchedumbre camina por las salas y encuentra las pinturas bonitas o grandiosas. El hombre que podría decir algo no ha dicho nada, y el que podría escuchar no ha oído nada. La eliminación de los sonidos internos, que son el ser de los colores, la dispersión de las fuerzas del artista en la nada, es el arte por el arte” (p.12)

Al empezar a crear, el sujeto toma riesgos que lo pueden llevar a ser elogiado; pero, también, a recibir una opinión crítica de su exposición. Esto, a partir de la búsqueda de nuevas herramientas que suplan los vacíos encontrados, de la confianza ganada en sus aportes y del afianzamiento en sus decisiones, va formando su personalidad.

En esta misma línea, qué mejor que aplicar elementos como el pincel, los vinilos, el cuerpo, los sabores, las sombras, el rasgado, la crayola, los colores y muchos otros más, no solo en un sentido pedagógico, sino también en lo formativo. De este modo, antes de entrar en esa práctica hay una pregunta que genera la unión de los participantes y los conceptos relacionados con aquello que se quiere mejorar, donde se expresa, en tono de amistad, la curiosidad e interés por el hacer del otro.

Cartografiando El Diamante

La cartografía social es una herramienta relativamente novedosa en procesos comunitarios y en proyectos de planificación y gestión del territorio. Facilita, además, la producción de conocimiento legítimo sobre la realidad, basado en la participación activa de los habitantes y los diferentes individuos e instituciones que habitan y que hacen parte de un territorio.

El proceso de observación y concientización cartográfica se realizó en seis espacios dentro del territorio El Diamante y el Centro Educativo rural El Topacio, sede El Diamante, lugares y procesos que dieron lugar a la cartilla de experiencias pedagógicas llamada *Trazar unas líneas... poetizando los espacios del Centro Educativo Rural El Topacio sede El Diamante*, en la que se descri-



ben los resultados dados luego de la ejecución del proyecto de práctica docente. Los lugares seleccionados y transformados fueron el camino, el lavadero, la habitación, el comedor, el aula y el árbol.

Dentro de cada uno de estos espacios se desarrollaron actividades como:

- **El descubrimiento del color:** conectar la existencia y el origen del color con los objetos cotidianos, que los niños dieran cuenta de las sensaciones que estos le transmitían.
- **El cuerpo una experiencia de color:** reconociendo el color en contacto con el cuerpo, propiciando una relación entre la sensación producida en la sesión anterior y valores como la paciencia, el diálogo, el respeto y el silencio; que irán fortaleciendo la formación del educando.
- **Mi personaje favorito:** es un proceso de retrospectión que ayudará a identificar al estudiante qué le gusta, en conversación con los demás, sin afectarse por las críticas

de los otros y asumiendo una actitud de respeto ante lo que exponen los compañeros.

- **¿Me identifico con?:** el énfasis fue la apreciación de las habilidades de las personas para reconocer las fortalezas propias y las de los demás, creando con ello confianza ante aquello que disfrutaban hacer. Desde la creación y la aplicación del tono preferido, se les dio sentido a las habilidades adquiridas en experiencias pasadas, jugando con el mundo de la forma y el color, de acuerdo con como cada uno lo quería ver.
- **Los alimentos un reflejo de sí:** descubrimos en los alimentos las cualidades y personalidades de los estudiantes, a través de las características propias que expresaban en la asociación con una fruta u hortaliza que asociaban con lo que son.
- **Mi persona esencial:** se resaltó en la comunidad el valor de las personas de mayor importancia en la vida de los niños, quienes contaron qué han hecho ellos en sus vidas y les dieron la oportunidad a sus compañeros para conocerlos más a fondo.
- **El maquillaje y su magia:** explorando la diversidad del maquillaje y su enriquecimiento e historicidad, en algunas pinturas se reconocieron distintas formas de recrear el color y la magia que refleja: felicidad, luz, y vida en los rostros humanos.
- **Mi propio cuadro:** para recopilar los conocimientos adquiridos en las anteriores clases, los estudiantes mostraron el resultado de la interiorización de sus valores, el

encuentro entre el ser persona y ser social. Los cambios de aptitud y actitud se reflejaron en su construcción mediante la aplicación de la composición del color en distintos elementos.

¡Escuchando a los niños!

Finalizado el proceso, los educandos reconocieron los cambios en la relación propia y con los demás, identificaron cómo se les dificultaba expresar asertivamente la importancia del otro en este compartir, ya que estaban más al tanto de sus dificultades y debilidades. Expresaron lo mucho que disfrutaban estar ahí, y es aquí donde se avizora la magia y el detonador que requiere el docente para convertir los trabajos colaborativos en ejercicios con sentido pedagógico: en un marco de lúdica que los acercara a resolver en conjunto las situaciones presentes y los condujera a entender la importancia del buen trato y aceptación del otro.

La unión entre la práctica y la teoría les dio valor a sus creaciones, porque la transformación de conceptos desde el área de Educación Artística les permitió ver que estaba más allá de las planas; pues el cuerpo, el sentir y la razón son aspectos primordiales en la formación. Explorar, jugar, preguntar, inquietarse, resolver, limpiar, combinar, saber, descubrir y sentir son elementos ocurridos durante todas las experiencias, y esa fue la magia de cada día.

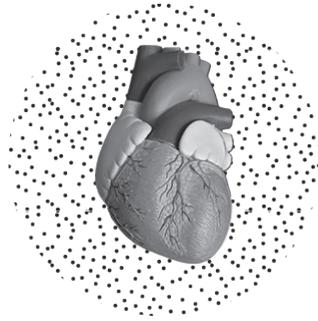
Finalmente, soy una maestra que se inquieta, remueve, enseña y no deja de crecer; que está asociada al arte: un medio mágico que me permite tocar los mundos de mis estudiantes. Con él puedo imaginar más allá de lo que hay, y de la misma forma lo he podido vivir en mis prácticas pedagógicas, y hoy, en mi quehacer docente, donde cada instante es un aprendizaje inigualable, tal como decidí que fuera.

Referencias

Herrera, J. (2008). *Cartografía social*. <https://juanherrera.files.wordpress.com/2008/01/cartografia-social.pdf>

Kandinsky, W., V. (1979). *De lo espiritual en el arte*. Premia editora de libros.





UNA OPORTUNIDAD,

**UNA ILUMINACIÓN, UNA VOZ, UNA EXHORTACIÓN:
MI CAMINO EN LA EDUCACIÓN**

María Isabel Garzón Castaño*

* Maestra de la Institución Educativa Cocorná, sede Liceo Cocorná. Correo electrónico: isabel.garzon.udea@gmail.com

Mi experiencia como docente inicia en octubre del 2019. Sí, la verdad es que llevo muy poco. Ha sido difícil por la cantidad de retos que surgen en este campo. El primero de ellos fue superar el miedo, los nervios y la ansiedad de empezar la docencia con tantos vacíos, ya que todos sabemos que unas practicas universitarias nunca son suficientes para conocer y explorar la cantidad de situaciones que surgen en el aula de clase. Además, iniciar algo nuevo siempre causa una cantidad de sensaciones e interrogantes que van surgiendo en el camino y que poco a poco se resuelven.

Tuve la fortuna de empezar mi docencia en Cocorná, municipio en el que crecí, en la Institución Educativa Cocorná, ubicada en el casco urbano. El primer día me encontré con varios docentes que me habían dado clase y se sorprendieron bastante al verme, pero me recibieron con mucho cariño y respeto; además, han sido un gran apoyo. Creo que iniciar este camino siendo tan joven es una gran fortaleza, pues me ha ayudado a comunicarme mejor con mis estudiantes, a entenderlos y, sobre todo, a crear un ambiente de confianza y cercanía con ellos, que hace que se sientan más a gusto y seguros de hablar.

Mi tiempo presencial con los estudiantes fue muy poco, ya que inicié al cierre del año 2019 y la pandemia empezó a principios del 2020. Por lo tanto, no alcancé a conocerlos muy bien ni a adquirir mucha experiencia. En ese contex-

to, llegaba un nuevo reto a mi vida, el cual era desaprender la manera de enseñar y adaptarme a esta nueva modalidad virtual, que a mi parecer es un poco fría y distante porque la comunicación a través de una pantalla no tiene comparación con poder mirar a tus estudiantes a los ojos para tratar de entender lo que están sintiendo, si están entendiendo o si debes buscar otra manera de llegar a ellos. De igual forma, el tiempo se hacía demasiado corto para explicar, responder, calificar y hacer retroalimentación de las actividades.

Me costó mucho esta nueva dinámica; pero, como todo en la vida, siempre llega un salvavidas, en mi caso, lucecitas que me han ayudado demasiado. Estas luces fueron mis compañeros de trabajo, quienes estaban realizando un proyecto que consistía en la creación de unas guías transversales de sexto a once para un programa radial. Al principio me dio mucho susto, tuve que pensar si sería capaz de afrontar este reto. Finalmente, acepté y me uní. Hasta ahora, no me arrepiento porque he aprendido demasiado, he crecido tanto personal como profesionalmente gracias a ellos y creo que no pude haber tenido un mejor inicio en este hermoso camino de la docencia. Estoy acá en mi municipio, en la institución que me vio crecer, y pertenezco al programa radial *Lectores nómadas*, el cual implica cada día una búsqueda constante de información y superar nuevos obstáculos.

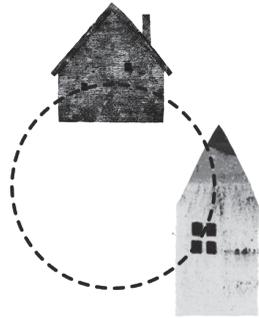
En cuanto a mi área, que es la Educación Artística, he logrado avanzar bastante con los muchachos y darle una resignificación, pues ellos no la veían relevante y no se tomaban en serio los procesos que se llevaban a cabo. Por tal razón, fue de gran importancia la unión de varias asignaturas hacia un mismo objetivo: un producto artístico que deben entregar al final de cada periodo, el cual tiene valoración en las áreas vinculadas al proyecto y, además, es orientado desde cada una de ellas.

Uno de estos productos es, por ejemplo, la exposición de fotografía documental basada en personajes importantes del municipio. Para llegar al producto final debían realizar entrevistas, indagar y profundizar sobre el contexto e historia del personaje elegido, realizar experimentaciones con maquillaje, vestuarios, planos y ángulos de la fotografía. Cada uno de estos procesos fue orientado por los docentes de Investigación, Lengua Castellana, Ciencias Naturales, Religión y Artística, siendo la última el puente que logra unir las diferentes asignaturas y dar la posibilidad de un trabajo transversal encaminado hacia la construcción de sujetos más críticos.

En conclusión, la educación artística es fundamental en el desarrollo del ser humano, pues nos ayuda a expresarnos de muchas maneras, estimulando así la creatividad, la imaginación y la sensibilidad estética. Nos ayuda a ver el

mundo sin tanta prisa, a saborear la vida y a contemplar la libertad desde los diferentes campos de acción que brinda el arte. Esto hace que sea gratificante ver cómo los muchachos se superan cada día y van descubriendo la cantidad de talentos que aún les faltan por desarrollar y que, poco a poco, con dedicación y trabajo constante en el área, van logrando sacar a flote. Cada sonrisa de orgullo al ver sus productos, cada pregunta e idea nueva que les van surgiendo con el fin de mejorar, el interés y las ganas que demuestran muchos a la hora de realizar las actividades son la razón de ser de nosotros como docentes, lo que nos demuestra que algo estamos haciendo bien en el lugar correcto.





MÁS QUE UNA PROFESIÓN,

MI ORGULLO Y SATISFACCIÓN: SER MAESTRA

Dora María Giraldo Montoya*

* Maestra de la Institución Educativa Fray Julio Tobón Bernal del municipio de El Carmen de Viboral. Correo electrónico: dmgiraldo1@hotmail.com

*A Margarita Giraldo Tobón, quien con su ética profesional logró despertar en mí la vocación de ser maestra.
A mis estudiantes, quienes día a día me inspiran a ser mejor maestra; maestra para la vida.*

Si bien los cinco años de la licenciatura que realicé fueron de mucho bagaje intelectual, conocimientos, teorías, autores, experiencias que enriquecen y abonan el terreno para enfrentar la docencia; es innegable la veracidad del refrán que dice que “la practica hace al maestro”. Aprender desde lo teórico, saber cómo hacer una planeación, organizar momentos pedagógicos, emplear métodos y didácticas para explicar y desarrollar una clase, así como tener el dominio disciplinar, son algunas de las herramientas que me han ayudado a ejercer mi labor; pero nada tan enriquecedor como la experiencia que se va ganando con el tiempo, en el paso por las aulas.

¿Qué y quiénes me inspiran para ejercer mi profesión de docente?

Miradas inquietantes y perdidas, caras pálidas, ojos llorosos, brazos tatuados, *piercings* en las orejas, silencios abrumadores, alborozos en el descanso, pupitres rayados, tareas sin hacer, temas sin entender, angustias sin resolver, normas que transgredir, diversos universos en un aula de clase. Ellos, mis estudiantes, son mi mayor motivación, porque más que una lección por enseñar se ha tratado de una experiencia para aprender.

La labor del docente se compara con una tarea asociada al arte, y lo considero válido y apropiado, ya que nuestro trabajo está en relación directa con los seres humanos, con personas que llegan al aula de clases a recibir y dar, a intercambiar ideas, pensamientos y opiniones, a formar y pulir su personalidad, a construir y confrontar con los otros. De ahí que los docentes nos convirtamos en artistas que facilitamos la construcción de obras de arte, y en guías de ese proyecto humano que cada estudiante empieza a consolidar desde temprana edad.

Como la vida, que fluye a cada palpito, en cada movimiento del ser, siempre el deseo de dar lo mejor frente a los estudiantes, el interés por alcanzar lo que se ha proyectado en cada tema, idea o actividad, me llevan a encontrarme con mi conciencia como maestra. Tal vez, muchas cosas quedan en el olvido de las personas; pero una palabra dicha por un profesor puede abrir el horizonte, o simplemente malograr el espíritu investigativo de alguien, por eso siempre recordamos a alguno de nuestros maestros, con afectos diversos, según cada vivencia. Y es que la expresión de quien enseña debería estar atravesada por la paciencia y el amor, la prudencia y la gracia; pero, sobre todo, por la habilidad de que su presencia motive a un estudiante a despertar y mantener la capacidad de asombro de los demás.

La acción educativa a través de la docencia está llamada a contextualizar los contenidos de acuerdo con el medio en

el cual se desenvuelve la labor, a entender las condiciones del entorno, a identificar cómo el trabajo colectivo de las comunidades educativas puede ser significativo en la medida en que se generen diálogos constantes a partir de cada temática. Se debe entender que la presencia del maestro en un determinado contexto no es neutra, y que por sus manos pasan las vidas de cientos de personas que pueden encontrar en él o ella una voz de aliento o, por el contrario, la imposibilidad de creer en el ámbito educativo. Entonces, ¿cómo asumir una posición crítica frente a los procesos de transformación que se exigen desde la ética y la verdad que cada maestro imprime a través de la palabra?

La tarea de ser maestro es tener la “maña” para conjugar un saber disciplinar con todas esas necesidades, inquietudes y curiosidades que tiene un niño, una adolescente y un joven. En mi caso, aparte de haber elegido la docencia como profesión, otro gran acierto fue haber elegido una Licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana. Ser la profesora de Lenguaje, tener la posibilidad de trabajar con las letras, las palabras, los textos, los significados, la literatura y su mundo simbólico ha sido muy gratificante y enriquecedor para mi vida profesional.

Enamorar a los estudiantes de las letras y la lectura de los clásicos sigue siendo un desafío, más ahora en esta sociedad actual, en la que los mundos virtuales, los *influen-*

cers, los videojuegos, la sociedad de consumo, la moda; o, en palabras de Bauman, la “modernidad líquida”, en la que todo es efímero, se ha apoderado de los jóvenes.

En ese sentido, se observa cómo el maestro que inspira a través de la palabra reconfigura otro modo de su función educativa, ya que busca motivar no solo a los estudiantes, sino también a los individuos de una comunidad para orientarlos a realizar procesos educativos y de proyección social. De igual manera, procura desarrollar actividades que fortalezcan y promuevan el desarrollo de las acciones académicas, que generen interés por los diversos temas y que proyecten su profesionalismo, tanto por su versatilidad y deseos de aprender como por su capacidad de reinventarse, liderazgo y proyección social. Ser la profesora de Castellano, más que una profesión o un quehacer, es un acto que me llena de orgullo y satisfacción. Tengo la clara convicción de que mis aportes transforman y construyen proyectos de vida.





MI FORTALEZA

CIMENTADA EN MI PASADO

María Isabel Giraldo Rojas*

* Maestra de la Institución Educativa Rural Pablo VI del municipio de Remedios. Correo electrónico: mariaisabelprofe@hotmail.com

Yo solo era una niña de diez años, nunca pensé que la vida fuera fácil, pues tenía claro que era complicada, demasiado para mi gusto y edad; pero nosotros en casa la veíamos de otra forma. Así comienza mi historia. Nací en una humilde familia, donde la honradez era lo que más sonaba en la casa de mi abuelo Lolo. Era una casa de bareque, en la que nos distribuíamos la sala. Había cuatro esquinas para cada una de las hijas de mi abuelo, cada una con dos o tres hijos. Ahí ubicábamos las camas, por lo que nos podemos imaginar la estrechez al dormir. Quien se levantaba primero cogía el fogón de leña, único en aquella cocina al aire libre. Y qué decir de la hora del baño y la lavada de ropa, toda una osadía, una competencia de amor.

En ese entonces vivíamos en una humilde finca ubicada a varias horas del municipio de Ituango, Antioquia. En este lugar, a pesar de las necesidades, fuimos muy felices. Allí a veces se sentía temor o, mejor dicho, terror, porque en épocas anteriores estas tierras fueron visitadas y disputadas por grupos armados. El Cedral, como se llama la vereda a la que me refiero, pareciera estar maldita. Ya mi familia había sido víctima de la violencia, todo por causa de un acto de intolerancia.

Me encantaba esperar el amanecer en una pequeña raíz de un árbol, lo hacía cuando mi madre me levantaba a muy temprana hora del día para que buscara chamizas y poder

prepararnos los alimentos. Qué decir de cuando en esta búsqueda de leña encontrábamos un zapato en buen estado, continuábamos buscando el compañero para llevarlo a casa y que mamá los cosiera para estrenar e ir a la escuela.

Con tan solo diez años de edad me encontraba estudiando quinto de primaria en el Centro Educativo Rural El Cedral. Allí siempre me preguntaba: ¿por qué será que los niños y niñas como nosotros no disfrutamos nuestra niñez? Nunca encontraba una respuesta. Feliz con los zapatos que hallaba en el cafetal, no interesaba que en aquel salón estuviera quien fue el primer dueño de esta valiosa joya y me dijera: “¡Esos fueron míos!”. Traído a esta época, lo anterior lo llamaríamos *bullying*, y hasta protocolo activaríamos; por eso, ahora estoy segura de que primero debemos formar en el ser.

En un cerrar de ojos, me doy cuenta de que ya estoy hecha toda una adolescente, pero todavía me encontraba terminando mis estudios de secundaria y luchando por cumplir todas las metas que había trazado. Tal vez, algunas de ellas se tuvieron que dejar atrás por la situación económica y de violencia que nos tocó pasar, pero aún tenía la esperanza de que algún día las pudiera cumplir, porque todo se puede con esfuerzo y dedicación.

Crecí en casa de maestros, ellos me abrieron las puertas de su hogar. Una fortaleció mi vocación, que, desde los cami-

nos de herradura, mencionaba entre mis ires y venires por aquella vereda. Cuando escribo sobre la docencia, mi corazón de profe piensa que en realidad los maestros son constructores, ingenieros de vocaciones y hacedores de perfiles profesionales. Lo sé porque fui estudiante y muchos docentes delinearon en mi arquitectura mental parte de lo que soy ahora. Como profesora en actividad, hoy recibo palabras bondadosas y de reconocimiento de los que han sido mis discentes, tengo las bases de dos grandes maestros. Los vi trabajar con tanta dedicación, amor y empeño que tales acciones solo me mostraron los esfuerzos y sacrificios que es ser maestro en el día de hoy. ¡Tengo tantos amigos y hermanos profesores con los que entablo diálogos sobre docencia y educación! Ellos me han mostrado con claridad que para ser buen docente es necesaria la vocación. Amar lo que se hace es fuerza suficiente y requerida para el reto de ser maestro en estos tiempos difíciles.

Ser maestra siempre ha sido mi mayor tesoro y fortaleza. Es el resultado al armar esta perfección entre tanta imperfección. Esta es la vida. Seguramente, si no la hubiera vivido con las subidas y bajadas, estos aspectos no me hubieran aportado en mi profesión. Por ello, intento ser más humana día a día, sin dejar a un lado la cátedra; pero desde el amor.





LAS VOCES

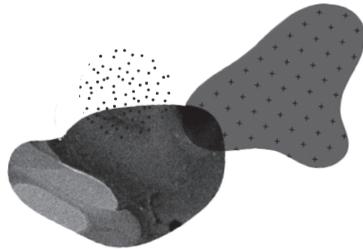
DEL AYER SON LAS VOCES DE HOY

Edwin Kenny Granados Maestre*

* Maestro de la Institución Educativa Nicolás Gaviria del municipio de Cañasgordas. Correo electrónico: ekegrama2011@hotmail.com

Para empezar esta historia voy a confesar algo: llegué al lugar donde debía llegar, aunque el proceso de adaptación debí realizarlo de manera acelerada por la necesidad imperiosa de un grupo de adolescentes carentes de orientación, quienes pedían a gritos un liderazgo en su proceso formativo y académico.

Recuerdo el primer día en la vereda. Alentado por esas ganas desbordadas de conocer mi sitio de trabajo, realicé una caminata de unos ochenta minutos por unas pendientes bastante empinadas, hasta llegar a la escuela. Durante el recorrido era abordado por niños y jóvenes que brotaban de lado a lado del camino. No faltó el interrogante por parte de una de las infantiles, queriendo saber si era el nuevo profesor, a lo que respondí afirmativamente moviendo la cabeza, levantando la ceja y con una leve sonrisa en mi rostro. Mi respuesta desató júbilo en esa pequeña niña, quien mediante brincos pausados y armoniosos demostraba su alegría por la noticia.



Ya en el aula, frente al grupo de chicos, bastó solo ver esas caras con miradas perdidas, profundas, y algunas otras desviadas por simple pena del nuevo profesor, para entender que tenía una gran misión ante las expectativas reflejadas en esos rostros. Uno a uno los estudiantes, con voces débiles y quebradizas, fueron presentándose mientras el canto de los pájaros adornaba el momento y preparaba el ambiente escolar para lo que venía de ahí en adelante.

Los días empezaron a correr y con ellos un incansable intento por entender una metodología nueva para mí, que necesitó de una ligera inducción en la escuela de una vereda cercana. El reto asumido fue el de atender en todas las áreas a varios chicos de diferentes grados. Terminadas unas dos semanas, comprendí por qué algunos compañeros docentes declinaron su intento de ejercer su labor pedagógica cuando conocieron lo que les esperaba con esas metodologías flexibles.

Si soy honesto, al comienzo, como en muchas otras profesiones, se torna un poco difícil el manejo de las nuevas funciones y procesos, pero la motivación de hacer las cosas bien y las ganas de salir adelante fuera de mi terruño acrecentaron ese tesón heredado de mi padre y la vocación de servicio que me inculcó mi madre con su ejemplo. Estas fueron las herramientas proporcionadas por mis progenitores para empezar a laborar con mis estudiantes.

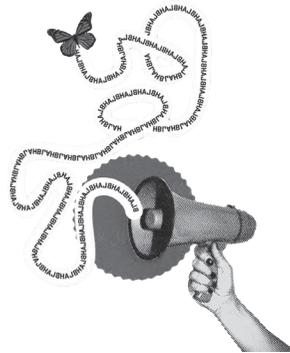
Los años transcurrieron entre planeaciones, hojas de vida, mallas curriculares, capacitaciones, evaluaciones de desempeño, proyectos institucionales, planes de recuperación y reuniones de docentes; toda una amalgama de situaciones y momentos que conforman la vida del maestro. Sin embargo, estas estructuras quedan a un lado en el preciso instante en que nos adentramos en la vida de los educandos mediante conversaciones espontáneas, que surgen de la nada o, como dicen ellos, “porque sí”. Esos momentos son realmente valiosos para nuestra labor, lo expreso porque justo a partir de uno de esos diálogos pude conocer los motivos de las ausencias reiteradas de una estudiante. Su inasistencia se debía a que tenía la responsabilidad de preparar el almuerzo para un grupo de jornaleros del cafetal de su finca, que exhaustos arribaban a la casa pasadas las doce del mediodía.

Son muchas las situaciones en materia de educación que podría mencionar de mi escuela o sede; pero, sin lugar a duda, las que marcan son aquellas que, sin saber, solo con las buenas intenciones y dedicación de mi parte, se convierten en logros y en un simple pero significativo “Dios le pague, profe”. Nunca pensé que las palabras alegraban el espíritu y motivaban a continuar el camino del esfuerzo, y en algunos casos del sacrificio del tiempo que quedaba para dedicárselo a uno mismo, a la familia y el entretenimiento. En fin, realmente no se piensa solamente, se sigue

el instinto y ya. Reconozco también que parte de ese tiempo lo utilizo conscientemente para prepararme cada día más y brindarles a los educandos lo mejor de mí, aunque en algunos casos ese esfuerzo no sea valorado.

Quedan en mi mente y mi corazón momentos inolvidables que no pude haber experimentado en ninguna otra parte, sino en mi escuela. Hablo precisamente del día en que monté por primera vez un caballo viejo, desgarrado y con poco aliento, porque debí trasladar a una estudiante que sufrió un accidente en el labio con un alambre de púas de la cerca que rodeaba la escuela. Otra situación memorable fue el reconocimiento que tuvimos en el municipio debido a los triunfos obtenidos por algunos estudiantes durante varios años en el deporte de la marcha a nivel departamental.

Hay una serie de instantes que permanecerán tatuados en la piel de este docente que les habla. Sin embargo, lo que me satisface plenamente es escuchar esas voces de personas que encuentro siempre en el camino rumbo a la escuela, brindándome un afectuoso saludo cargado del más puro y profundo agradecimiento porque tiempo atrás recibieron mis clases, explicaciones y consejos para su formación académica y personal.



UN SÍMIL,

UNA REFLEXIÓN Y LA EXPERIENCIA DESDE
LA NARRATIVA DEL DOCENTE

Pedro Rafael Guerra Meza*

* Maestro de la Institución Educativa San Juan de Urabá del municipio de San Juan de Urabá. Correo electrónico: pedroguerra527@yahoo.es

En el año 2004 hice la botadura en el barco de la docencia a través del mar del aprendizaje y la enseñanza constante del lenguaje. Fue una experiencia maravillosa. Aunque para un docente forastero no es una decisión fácil iniciar una ruta de navegación tan distante de su territorio de origen, un profesor debe ponerse la vestidura del capitán del barco. En definitiva, un navío recorre muchos sitios lejos de la costa que lo ve partir. Cuando decidí ser el capitán partí desde mi terruño hasta Medellín. Desde allí viajé hasta llegar a Puerto Triunfo, lugar donde arrancó mi primera gran aventura por las trochas y caminos destapados de la geografía antioqueña. Lo hice en el techo de un carpati¹ hasta llegar al puerto de embarque llamado San Miguel.

A este grandioso evento asistieron los estudiantes de la Institución Educativa Rural San Miguel, que más tarde serían mis primeros marineros. Este colegio está ubicado en el corregimiento que lleva el mismo nombre. Es un territorio bondadoso y virtuoso que acapara gran parte de la majestuosidad natural del Magdalena Medio. En aquel entonces, sentía felicidad al encontrar sueños en una tierra próspera. Como para alardear de su maravilla, este capitán se muestra fascinado a la orilla de La Miel, un hermoso río cristalino y lleno de esperanza para sus pobladores. Sí, allí, en ese puerto se subieron los primeros marineros a mi barco. Ellos fueron mis coequiperos y mi inspiración para

navegar siempre con el propósito de encontrar en cada puerto visitado grandes esperanzas y nuevos horizontes. Hallar en las tormentas las dificultades y oportunidades que esconde el mar y que por momentos las aflora es un aprendizaje y un conocimiento.

La navegación inició por las aguas tranquilas y a veces turbulentas de la educación. La enseñanza y el aprendizaje se convirtieron en el timonel y en la brújula de mi incipiente recorrido. Comenzaba a comprender que, para ser capitán de un barco con tantos marineros disfrazados de estudiantes, se requería del despojo de prejuicios, más aún en un barco con una connotación tan especial como este. Asimismo que en esta labor todos los días hay que reinventarse y aplicar nuevas estrategias de navegación. A veces, el mar, ese espacio de enseñanza y aprendizaje, permitía avanzar grandes recorridos en un mes, una semana o un día. Sin embargo, en otras ocasiones, las olas eran tan elevadas que no permitían ni siquiera recorrer un corto tramo.

San Miguel, más que el puerto desde donde zarpé, fue la oportunidad para apropiarme de las enseñanzas de sus moradores. Como capitán de un barco de marineros, soy lo que interactúo con los territorios; así que una parte de mí es San Miguel. Además, estos espacios físicos también son sus habitantes y lo que dejan los foráneos. En este caso,

¹ Medio de transporte en los municipios. Es un carro, pero los habitantes lo llaman "carpati".

fueron tantas enseñanzas que nutrieron mis saberes, que hoy voy dejando trocitos de ellas a cada puerto al que llego. Esta es la travesía de un docente que se pone el uniforme del capitán del barco que dirige.

Cuando todavía se es novato en la práctica se tienen muchas dudas y miedos, por lo que es posible que se cometan errores. Solo si te lanzas al agua con una carta de navegación sincronizada y el conocimiento disciplinar, didáctico y pedagógico puedes superar las inseguridades. Muchas veces, los capitanes dejan hundir el barco sin haber terminado el primer recorrido. Eso sucede, tal vez, por la falta de planeación de la carta de navegación. Esta debe ser pensada con mucha anterioridad. Particularmente, inicié con miedo al mar, pues lo veía como un monstruo que se traga los barcos en la lejanía, a pesar de que me creía un capitán experto, aunque sin experiencia. Mi gran logro, reconozco, fue que mi carta de navegación siempre estaba sincronizada con la ruta.

A medida que uno cambia de lugar de embarque, mayor es la experiencia que se toma en las peripecias del mar. Para el 2006, la Autoridad Marítima Colombiana me cambia de barco y decide que lo debía zarpar desde el municipio de San Juan de Urabá. Igualmente, fue una experiencia nueva y magnífica. Ver a tantos estudiantes vestidos de marineros con sus trajes blancos y llenos de esperanza es acto de

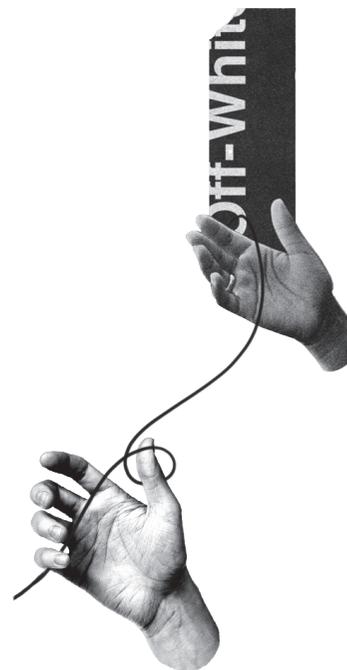
motivación para cualquier capitán. Sé que un navío sin la ayuda de su tripulación no conquista el océano.

Esta vez, el puerto de embarque estaba cerca tanto a mi lugar de origen como al mar. El contexto brindaba otras oportunidades y vivencias. Claramente, estaba dentro de un mismo territorio con particularidades distintas. De seguro, parte de mí, de la que conforma San Miguel, se integró con parte de San Juan: esa es la experiencia docente. Somos un territorio andante que se mueve a través de montañas, ríos y carreteras, pero también a través de las personas. Todo esto teniendo en cuenta las posturas políticas o sociales, las creencias, los discursos y las maneras de ver el mundo. De forma indirecta, el docente ayuda a construir y reconstruir el territorio.

Ahora, son muchos los puertos conquistados y los marineros que se han subido y bajado del barco al finalizar su ciclo. Sin embargo, de algo estoy seguro como capitán: han construido aprendizajes, no solo para navegar, sino también para ser mejores personas en una sociedad que cada día está más desprovista de las buenas costumbres y carente de valores. Dentro del barco es inverosímil inducir a los marineros solo hacia el camino del conocimiento si no se les permite que sean mejores personas. Creo que lo más importante es formar al ser humano, al estudiante, al marino como sujeto que piensa en el beneficio de la sociedad.

Para el año 2013, la Capitanía de Puertos decide que debo cambiar de barco. Esta era la tercera vez que dirigía uno. En este caso, fue el Programa Todos a Aprender de la Capitanía General Marítima o Ministerio de Educación Nacional. A este subieron otra clase de marineros, tripulantes más expertos y con otras maneras de ayudar en el encuentro insospechado con el mar. Era otro el aprendizaje que se buscaba y se ha venido buscando desde ese entonces. Marineros que podrían, en cualquier momento, estar al mismo nivel del capitán que los dirige. Esto significaba otra forma de planear la carta de navegación, tan distinta y que generará nuevos conocimientos.

Para terminar, desde que me subí en este barco de la educación la reflexión ha sido constante, empezando por mi parte. Cada día debo replantear las maneras de dirigirlo. Creo que desde que comencé este rol de capitán o docente la experiencia ha sido fundamentada por el propio quehacer, las rutinas y las maneras de interactuar con los estudiantes; pero también ha sido imprescindible la formación y la cualificación de los conocimientos. Tanto la carta como la ruta de navegación tienen horizontes acordes con las necesidades de la tripulación.





BIBLIOCANCHA:

LA COMBINACIÓN PERFECTA

Francisco Luis Guiral Agudelo*

Gladys María Rojas Durango*

Lina María Álvarez Uribe*

* Maestro de la Institución Educativa José Miguel Restrepo y Puerta del municipio de Copacabana. Correo electrónico: fraguia@hotmail.com

* Maestra de la Institución Educativa José Miguel Restrepo y Puerta del municipio de Copacabana. Correo electrónico: gladysrojas@yosoydelajosemiguel.edu.co

* Maestra de la Institución Educativa José Miguel Restrepo y Puerta del municipio de Copacabana. Correo electrónico: lina_leer@hotmail.com

Un día cualquiera del 2019 estábamos en la cancha de fútbol del colegio, ya que los chicos participaban con emoción del Torneo Interclases; iban y venían celebrando su triunfo o lamentando su derrota. Los profesores de otras áreas observábamos con curiosidad los partidos, nos pareció inquietante ver esa otra cara que muestran los chicos cuando hacen lo que les gusta, y hablamos sobre ello. De esta conversación casual participamos los docentes Gladys, Francisco y yo. Comentábamos lo bonito que era verlos tan alegres practicando su deporte favorito, pero al mismo tiempo nos entristecía que la mayoría de los estudiantes que se dedicaran al deporte tuvieran tanta apatía por el estudio. Asombra que en el aula de clase no desearan hacer nada y que cuando les reclamemos o aconsejamos contesten: “¡Ah!, a mí no me gusta estudiar. ¡Yo voy a ser deportista profesional!”. Algunos más osados dicen: “Para qué el estudio si uno puede conseguir más dinero haciendo otras cosas”.

La apatía de los estudiantes deportistas es más fuerte en las áreas de Matemáticas, Lenguaje y Ciencias. Decidimos entonces realizar un proyecto que permitiera abordar esta problemática. La idea era unir la academia y el deporte como una receta maravillosa, y de ahí surgió el nombre: “BiblioCancha, la combinación perfecta”. ¿Será posible que los estudiantes vean los libros como ven las canchas, como lugares de aventuras y diversión?

Como objeto de estudio elegimos en el 2019 el texto “El fútbol, esa metáfora”, de Juan Carlos Rodas. La elección la hicimos porque el autor logra, a través de su texto, plasmar las vivencias de los jugadores, las familias y los espectadores. Hace análisis trascendentales de las emociones y las acciones de los jugadores. Enlaza la vida de los jugadores con la vida de los grandes escritores y de los personajes de obras literarias maravillosas. El fútbol como deporte destacado, por las pasiones que genera en los seres, es la metáfora de la vida que sale al encuentro del lenguaje universal que habita en los libros. El lenguaje y el deporte hablan de amor, de justicia, éxito, verdad, mentira, soledad, falsa gloria, violencia, hermandad...

Después de leer el texto invitamos al escritor a un encuentro presencial con los estudiantes, y los resultados fueron satisfactorios. Tuvimos contacto con ese otro del que tanto habla el autor. Ellos tuvieron la oportunidad de conversar con él, de hacerle muchas preguntas, de mostrarle las poesías que hicieron sobre su deporte favorito. También le entregamos una placa como reconocimiento a su talento en la escritura. Esta es una pequeña muestra del trabajo de los estudiantes:

En este año continuamos con la ejecución del proyecto en el que participan los sextos, séptimos y octavos. Tenemos como objeto de estudio la crónica titulada “El oro y la oscuridad”, de Alberto Salcedo Ramos. Con ella deseamos

concientizar a los estudiantes de la importancia del estudio, pues la triste historia del boxeador Kid Pambelé es un referente para que las nuevas generaciones no la repitan. Con la guía 7 analizamos el tema de los deportistas que fracasan en su vida personal porque la inteligencia emocional y la preparación académica quedó en un segundo plano. De ahí la importancia de desarrollar las inteligencias múltiples en nuestros niños. De esta manera, seguimos haciendo esa conexión entre la literatura y la vida. Leer nos da la posibilidad de reflexionar sobre los problemas que nos agobian, y tratamos de darles solución a través de proyectos que surgen de la necesidad de arrebatarle más niños a la violencia, a la deserción y al mundo de las drogas.

A través de la persistencia queremos demostrar que es posible tener jóvenes deportistas que también vayan a la universidad. Lo más seguro es que hemos cometido muchos errores, pero ahí vamos. Tratamos de llegar de diferentes formas a los estudiantes, y esperamos que esta experiencia también tenga resultados a largo plazo. Este trabajo se ha fortalecido con la participación de la profesora de Tecnología: Gladys Rojas, quien ha utilizado las herramientas digitales para profundizar en los textos leídos y en las problemáticas tratadas. Con ella se han fortalecido las habilidades digitales en los estudiantes, y con el profesor de Español: Francisco Guiral, hemos trabajado, en red desde el lenguaje, cada de una de las temáticas, logrando

así que la concurrencia en el proyecto sea más alta. En los tres años han participado aproximadamente novecientos niños por año. La parte innovadora consiste en el trabajo en red y en que los chicos hicieron una adaptación del texto “El futbol: esa metáfora”. Lo llevaron al género poético tratando de usar el soneto para narrar lo que menciona el autor originalmente en su libro. Algo que no es fácil, dadas las reglas de este tipo de composiciones.

En conclusión, nuestro propósito es desarrollar las habilidades del siglo XXI en los estudiantes que presentan apatía académica, haciendo énfasis en las TIC con actividades intencionadas que eviten la deserción escolar. Una de nuestras metas es construir una cancha virtual de fútbol, en la que a través de códigos QR se puedan mover los jugadores después de contestar preguntas a manera de reto; estos interrogantes serían de todas las asignaturas y así repasaríamos conceptos básicos de manera divertida.





SOY AIRE,

FUEGO, TIERRA... SOY LENGUAJE

Beatriz Elena Hernández Álvarez*

* Maestra de la Institución Educativa Divino Niño del municipio de Caucasia. Correo electrónico: tizmariposa@gmail.com

¿Alguna vez se han acostado mirando fijamente el techo de sus casas preguntándose qué hacer al día siguiente para que sus estudiantes puedan comprender lo que leen?, ¿acaso se les ha quitado el hambre porque el resultado de una evaluación no fue el que esperaban? Díganme si han sentido mariposas en el estómago cuando un estudiante lee un libro y se los relata de principio a fin, o cuando el discurso de graduación lo lee aquel al que no le gustaba. Respóndanme si alguno de ustedes ha llorado ante la impotencia de ver a un alumno no lograr sus objetivos. ¿Será que alguno de ustedes ha experimentado el deseo de renunciar al ver el desinterés por la lectura que existe en la mayoría de chicos?, ¿han leído en voz alta y no los escuchan?, ¿han leído con la pasión desenfrenada y ellos no se inmutan?

Si han sentido todo esto, son educadores por pasión y entenderán por qué quiero contarles en lo que me he convertido en estos últimos años. He sido aire, porque el tiempo ha moldeado mi pensamiento y en un esfuerzo volátil me ha transformado. Soy fuego, me he internado en las más profundas reflexiones para resurgir como el ave fénix, moldeando mis creencias, percepciones y actitudes frente a la educación y el papel de la lectura y la escritura en la sociedad. Soy tierra, porque mis pies han tenido que aterrizar a las realidades para fortalecerme y envolverme en las necesidades de otros. Finalmente, soy lenguaje; soy

un todo que evoluciona, se transfigura y, en un ir y venir, se esparce en los tres elementos para configurar uno solo.

Soy aire

Me recuerdo allá, en el año 1997, gritando vorazmente que la respuesta correcta era la C, y a mi profesor de Lenguaje sacándome del salón por bochinchosa y escandalosa. Luego, me recuerdo en las aulas de la Universidad de Antioquia, iniciando mis estudios de Licenciatura en Español y Literatura. Sí, esa misma, yo, la que decidió imitar a su profe de Español porque veía en él la pasión del lenguaje. Quizá él no leía en voz alta porque su voz ya estaba afectada por los años, pero en mi ser leer en voz alta fluía, y así me fui sumergiendo entre las letras para volar y envolver a un sinnúmero de jóvenes cobijados en mis prácticas. Después, hice una maestría y hoy, un doctorado.



Soy fuego

Mi primera selección de lecturas las hice para el primer grupo que tuve oficialmente como profesora de Español y Literatura. Temblaba como un cervatillo al acecho, casi no podía sostenerme de pie ante el expectante grupo de octavo que esperaba mis primeras palabras. Tenía la garganta reseca y estaba a punto de estallar en llanto, pero, luego, la sutil voz que se preparaba para enamorar... *Felicidad clandestina*, de Clarice Lispector, mi primera lectura para atrapar a un grupo de jóvenes que según las otras instituciones no servían. Así es, el colegio donde inicié era de esos donde nadie quiere ir. Finalmente, mis estudiantes se decidieron quedar y las horas de cuentos, canelazos, cineclubes y demás nos fueron atrapando a todos. Nos quemábamos juntos, resurgíamos, buscábamos más. El día en que me despedí fue notable el llanto en ambas direcciones, sabíamos que nos habíamos perdido.

Soy tierra

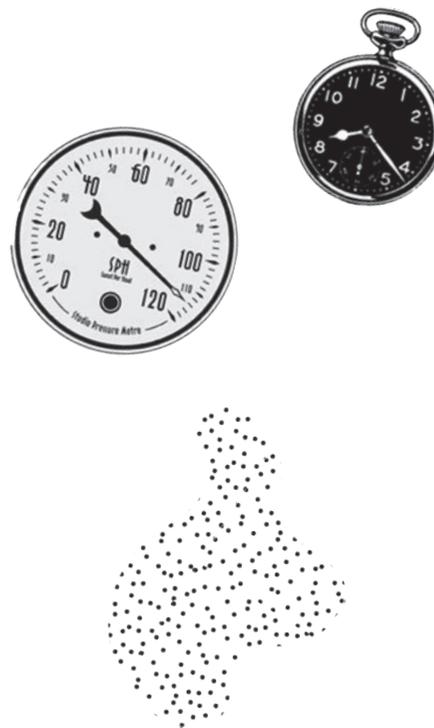
Llevo quince años trasegando en este arduo camino. El mundo de las letras se apoderó de mí y trato, día a día, de imprimirle el amor a los otros de lo que yo he sido. Quizá nunca falte un libro en mi regazo. Tuve un hijo, le leí desde el vientre y seguimos compartiendo lecturas por placer cuando el tiempo nos lo permite. He tenido más de dos mil



hijos en todo este tiempo y, en ocasiones, he recurrido a las prácticas tradicionales para enseñarles a leer, escribir y pensar; pero también me he sentado a reflexionar sobre cómo transformar todo eso. Hace ocho años hago parte del Programa Todos a Aprender, pero antes de estar en este grupo selecto de docentes comencé a preguntarme cómo transformar mis prácticas, cómo hacer que mis estudiantes se enamoraran y apasionaran por la lectura y la escritura y cómo vencer el hastío hacia estas prácticas tan necesarias para la vida. Les cuento que una de las decisiones más inteligentes que tomé fue la de contextualizar lo que enseño. Cuando empecé a mostrarles a los estudiantes que lo que aprenden en el aula lo necesitan para la vida, todo comenzó a cobrar más sentido. Aprendimos a poner los pies sobre la tierra, es decir, sobre las realidades que nos circundan. Se permite hablar en voz alta, rebatir argumentos, escribir sin presiones y participar en la vida social y cultural del municipio según sus experiencias y vivencias. ¿Qué otra cosa no querría el ser humano que ser escuchado y valorado por lo que piensa, siente y sueña?

Soy lenguaje

Ser tutora del Programa Todos a Aprender me ha posibilitado acercarme a diversas comprensiones de lo que enseño, pero, sobre todo, me ha regalado algo único y esperanzador. Acompañar a muchos docentes para que transformen sus prácticas y ser un par académico que reflexiona y construye en comunidades de aprendizaje me ha permitido convertirme en lenguaje. Entendí que más allá de las letras hay una realidad para leer, que las emociones, las vivencias y experiencias nos envuelven en un mundo de significados inexorables. Sigo siendo aquella chica intrépida que gritaba incesantemente que la respuesta era la C, aquella que buscaba en su profesor la aceptación y escucha y, tal vez, simplemente ser sacada del salón para ir a refugiarse en el único lugar seguro de aquella institución: la biblioteca.





MI ESCUELA

Jorge Armando Hernández Álvarez*

* Maestro de la Institución Educativa Rural Porfirio Barba Jacob, Centro Educativo Rural Santa Bárbara, municipio de Santa Rosa de Osos.
Correo electrónico: academiaaljor@gmail.com

Un análisis de la práctica docente en el Centro Educativo Rural Santa Bárbara, ubicado en la zona rural del municipio de Santa Rosa de Osos, Antioquia, arroja que hay acciones que deben ser fortalecidas en el ámbito pedagógico desde el modelo desarrollista enfocado en la Escuela Nueva activa. En este se lleva a cabo la estrategia de trabajo en equipo, lo que permite que los educandos alcancen el conocimiento de manera gradual y de acuerdo con las necesidades y condiciones individuales.

En relación con lo anterior, en el centro educativo se podría fortalecer el trabajo en equipo desarrollando cada temática a través de espacios de lectura y de interacción entre los estudiantes. Dado que el entorno académico se aborda bajo el aula multigrado o monodocente para toda la básica primaria, esto constituye un enfoque de pedagogía activa, que favorece a su vez el aprendizaje por descubrimiento; aunque en ocasiones se desarrolla de manera muy regular, puesto que en el contexto rural los padres de familia no tienen una concepción clara de estas prácticas y modelos pedagógicos adoptados por la institución. En consecuencia, manifiestan que lo mejor es hacer la práctica educativa de forma tradicional, es decir, llenar cuadernos, ser memorísticos, ubicar estudiantes en filas y separados por grados; lo que muestra un contraste con el modelo. Contrario a la concepción de la comunidad, Sava-ter, (1991) formula que “la crisis de la educación ya no es lo

que era” (p. 13). Explícitamente, lo que quiere decir este autor es que algunas personas aprueban las prácticas tradicionales, pero ya necesitamos enfocarnos en la problemática actual para adquirir un nuevo horizonte que permita afrontar los problemas del presente siglo.

Atendiendo lo dicho hasta ahora, cabe resaltar que para explicar al padre de familia la intención de las prácticas educativas se ha desarrollado el proyecto de escuela de padres y se han elaborado guías de aprendizaje con párrafos de introducción, donde se dan orientaciones generales acerca de las actividades y el proceso para abordar los compromisos escolares, teniendo en cuenta nuevos escenarios como el modelo de educación remota debido a la pandemia. Este nuevo escenario ha propiciado la oportunidad para desarrollar ciertas actividades que permiten la reflexión y los cambios de pensamiento en el contexto rural.

Por otra parte, autores como Oppenheimer (2014) afirman que nuestra educación ha permanecido en el sistema prusiano y en ella debemos destacar que los déficits de conocimiento se acumulan y a los estudiantes les cuesta, cada vez más, seguir sus estudios. Nuestra misión es proveer una educación para todos, en la que es necesario dejar solo de estudiar en la escuela y de hacer las tareas en la casa. Ahora es imprescindible estudiar en la casa,

con videos y plataformas interactivas, y hacer las tareas en la escuela. De acuerdo con lo que plantea este autor, en nuestra práctica rural necesitamos diseñar estrategias que le permitan al educando el estudio en el hogar, haciendo uso de los recursos que existen en el contexto y por medio de programas televisivos que fomenten el aprendizaje, como es el caso de los Profes Melos, del canal Teleantioquia; o Profe en tu Casa, del canal Señal Colombia, lo que puede complementarse con actividades escolares, a través de un adecuado plan de aula que posibilite hacerle un seguimiento al estudiante.

Para finalizar, podemos concluir que un docente se debe caracterizar por su observación, dinamismo, liderazgo, creatividad, adaptación al cambio, espíritu de investigación y capacidad de creación de alternativas de solución para las problemáticas que surgen en la escuela; pero, además, es vital que pueda realizar transferencia de los aprendizajes para ofrecer soluciones en cualquier contexto y aportar así a los cambios y avances de la sociedad.

Referencias

Oppenheimer, A. (2014). *¡Crear o morir! La esperanza de América Latina y las cinco claves de la innovación*. Penguin Random House Grupo Editorial.

Savater, F. (1991). *El Valor de educar*. Ariel.





NARRANDO,

NARRANDO, VOY REFLEXIONANDO

Lina Marcela Jaramillo López*

* Maestra del Centro Educativo Rural Madre seca del municipio de Anorí. Correo electrónico: linabetania024@gmail.com

Ubicado entre amplias y verdes praderas se encuentra el Centro Educativo Rural La Alacena del municipio de Támesis, donde una mañana calurosa de un lunes 4 de agosto de 2009 inició esta bella experiencia que sigo considerando sin fin, ya que a medida que avanzo me voy encontrando con nuevos retos y desafíos que me obligan a pensar, aprender, desaprender y comprometerme con el quehacer pedagógico. He aportado un grano de arena a la comunidad: una sociedad que presta toda su atención en nosotros como agentes transformadores.

Ingresé a la Institución por la puerta principal a las siete y veinte de la mañana, dado que la hora de inicio de clases era a las ocho. Me encontré con una escuela amplia, dotada con dos aulas de clase, restaurante escolar, un salón con diez computadores en buen estado y un patio provisto de un bello jardín. Admirando la belleza de este lugar, iba saludando a los niños que llegaban, quienes se notaban muy expectantes y algo tímidos. Luego, los invité al patio para presentarme formalmente y realizar un saludo, acompañado de algunas rondas y canciones. Debido al número de estudiantes, mi asignación académica fue con los grados de preescolar a segundo, con la metodología de Escuela Nueva. Al ser mi primera experiencia, me sentí bien acogida por parte de los niños, los padres de familia y la comunidad.

En la parte pedagógica me sentí satisfecha por los logros alcanzados en esta primera experiencia con quince niños de los grados mencionados, los cuales considero la base de la preparación escolar del individuo. Distribuidos en un aula, doy inicio a esta primera experiencia un poco complicada, ya que los grados inferiores necesitan más acompañamiento permanente, especialmente, en preescolar y primero, donde se hacen los primeros trazos de las letras y los números. Por esta razón, me apoyé en los estudiantes del grado segundo en algunos momentos. La primera semana no solo fue para conocer la forma de trabajo del modelo Escuela Nueva, sino también para conocer el ritmo en el desarrollo de las actividades de cada estudiante, con el propósito de organizar una planeación que se acomodara de la mejor manera a las necesidades y requerimientos de cada uno de los grupos.

En un segundo momento de mi vida laboral llegué al Centro Educativo Rural La Liboriana el 29 de enero del 2010. Al desplazarme a esta nueva escuela, encontré a mi paso varios nacimientos de aguas cristalinas, entre amplios y frescos cultivos de café por un camino pedregoso y angosto. A diferencia del anterior, este centro educativo es un poco más distante de la cabecera municipal, pues el primer desplazamiento se realiza en carro o moto por la vía hacia el corregimiento de San Pablo, hasta la vereda La Argentina. Allí se toma un camino de

herradura empinado y pedregoso, son más o menos tres horas entre pausa y pausa para llegar a la escuela. Al entrar me recibe una amable señora, Nelly Guzmán, la vecina más cercana de la escuela, quien con una deliciosa crema de leche y bocadillo me da la bienvenida.

En la escuela me encontré con un grupo de padres de familia muy comprometidos con la educación de sus hijos, lo que me motivó y me llamó la atención, debido a que me cambió la concepción errónea que tenía en aquel entonces, cuando consideraba que en comunidades distantes las familias poco se preocupaban por ser actores activos del proceso educativo de sus hijos. Allí laboré hasta el 21 de mayo del 2010, fecha en la cual hice entrega de la plaza a la docente que ganó el concurso de méritos.

Mi labor docente se reinicia a partir del 21 de agosto del 2012 en el Centro Educativo Rural La Betania, ubicado en la vereda del mismo nombre, catalogada como una de las más distantes del municipio de Tâmesis, y sí que lo pude comprobar. Uno de los habitantes de dicha vereda, el señor Édgar Franco, vecino más cercano a la escuela, se dispuso a ser mi guía, junto con su mula Golondrina, por solicitud del docente que me haría entrega de la plaza. Empezamos este viaje por una escarpada y gigantesca montaña. En el trayecto, mi guía me indicó un punto distante que desde la ubicación en la cual nos encontrábamos se ase-

mejaba a un punto blanco en la cima de la montaña; me manifestó que esa era la escuela de la vereda. Solo respiré profundo y seguimos nuestro camino conversando sobre la comunidad y sus dinámicas de vida, con el fin de conocer un poco la realidad del grupo social con el cual conviviría por un tiempo indeterminado.

Durante el trayecto me sentí un poco nerviosa por los resbalones de Golondrina sobre las faldas, aunque el susto mayor me lo llevé al llegar al río Cartama. Allí don Édgar me dijo: “Profe, debemos atravesar el río, ya que es el camino más corto y menos peligroso para llegar a la escuela”. Sentí mucho susto y hasta ganas de llorar, él tomó a Golondrina del lazo y comenzó a cruzar el río, lo único que hice fue aferrarme y cerrar los ojos mientras lo cruzaba.

Al pasar al otro lado, continué mi ascenso por la montaña en caminos cada vez más angostos y pedregosos. Me asustaba más cuando miraba a mi derecha, pues divisaba un abismo entre los cultivos de café recién sembrados que conducían de nuevo al río. Por fin llegué a la escuela, parecía una casa campesina por sus jardines colgantes y floridos, de paredes blancas, zócalos y puertas de color rojo. El apartamento del docente era muy amplio y tenía una cocina muy cómoda dotada de los implementos básicos. Había una sola aula de clase, un patio amplio y cuatro unidades sanitarias para los estudiantes.

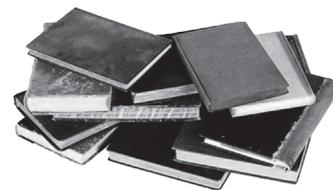
Me encontré con diez niños distribuidos en grupos de segundo a quinto, con ellos trabajaría bajo la modalidad de Escuela Nueva. Noté que los estudiantes tenían un gran amor e interés por su territorio y por eso activamos el proyecto de la huerta escolar, con el fin de complementar la alimentación brindada en el restaurante. Allí sembramos cilantro, zanahoria, ahuyama, cebolla de rama, repollo y tomate cherry. Con esto realizamos ricas y nutritivas sopas y ensaladas. Me sentía feliz.

El trabajo con esta comunidad me ha llevado a comprender que en todas ellas se hace necesaria la presencia de un docente que les preste atención y esté dispuesto a colaborar, que no solo se dedique a la labor pedagógica con los niños, sino también a trabajar de la mano con ellas. Tuve la dicha y la fortuna de vivir aquí hasta el 25 de Julio de 2015, cuando de nuevo hice entrega de esta plaza al docente que mediante el concurso de méritos la eligió.

Retomé de nuevo mis labores académicas en el mes de febrero de 2016, en Andes, en el corregimiento Santa Rita, que dista trece kilómetros de la cabecera municipal. Me sentía muy nerviosa porque no tenía idea de ese lugar, era totalmente nuevo para mí en todos los sentidos. Para llegar al corregimiento solicité orientación a algunas personas que se encontraban en la plaza de

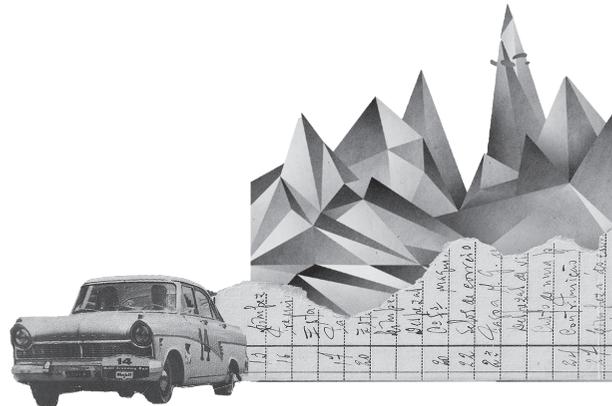
Andes disfrutando de un tinto, seguí muy atenta sus indicaciones para llegar a la escuela.

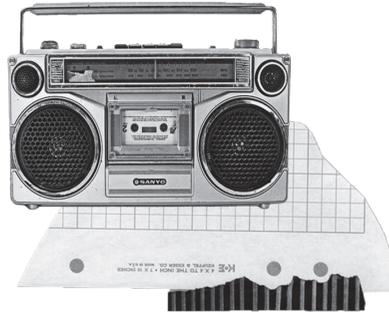
Ya en la Institución Educativa Santa Rita me correspondió laborar con los grados cuarto y quinto. El trabajo con los estudiantes de quinto me pareció un poco complejo, ya que la gran mayoría de ellos tenía una edad que oscilaba entre los doce y catorce años, es decir, iniciando la etapa de la adolescencia. Me costó muchas lágrimas y ganas de salir corriendo. Por más que me esforzaba en hacer las cosas bien, sentía que no llenaba las expectativas de estos chicos. Fue un proceso complicado, tuve que replantear metodologías y leer un poco más sobre estrategias y modos de trabajar, con el fin de llegar a acuerdos con ellos y sus familias. Así que empecé a cambiar por medio del diálogo con ellos, fomentando con más frecuencia el trabajo grupal, distribuyendo roles en el salón y motivando el respeto. Poco a poco el clima de aula fue cambiando, aunque no fue completamente un éxito.



Al año siguiente me correspondió ejercer mi trabajo con el grado primero. Fue extraordinario, ya que pude vivenciar que enseñar a leer, escribir e interactuar con los números son procesos que se deben acompañar con el juego, la interacción con el entorno y la creatividad del docente. Esto para evitar procesos tediosos y aburridos para los niños y niñas.

En todos estos años de experiencia he ganado buenas herramientas educativas que me permiten estar ejerciendo esta bella labor en la vereda Madreseca del municipio de Anorí. Llevo ocho meses aprendiendo y compartiendo saberes para seguir escribiendo y reflexionando, porque este cuento no termina aquí.





ARTE EN EL TERRITORIO

Eliana Jiménez Bobadilla*

* Maestra de la Institución Educativa San Diego del municipio de Liborina. Correo electrónico: eliajb1802@gmail.com

Desde hace tiempo vivo con la convicción de recibir con agrado lo que me ofrece la vida, aprovechar cada momento y hacer lo que esté a mi disposición para que salga lo mejor posible. Debo confesar que ser maestra en un colegio rural no estaba en mis planes; pero hoy pienso que estoy aquí porque era lo que necesitaba, esta es mi misión.

Hace poco más de tres años llegué por primera vez a este lugar del que nunca había escuchado hablar. Mi madre me dijo, luego de contarle, que cuando ella estaba embarazada (esperando mi llegada) conoció el municipio de Liborina. Ahora, por cosas de la vida, establezco mi vida y mi carrera docente aquí.

A Liborina llegamos después de bordear el Cauca y sentir el aire caliente que sale de su cauce. Digo llegamos porque tengo la fortuna de iniciar este camino con mi compañero de vida y aventuras. Después de cruzar las tres plazas características del pueblo y percibir un ambiente tranquilo y acogedor, la montaña nos invitaba a seguir más adentro, específicamente a San Diego. Este es un lugar sereno, pero activo, la gente nos recibe con calidez y mucha expectativa. Mientras tanto, pensaba: ¿cómo voy a enseñar arte aquí?

Voy asimilando mi nueva vida y también me voy enterando del contexto educativo del corregimiento. Se presentan grandes vacíos y mucho potencial: jóvenes ávidos de ex-

plorar estrategias, técnicas, temáticas y experiencias diferentes. La primera dificultad que me encuentro es que no hay plan de área. No es novedad que los planes de área se realicen como copia de otras instituciones, pero yo no podía con la idea. Nada de lo que estaba escrito era claro o coherente y, por supuesto, en la práctica nunca se daba. Revisé los cuadernos de los estudiantes y simplemente era absurdo que todos los grados hicieran solo mandalas. Me prometí no llevar fotocopias para colorear.

Así mismo, me fui encontrando con dificultades de otro tipo. Recuerdo cuando Andrés, un estudiante corpulento y retador, con ganas de poner a prueba a la profesora nueva, me cuestionó porque según él las clases de Artística no eran para escribir, sino para dibujar. Al principio, muchos se sintieron incómodos al tener que prestar atención a un tema, tomar apuntes y responder preguntas, ¡como si en la clase de Artística no se pensara! Afortunadamente, a medida que identificaron mi metodología, son más conscientes y exigentes conmigo y con su proceso.

Por último, me encontré con el reto de despertar la creatividad que se había dormido a punta de dibujos prediseñados para colorear. Pedirles que crearan algo a partir de sus emociones, ideas y realidades les pareció imposible. Cada día es un reto para que comprendan que podemos tener una referencia de lo que queremos

ser o hacer, pero la construcción de algo original y propio es un trabajo personal que requiere esfuerzo y trae mayores satisfacciones que copiarse de alguien.

Cuando inicié la construcción del plan de estudios traté de hacerlo a partir de lo que iba observando en las necesidades de mis estudiantes en cada grado, buscaba también conectar algunos de los contenidos con las temáticas que se abordaban en las otras materias. Desde que me formé en la universidad tengo la idea clarísima de que con el arte se puede enseñar y aprender de todo, por eso este diseño debía ser transversal. Mi punto de partida fue la historia del arte y el reconocimiento del territorio y del patrimonio. Siendo formada en artes visuales y viniendo del mundo de los museos, consideraba fundamental entender primero todo el contexto. En mi formación artística durante la primaria y bachillerato recibí clases de danza, música y teatro. Considero que todas esas experiencias me permiten tenerle valor y respeto al arte y la cultura de la región, y esto era justo lo que quería replicar en mis estudiantes.

Varias preguntas siempre me acechaban y me generaban dudas sobre esta construcción que me tomé tan a pecho: ¿para qué historia del arte en un corregimiento o en las veredas de Liborina?, ¿querrán saber sobre lo que pasó hace mil años en Europa?, ¿de qué les servirá saber sobre todo esto? Poco a poco fueron apareciendo las respuestas.

Lo primero que consideré, por lo que venía observando en mis estudiantes, era que necesitaban tener una mayor comprensión de lo que sucedía más allá de sus hermosas montañas. Necesitaban entender que vivir en un mundo globalizado significaba mucho más que tener redes sociales y buscar información en Google. Entendí que mi rol es ser una mediadora entre toda la información que consumen en la cotidianidad, por lo que enfoqué mi propuesta de clases en un ejercicio para conectar esa historia del arte con lo que son y somos hoy. Puede que ellos no quisieran saber que pasó en Europa hace mil años, pero ahora estoy segura de que saberlo y confrontarlo con lo que viven hoy en día les ayudará a entender mejor su contexto y les brindará herramientas para ser más críticos y sensibles con lo que consumen a través de los medios de comunicación.

Sobre todo, era crucial que ellos reconocieran y cuestionaran su lugar de origen, el territorio y las particularidades de sus raíces; desde el hecho de entender que viven en la tierra del fríjol, pero lo que más producen es café; que son el municipio de Antioquia con mayor número de habitantes de apellido Monsalve, pero no tienen claro de dónde vienen estos apellidos; que son el pueblo de las plazas, pero muchos solo conocen una de ellas.

Así, partiendo de estos hallazgos, los vi emocionarse descubriendo la Edad Media y los heráldicos que se han

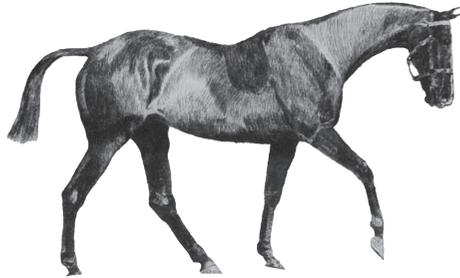
creado con sus apellidos, esto es, símbolos y emblemas que los representan. Los estudiantes empezaron a resignificar. Se sorprendieron cuando decidí llevarlos a recorrer su propio pueblo, solo para identificar que sus casas tenían características de la arquitectura republicana y que esto tenía un valor que aún no conocían. Se subieron a la escalera o chiva más colorida del corregimiento, con la curiosidad del turista que recorre un lugar por primera vez; y, con todo mi temor de manejar un grupo de treinta estudiantes en las calles de un pueblo, me arriesgué a experimentar con ellos el dibujo *in situ*. Cada uno se dejó convencer con mi idea y escogió una casa para dibujar su fachada, distintos colores, formas y estilos resultaron de esta experiencia, incluso de aquellos que me decían que no sabían dibujar.

De mis pequeños artistas empezaron a aflorar dibujantes, pintores, actores, actrices, músicos, bailarines y comediantes. Algunos más habilidosos, otros dando lo mejor que pueden. Me gustaría confiar en que todos están entendiendo que el arte es mucho más que hacer dibujos o bailes. El arte en la vida, especialmente en la escuela, es el momento en el que nos conectamos con las emociones, las ideas, la fuerza creadora, la belleza y todo lo que nos hace más humanos. Transmitir que el arte nos sirve para crear, pero también para cuestionar: esta ha sido mi forma de vivir el área en este tiempo que llevo con mis estudiantes.

Todavía me sigo cuestionando cómo puede ser la formación en educación artística en la ruralidad. Sigo haciendo transformaciones y poniendo en duda algunas prácticas y temáticas, pues me imagino y sueño un sistema educativo que tome el arte como eje transversal, que no evite hacerlo por temor a los resultados de las pruebas de Estado.

Me imagino una educación artística que no sea ninguna, que no sea asignada al profesor de cualquier otra área, sino que en cada sede haya un tutor de artes que apoye y complemente la labor de nuestros docentes. Me sueño, también, con más espacios de muestras, exhibiciones, concursos, conciertos o cualquier otro espacio de participación en el que los pequeños artistas encuentren visibilidad, un norte, un camino alternativo a las ofertas escasas y algunas veces malsanas que encuentran en la sociedad. Esta educación que yo quisiera ver y hacer es una en la que le permitamos a cada estudiante practicar, por lo menos, una disciplina artística, brindarle las herramientas para que la desarrollen de forma exitosa, para apostarle a la vida.

Puede ser que sueñe demasiado. Por mi parte, seguiré trabajando en que la clase de Artística sea placentera, no porque “no se haga nada”, sino porque se hace tanto que el tiempo se pasa volando. Una clase constructiva donde aprendemos algo nuevo todos los días, porque solo lo que se hace con el corazón dura para siempre.



EL PONI ROSA

Daniel Alejandro Jiménez Gallego*

* Maestro de la Institución Educativa Rural Piedras Blancas del municipio de Guarne. Correo electrónico: daniel.jimenez0494@gmail.com

La siempre intrépida estudiante de primero: Sofía, antes de salir al segundo descanso y comer su merienda, empezó a buscar por todo el salón un poni desaparecido. El poni, se supone, era un dibujo de una silueta de caballo pintado de rosa y verde. Muchos de los niños ya lo habían visto expuesto sobre el mural que teníamos para destacar los grandes logros, y admiramos, todos a la vez, el hermoso trazo que había hecho Sofía para explicarnos su animal favorito.

Empezó a buscarlo por debajo de las sillas de cada niño y niña; y pasaba página a página su agenda de dibujos, por si era que lo había olvidado y estaba solapado entre ella. Su desespero fue tal que rebuscó sobre mi escritorio, detrás del tablero y hasta por debajo de mi silla; y me preguntaba, angustiada, si yo quizás, entre malicia y cuidado, lo tenía guardado. Le respondí con la cabeza que no y me agaché para calmarla, pero era imposible. Debía encontrarlo, me dijo, podía perderse y ser atrapado por vaqueros salvajes que lo venderían para carne, agregó, y este detalle, entre risa y asombro, me hizo ponerme en su ayuda para encontrar aquel poni descarriado que había decidido, para sí, ser libre.

Sofía gritaba su nombre en espera de que aquella hoja de papel rosa le devolviese un sonido de vuelta. De la nada, Sofía comenzó a relinchar en su tierna manera y me pidió que la ayudara, y, como pude, torpemente relinché; pero era en vano, no había un sonido de poni de regreso.

El resto de los niños se había ido del salón para el patio, Sofía había cambiado su rostro de preocupación a uno de tristeza, y como último intento buscó en su lonchera por si quizás el poni había decidido aclimatarse con el yogur que, aún frío, se acomodaba al lado del cereal.

Claro que un poni en un día de calor podría meterse allí a refrescarse un momento, o esconderse de los vendedores de carne a los que Sofía tanto miedo les tenía. Y ese temor creció también en mí, era extraño que algo se extraviara en el salón. Los niños tenían el valioso respeto por lo ajeno y al encontrar algo que no era suyo, con grito histriónico preguntaban por su dueño. Entonces, ¿dónde estaba el poni que hacía pocas horas habíamos observado colgado en el mural?, ¿en verdad había escapado del salón y buscaba su libertad por fuera y lejos de las manos de Sofía? Comencé a creerlo.

La escuela es un manifiesto de magia sin precedentes, y muchos años antes me había demostrado que cualquier cosa podía pasar, como quien experimenta con elementos y descubre, cual alquimia, el oro. El oro de la escuela subyace en su capacidad de hacer las cosas extraordinarias, de convertir las cosas simples en maravillosas, de transformar palabras en acciones, deseos en realidades, sueños en esperanzas, y dibujos a color en animales reales. Pensé que el salón era un gran sombrero de copa y que el poni era el conejo blanco que se esfuma sin dejar trazos.

Ya convencido por el suceso, decidí preguntarle a Sofía por su afán de encontrarlo, y ella, sin titubear, dijo que necesitaba a poni para dibujar otro que fuese su compañero. Yo viendo su afán, con mi no talentosa habilidad para dibujar le hice el borde de un supuesto poni y se lo presenté. No le agradó. Decía que el suyo era hermoso y que ninguno podía parecerse a él. Sus palabras, más que demostrarme, en parte, su vehemencia, me hicieron preguntarme por los problemas existenciales de los niños.

El problema que puede poner a prueba la existencia de un niño va desde un balón sobre el tejado del segundo bloque hasta la pérdida de su color favorito en el fondo de la cartuchera. Y ver el poni desaparecido y la preocupación de Sofía frente a su ausencia me llenó de pavor. No hay diferencia siquiera entre los problemas existenciales de un niño con su juguete y de los adultos con las personas. Todos detestamos la pérdida, la aborrecemos y suponemos que la peor catástrofe es vivir en este presente con esa ausencia.

Era increíble porque pocas horas atrás, antes de salir de casa, me había enfurecido con mi pareja y habíamos roto. Sentía la pérdida del poni como propia, porque la sensación de la ausencia estaba presente. La pérdida del poni rosa podía ser desastrosa, y aunque aquella sensación podía desaparecer con las horas; y con lo mío pasarían días, tanto Sofía como yo odiábamos lo que experimentá-

bamos. Yo no buscaba un poni para dibujar uno parecido a él, lo buscaba porque parte de mí detesta la idea de las ausencias y quería enseñarle a Sofía, y a la vez enseñarme a mí, que los humanos, sin importar nuestras edades, podíamos recuperarnos de ellas.

En este punto, Sofía creía que su habilidad para dibujar había desaparecido, de la misma forma que para mí, en una comparativa un poco ridícula, parecía ya no existir idea del amor. ¡Qué torpes fuimos ambos!, su habilidad seguía dentro de ella y mi amor estaba puesto de manifiesto en esta redada por capturar a un poni desaparecido. Mi amor estaba puesto en el gesto de un dibujo hecho torpemente y en creer en esta magia de no encontrar el conejo blanco.

Después de un rato, nos resignamos. Se había marchado, sin dejar siquiera pisadas rosas y verdes. Nos sentamos en el patio, yo acompañándola en su duelo mientras ella servía el ya tibio yogur sobre el cereal. Nunca lo encontramos, y anhelamos que no se haya convertido en carne de papel. Deseamos para poni un futuro libre, cabalgando entre renglones; y, a la vez, deseé para mí un corazón nuevo.



MANIFIESTO

DE LA CLASE DE ARTES DE LA IESAP.
EL SALÓN DE ARTES HUELE A JABÓN REY

Aura Alejandra Lambertínez Duque*

Recuerdo cuando estaba en la universidad. Mis compañeros y yo sabíamos que nuestra facultad, la de Artes, era un universo paralelo y bellamente caótico; apto para todo tipo de expresión y creación. Nos sentíamos libres de ser, hacer y pertenecer, sin preocupaciones por el qué dirán ni ningún tipo de pretensión o prejuicio, ya que en una facultad de artes pasa de todo, a tal punto que, constantemente, lo común se vuelve extraño y lo extraño común. Es por esto que en el momento en el que inicié mi proceso laboral en la Institución Educativa San Antonio de Padua (IESAP) empecé a soñar un espacio independiente para albergar los procesos creativos de mis estudiantes. Luego de tres años fue posible materializar esta ilusión.

El taller de artes de la IESAP es un lugar donde todo es posible, un espacio soñado, anhelado y buscado apasionadamente. En esta aula taller siempre hay una disposición circular de las sillas, con el fin de vernos las caras y romper el esquema tradicional de filas perfectamente derechas. Este salón tiene colores, olores, sonidos, sabores y texturas auténticas. Aunque es un espacio regular completamente diferente, está lleno de objetos extraños, ya que partimos de la premisa de que cualquier material sirve para crear, pues en el mundo del arte todo es posible, siempre y cuando esté bien argumentado.

Al inicio de cada clase se da la bienvenida a los estudiantes y se motiva a una nueva experiencia de creación. Aquí no importa si queda bonito o feo, aquí importa el proceso, lo que se expresa y se quiere comunicar a través de esa pieza artística. En la clase de Artes los estudiantes eligen si quieren trabajar en un pupitre, en una colchoneta, en el piso o en los tres espacios expandidos: el corredor externo del salón, el quiosco de bambú de la tienda institucional o debajo del samán (árbol que habita en medio de nuestro asombroso paisaje institucional).

Desde la puerta azul rey y las ventanas un poco fragmentadas del taller de artes se puede observar un paisaje deslumbrante. Un último plano abarrotado de montañas y vegetación, bañadas por dos hermosas cascadas y el icónico cerro Cristo Rey en el extremo derecho del horizonte. En lo personal, aún no puedo decidir si este escenario es más bello cuando está completamente despejado, cuando lo cubren preciosas partículas de algodón; o cuando la densa neblina transforma el paisaje como en un cuento de hadas o en un colegio encantado.

Posterior al saludo inaugural y las instrucciones para el proyecto de la clase, me dispongo a recorrer cada una de las estaciones donde se ubican a trabajar plácidamente mis estudiantes. Voy pasando uno a uno moti-

vándolos y resolviendo sus dudas personales o colectivas. Para mí es importante la idea de darles espacio para que se sientan responsables de su tiempo y sean autónomos e independientes.

El taller de artes es un lugar de creación donde podemos escuchar música, conversar, experimentar diversos materiales, soñar con mundos diferentes, hablar desde nuestro contexto, expresar nuestros sentires y ser críticos frente a diversas situaciones de la realidad local y global. En esta clase son bienvenidas las carcajadas, los cantos en coro, las anécdotas, los actos simbólicos, los chistes y las lágrimas.

El taller de artes alberga una galería mutante, sus blancas paredes son revestidas por diversos trabajos significativos de estudiantes de todas las edades y grupos. Semanalmente, encontramos procesos diferentes que sorprenden a cada uno de los espectadores. Los trabajos están acompañados de sus respectivas fichas técnicas, en las cuales se le otorga el merecido crédito a cada uno de los autores por sus obras. De esta manera, cada vez que un grupo ingresa al salón existen una serie de comentarios reincidentes: “Profe, ¡qué hermoso!, ¿eso sí lo hizo un niño?”, “Profe, ¿nosotros cuando vamos a hacer esas esculturas?”, “Profe, ¿cuánto nos falta para pintar así de bonito?”, “Profe, ¿cuánto se demoraron?”,

“¿eso sí lo hicieron con ese material que dice ahí?”, “Profe, aquí huele a puro jabón Rey”. Empieza un revoloteo por todo el lugar, donde los visitantes logran encontrarse y conectarse con el trabajo del otro durante esos cortos minutos de exploración.

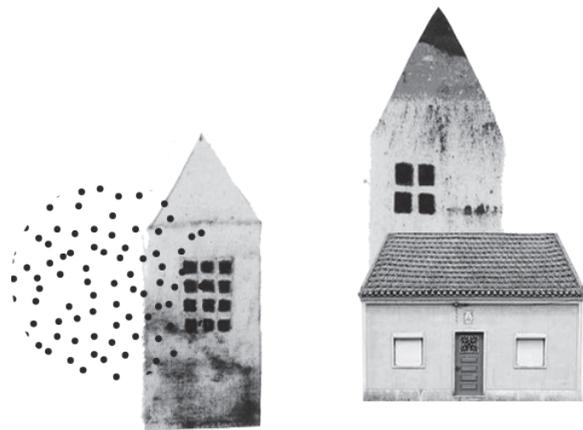
Como todo obedece a la regla de ser diferente en el salón de artes, el tablero es un espacio colaborativo. Este alberga periódicamente una frase para pensarse desde el ser. Es un recurso en el que los chicos pueden aportar. En algunas clases todos escribimos en él hasta construir la información y concretar mapas mentales colectivos.

Ya sea adentro o fuera del salón de artes, siempre estamos en constante evolución, ruido y movimiento. Hacemos cosas como escribir para luego rasgar, quemar nuestros miedos, escuchar e ilustrar cuentos, proyectar nuestros sueños en esculturas de alambre y crear nuestro propio muro de grafitis en papel, sobre las problemáticas de la sociedad actual. También, dibujamos con los ojos cerrados y los oídos abiertos, nos escuchamos con atención respetando la opinión del otro, valoramos el trabajo individual y colectivo, nos encontramos en los mismos temores, gustos, alegrías, pasiones e ilusiones.

El salón de artes huele a café, pero también a jabón y pinturas. Es un espacio en constante construcción y decons-

trucción. Este es un espacio donde está permitido salirse de la línea, no son necesarias las márgenes u obligatorio el lapicero de tinta negra. En la clase de Artes aprendemos desde la experiencia, el disfrute y el compartir desde el sentirse bien. Aquí está prohibido decir “no soy capaz”, porque todos comprendemos de qué se trata el arte. Reconocemos otras formas de crear, en las que no es prioritaria la perfección estética sino lo que queremos expresar o comunicar a nuestro mundo inmediato.

La clase de Artes no tiene censuras, se puede expresar lo que se quiera y tener un punto de vista completamente diferente al resto de personas, siempre y cuando sea dicho en términos asertivos. El taller de artes de la IESAP busca ser un territorio de paz, buenas energías y gratos recuerdos; un espacio donde se visibilicen emociones y aprendamos cada día algo nuevo sobre el ser, el hacer, el saber y el convivir.





QUIERO SER

COMO MI MAESTRA

Juliana Marcela Londoño Fernández*

* Maestra de la Institución Educativa San Luis Gonzaga, sede Jorge Robledo, municipio de Santa Fe de Antioquia. Correo electrónico: lonjuliana@gmail.com

El maestro deja una huella para la eternidad; nunca puedes saber cuándo se detiene tu influencia.

Henry Adams

Era un lugar mágico, un pequeño espacio aislado de todos los que aparentábamos ser normales. Sonaba el timbre del descanso y con gran velocidad corría a acompañar a la profesora Amparo Montoya en su clase divertida, llena de estrategias y materiales, porque para aprender ellos sí lo necesitaban. Figuras, colores, fichas, música, pinturas y una docente llena de alegría bailando y sonriendo con ellos, a los que les decíamos “los niños del aula especial”. ¡Vaya que sí lo eran!, muchos queríamos ir allí por la facilidad con que ese hermoso salón decorado y vistoso lograba tocar los corazones de esos seres maravillosos y hasta los nuestros. ¿Será que esta experiencia tan hermosa me ayudó a definir mi proyecto de vida?

Oriunda del bello municipio de San Jerónimo, Antioquia, puerta de oro del occidente antioqueño, descendiente de la familia Londoño Fernández, que se sostenía del comercio y del menudeo diario. De ellos, estudiaban en la Normal Superior de aquel municipio tres de once hermanos, cuyo sueño era poder ser grandes maestros y cambiar la historia de la familia. Aquí comienza mi historia: soy una maestra apasionada, hija de una de los once. Sin embar-

go, mi madre no fue maestra de la Normal porque quedó embarazada a sus diecisiete años y debió buscar la forma de sostener a sus hijos. Ella, sin estudio y con pocos recursos, llevó a la escuela a esta maestra que piensa en el pasado y recuerda cómo en su barrio, mientras se quedaba bajo el cuidado de sus abuelos y tíos para que la mamá pudiera conseguir los alimentos y el vestuario, jugaba en una pared con tizas que traía de su escuela, para enseñarles a todos sus primos y vecinos, reemplazando a esas maestras que eran dignas de ejemplo.

Así pasó la historia, en la que se ve una madre emprendedora y con ganas de superación, el ejemplo de los tíos maestros y aquella profesora del aula especial. Susurran en mi mente las palabras de Ema Lucia, cuando me decía: “Sobrina hay que cambiar la historia de nuestra familia”; y aquí estoy no solo cambiando la historia de mi familia, sino también susurrando al oído de mis estudiantes ese mismo mensaje que hoy hace parte de mi fortaleza.

Formada en esa misma Normal que antes mencionaba, evoco el recuerdo de mi docente Rosalba Grisales, quien me brindó bases sólidas de pedagogía. Era muy buena en lo que hacía, cuando ingresé al ciclo complementario siempre la escuchaba decir en sus clases: “Esto no es un escampadero, ser docentes es una profesión que se asume con amor y responsabilidad”.

Tengo en mi mente la idea maravillosa del recorrido por mi formación académica, creo que nací para enseñar y todo giró en torno a ello. La dulzura de mis profes, los peinados de Rosita en la guardería, los abrazos de Conchita Parra en la escuela, la elegancia y frescura al enseñar de Cilena Gómez, la Informática de Róbinson Sánchez, las clases de Español de Teresita y el Emprendimiento de María Elena Rojas motivaron mi caminar para tomar de cada uno de ellos eso que tanto admiraba. Soñé con ser como mis maestros.

He llegado a casa. Tomé el computador, recordé los grandes esfuerzos que he tenido que realizar para estar donde estoy, pensé en los estudios que realicé, en los concursos que superé, y me siento orgullosa. Entre tantas hazañas llegué a Santa Fe de Antioquia, a la sede Jorge Robledo. Mi experiencia y agrado por la tecnología me ubicó en esta área, en la que con gran alegría he visto cómo mis niños disfrutaban cada que saco de los estantes grises aquellos computadores viejos y desactualizados para poder enseñar un poco de aquello que está en el plan de estudios: encendido y apagado, *hardware* y *software*, Power Point, Word y Excel; ellos realmente son felices.

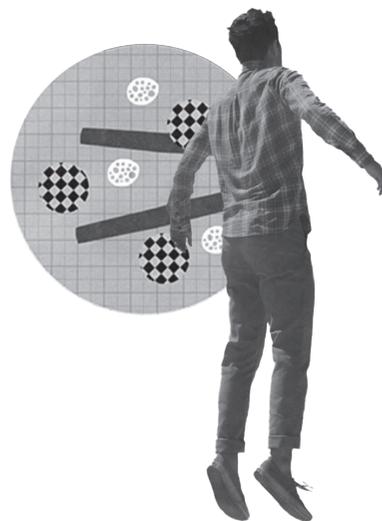
Un estudiante con síndrome de Down se enamoró de mi aula y de mi material de trabajo, me parecía sorprendente ver cómo no leía ni escribía; pero era habilidoso

para manejar estos recursos. Su lenguaje mostró evolución, encontraba su música en YouTube, cantaba y aprendía las letras por este medio. Entre sus cariñosos abrazos, travesuras y demás vivencias compartidas, me recuerda a aquellos niños de esa aula especial tan bella de mi niñez, y ahí deseé con el más profundo amor poder ser como mi profesora Amparo Montoya. Hace poco me la encontré compartiendo su experiencia significativa y aplaudí con emoción al poder reconocer que fue mi maestra ejemplar.

Es necesario comprender que ahora hablamos de un nuevo termino de inclusión, que debemos buscar estrategias para lograr que nuestra escuela sea el mundo de todos los niños y niñas, que necesitan vivirlo sin que los saquemos de su propia fantasía, dulzura e inocencia. Las niñas y los niños con discapacidad pasan a las aulas a cumplir con un currículo que aún no está hecho ni pensado para ellos y sus capacidades. Ese estudiante que se enamoró de mi aula fue quien me inspiró para lograr desde la tecnología atraer su interés, pero los maestros seguimos huyendo por temor, por falta de capacitación, por la baja inversión del Estado; y las escuelas, sin adecuación física ni recursos educativos, dejan en nuestras manos lo poco que se puede hacer al no entender aún lo que pretende el sistema educativo.

Otros estudiantes son ahora mi inspiración: dos niños de quinto grado, de los cuales sus familias se acostumbraron a escuchar que son distintos a los demás. Nuestra sede cuenta con una docente de apoyo pedagógico que solo nos acompaña los martes, y con anhelo esperamos siempre que sea ese día para poder recibir su asesoría. Con ella comparto mis ganas de ofrecer a mis dos niños educación inclusiva con calidad, buscamos estrategias innovadoras que logren saciar sus ganas de aprender y las enfocamos en la nueva era digital. Aquellos pequeños exploradores que caminan por nuestra escuela entran corriendo a mi caja de sorpresas. El televisor grande, los computadores, tabletas y mucho amor son mi más grande conexión con los corazones de ellos.

Espero algún día poder escuchar de un estudiante las palabras que yo también dije: “quiero ser como mi maestra”.





DEL NOMADISMO

PEDAGÓGICO Y DE LAS TIC COMO FRUTO PARA SEMILLEROS

Luis Alfonso López Hernández*

* Maestro de la Institución Educativa Cocorná, sede Liceo Cocorná. Correo electrónico: luislopezh@yahoo.es

En 2018, cuando escogí una plaza para bachillerato en Cocorná, la escuela que encontré estaba tristemente ceñida a la tradición pedagógica de siglos pasados. Los estudiantes estaban llenos de vacíos, sin trascendencia y sin sueños. Tenían límites y fronteras en el pensamiento y el espíritu. El contexto cotidiano en las aulas era el miedo a hacer, escribir, imaginar, dialogar, crear, ser reconocidos dentro de sus espacios.

En ese diagnóstico opté por trastocar el orden de los estudiantes por medio de textos de escritores colombianos, como William Ospina, Fernando Vallejo, Mario Mendoza, Fernando González, Evelio Rosero, entre muchos otros que apuntaban a la concientización del joven y su rol de ciudadano en un mundo que exige y demanda estos mínimos para subvertir un orden caótico. De la misma manera, se realizaron actividades que exigían el compromiso de la escritura, el diálogo, la lectura y la participación activa. Fueron inicio del logos inicial diversas actividades, tales como el abecedario, ejercicios para completar historias, juegos con palabras y el uso del kenken para pensar en posibles soluciones numéricas en diversos niveles. Poco a poco se fue despejando el camino, y con la palabra como antorcha se empezó a pasear por senderos diversos, pero con la ontología como brújula. Pensé en el nomadismo intelectual como palabra vinculante para este proceso.

Como resultado lógico de lo anterior surgieron preguntas: ¿cómo alentar el pensamiento crítico en este contexto?, ¿cómo acercar tanto a los estudiantes como a la comunidad a las TIC?, ¿servirían las TIC como enlace entre el pensamiento crítico y el desarrollo de habilidades comunicativas?, ¿cómo formar seres humanos enfocados en la pregunta como posible punto de partida? El propósito era evidente, sumergir a la comunidad educativa en la comunicación y transformar de manera positiva sus logos. En tal sentido, la apuesta era emprender una estrategia sencilla en la que el rol de este servidor como docente tuviera un nuevo significado.

Decidido a emprender un proyecto de carácter emancipador y de largo aliento, bosquejé las primeras preguntas motivadoras para los grupos que me correspondían desde octavo hasta décimo: ¿cómo mejorar los espacios escolares para generar lugares de pensamiento y lectura?, ¿qué hacer para tener un periódico escolar?, ¿qué se requeriría para que funcionara la emisora institucional con la participación de los estudiantes?, ¿habría opción de vincularme a un espacio radial en el municipio? Adicionalmente, realicé un rastreo del territorio por medio del trabajo de campo y charlas con los compañeros docentes. Sincrónicamente, revisé el plan de desarrollo de la Alcaldía vigente. Los hallazgos enriquecieron mi material y el uso del mismo se realizó con los grupos a mi haber.

A partir de lo anterior, solicité el manejo del periódico escolar y la reactivación de la emisora escolar, que estaría a mi cargo. Estos dos elementos serían puente para los estudiantes, eso estaba decidido. En las clases abrí espacios para trabajar con herramientas que les permitieran tener éxito en dichos campos. Los artículos para el periódico pasaban por revisión, retroalimentación y charlas con los estudiantes. Siempre tuve presente motivarlos a publicar y los temas eran seleccionados por ellos. Fueron alrededor de seis artículos publicados para el periódico, que consta de un total de dieciséis páginas. Sumado a esto, también hubo espacio para poesías, reseñas y artículos de los docentes y padres de familia. Se entregaron mil ejemplares para la comunidad educativa como parte de la gestión con la aprobación de los entes competentes. Posterior a la publicación de los periódicos, se hicieron ejercicios de lectura, análisis y críticas de los mismos. Esto aseguraba que no quedaran los artículos guardados o muertos en páginas impresas.

Con éxito en lo anterior, se buscó espacio en la cadena radial del municipio y se logró, sin cobro; pero con el compromiso de mantenerlo. Son treinta y seis programas al momento de escribir este texto. Cada emisión se ha constituido en un enlace entre la escuela y el municipio y ha permitido diversos diálogos que antes se

avizoraban como imposibles. Retomé lo que mencioné párrafos atrás y titulé el programa a desarrollar como *Lectores nómadas*. Esto pensando en la capacidad que tenemos, como especie, de trasegar por diversos senderos y adaptarnos a las diversas circunstancias. En este caso, sería el abordar temas de distinta índole e ir aprendiendo en medio de un formato que destaca en cada programa a un líder de la comunidad y abre la reflexión sobre un tema guiado por unas preguntas rectoras. Es una invitación a docentes para que hagan parte del proyecto y con el *telos* de convocar a estudiantes a hacer parte activa del programa.



A partir de ese momento, cada lunes a las seis y cuarenta de la tarde, con duración aproximada de una hora, se emite desde la emisora Cascada Estéreo, del municipio de Corcorá, el programa radial *Lectores nómadas: viajando por el multiverso*. Esta plataforma ha fortalecido competencias comunicativas de los estudiantes. Adicionalmente, se destaca que los jóvenes cuidan y pulen su lenguaje, teniendo en cuenta las competencias alrededor del mismo, como la argumentación, el tono de la voz y las intenciones comunicativas. Reflexionando más a fondo, este proyecto ha impactado a los estudiantes de la institución, quienes recogen y recopilan los temas tratados a través de un formato que he diseñado para tal fin, el cual reviso cada semana para retroalimentar a la audiencia en general.

Para llegar a la realización del programa radial se abren espacios en las sesiones de clase. Los grupos se conforman y piensan en posibles temas a trabajar. A continuación, mencionaré algunos de ellos para que se hagan una idea: las emociones, los estereotipos, la diversidad sexual, la creatividad, la niñez, la adolescencia, el cuidado de los recursos hídricos, la salud mental, la cosmovisión de los jóvenes sobre el municipio, el fútbol, el reggaetón, entre otros. En ese ambiente debaten, dialogan, se asignan responsabilidades, se reconocen como pares y emerge un espíritu democrático que busca la construcción de un producto de trabajo cooperativo. Además, surgen objetivos y preguntas a solucionar.

Las secciones que se tienen hasta este momento son: “Cuéntame de qué se trata”; “Siluetas, rostros y rastros”; “La manzana de la discordia”; “Desenredando palabras”; “Leer y releer”; “Los jóvenes se toman la palabra” y “En una frase”. Por ahora, los primeros rastreos dan cuenta de un diálogo ameno en el que los oyentes aprenden y se cuestionan junto con los temas que se desarrollan en el programa. Se ha configurado un nomadismo intelectual adaptado y divergente como símbolo que rompe las fronteras invisibles y se empieza a instalar en el imaginario colectivo.

Ahora los jóvenes son la voz y se interesan por los temas de actualidad del municipio, pero además proponen soluciones y cuestionan. Es un cuerpo transformador y dialogante continuo, pues pasamos de la pasividad de las aulas a la actividad en la misma comunidad. Llevamos las clases a cada casa y rincón en donde haya una radio o se posibilite la conexión por internet, además, de cada programa queda un blog, para romper las fronteras espacio temporales. No sobra recordar que el municipio se vio afectado en años anteriores por la violencia, que acalló varias voces, afectando la percepción de participación de los ciudadanos. De esta manera, el ser de los estudiantes que retoman y proponen temas que atañen a la comunidad, liderando y proponiendo cambios positivos, son un aliciente esperanzador para todos.

El trabajo no está terminado, apenas se abren los senderos y nuevas utopías. Este proceso permite a los participantes reprocesar la realidad para resquebrajar, poner en duda y dialogar, reconstruir y reconfigurar la misma. A su vez, este ejercicio me ha permitido gestionar un semillero para los estudiantes. Lo ha aprobado la emisora del municipio y empezará a funcionar a partir de noviembre del año en curso. Los estudiantes están felices y motivados. Son alrededor de treinta los beneficiados, quienes recibirán capacitación por parte de la emisora, apoyo pedagógico de nuestra institución y el reconocimiento de horas de servicio social en los casos en que aplique.

Espero que esta experiencia llegue a las redes pedagógicas de nuestro departamento y empecemos a liderar la escuela que trasciende la alfabetización hegemónica y acartonada, a través de procesos de descolonización mental, teniendo en cuenta la crítica, los planteamientos claros y la promoción de la defensa de los territorios. Una escuela que cuestione, ponga como eje central la pedagogía de la pregunta y visibilice líderes contemporáneos y de otras épocas como ejemplo de resistencia, potencia y horizontes posibles. Un espacio que va trazando líneas de emancipación y da voz a los estudiantes desde las aulas. Un lugar donde se aprovechen todas las TIC posibles, pero en el que también se hagan gestiones desde los centros educativos para que los docentes y las

emisoras municipales abran espacios para facilitar este tipo de programas radiales, en los cuales se hace posible la configuración de ciudadanías.

Finalmente, la idea es romper uno de los ladrillos del muro de la escuela tradicional o arcaica que se enquistó en las mentes y las prácticas pedagógicas. Ser capaces de emprender senderos que permitan vislumbrar y llevar a buen puerto la construcción de sujetos críticos y propositivos para el departamento y nuestra patria.

Quisiera cerrar esta reflexión afirmando que las utopías en educación se alcanzan con empeño, actitud, trabajo constante, gestión y convicción. Es un enorme orgullo ver a los estudiantes llegar una hora antes de iniciar el programa y con sus materiales preparados para la emisión. Llegan con liderazgo, también con nervios; pero con la seguridad de que están haciendo algo que les sirve para sus vidas y les brinda, sin duda, una experiencia valiosa e imborrable. Ellos ya son lectores nómadas y les mostrarán esta opción a otros. En definitiva, están siendo escuchados por su comunidad tratando temas de interés para los habitantes de este territorio. Ingresamos a un saber en contexto, en el que los estudiantes rompen el esquema de la escuela tradicional. Espero que se invierta el orden establecido y se dé la posibilidad de construir ciudadanías con visiones múltiples.



EN BUSCA

DEL FUEGO DEL RELATO: VIAJE HACIA LA ISLA DESCONOCIDA

María Eugenia Lora Higueta*
Johanna Mildrey Moreno Zapata*

* Maestra de la Institución Educativa De Jesús del municipio de Concordia. Correo electrónico: araiam88@hotmail.com

* Maestra de la Institución Educativa Normal Superior Sagrada Familia del municipio de Urrao. Correo electrónico: johannamildrey@gmail.com

Antes todo era oscuridad, el fuego estaba ausente y no había sido dado a los hombres. Prometeo los amaba, apreciaba su creación; aun así, era prohibido para él ofrendarlo a los humanos. Así como Prometeo, nosotras, maestras de Lengua Castellana, decidimos partir a un viaje desconocido a buscar la llama, aquella que como un acto de fe esperábamos. Zarpamos al lugar que siempre estuvo en el horizonte, marcado en un mapa y haciendo presencia constante, pero del cual no teníamos mucho conocimiento. Era una isla que se tuvo en frente durante mucho tiempo, pero no nos habíamos aventurado a visitar, pues el misterio circundaba alrededor de lo que contaban aquellos viajeros que la habían arribado. No obstante, decidimos acudir a ella para recoger indicios, huellas, signos de eso que parece no encajar y que se requiere tomar para olerlo, saborearlo y vestirlo; para mirar cuál es el lugar de estos en la isla que habíamos dejado atrás.

En esta nueva ruta, el fuego, la llama avivadora de la palabra, la experiencia y el relato, apareció frente a nosotras develando lo que estuvo oculto: esa pregunta constante por nuestras prácticas en el aula y las tensiones latentes con respecto a los métodos de enseñanza, el currículo y las variadas concepciones de la didáctica de la literatura. Los continuos viajes que hicimos con los exploradores para hallar el fuego nos ayudaron a ubicar una tendencia en las bitácoras de nuestras clases, las cuales estuvieron

centradas en el enfoque semántico comunicativo. Si bien veníamos desarrollando estrategias con alguna conciencia teórica en el enfoque sociocultural, que intentaban dar un quiebre en la enseñanza de la literatura, estas no estaban instauradas en los documentos institucionales.

A raíz de lo anterior, la investigación, nuestra búsqueda por la chispa divina, se centró en comprender las tensiones que se presentaban en las prácticas de enseñanza y aprendizaje de la literatura desde los nuevos estudios de literacidad (NEL), en el contexto de dos instituciones educativas del suroeste antioqueño y desde las voces de las maestras de Lenguaje. Esto porque en la enseñanza del área de Lengua Castellana faltaba la literatura como eje fundamental del aprendizaje, como aquel aspecto encendedor de procesos, el detonante de la fogata, el relato apaciguador del alma.

Cuando estábamos arribando a la isla desconocida, vimos a lo lejos unos destellos de luz en el horizonte. Estos nos fueron guiando, trazando una ruta que otros ya habían recorrido. Por ello, fue indispensable el abordaje de dos líneas de sentido: la didáctica de la literatura y los nuevos estudios de literacidad. En cuanto a la primera, nos dejamos iluminar por las concepciones y posturas de Vásquez Rodríguez, Cárdenas Páez y Michèle Petit, quienes propenden por una literatura desde la estética, la lúdica, el disfrute y el placer, enfocada desde las subjetividades

como bien inmaterial y derecho vital. Entrar en diálogo con estos autores nos permitió reflexionar, cuestionarnos sobre las diferentes tensiones y dimensionar una nueva didáctica desde la literacidad. Respecto a la segunda línea, apelamos a Virginia Zabala, Gee, Hernández, Moreno y Sito, quienes en conversación con nuestra experiencia cotidiana nos llevaron a pensar en una literatura que permitiera el acercamiento a prácticas discursivas que, a la vez, fueran prácticas socioculturales determinadas por la sociedad y el contexto. Entender, entonces, que era posible el vínculo entre literatura y literacidad.

Cerca de la playa, escuchábamos aún los cantos de las sirenas que deseaban atraparnos con sus melodías. No querían, no deseaban que llegáramos. Por ello, apelamos a una fórmula para encontrar el fuego que nos permitiera relatarnos y contarnos a partir de lo que hacíamos diariamente, de las rupturas y los intersticios del devenir. De ahí que el método apropiado fuera el biográfico narrativo, para que nuestra vida y la de los estudiantes fuera conocida, y junto con las estrategias desarrolladas pudiéramos entender y comprender aquella sinfonía de voces que relataban lo que se movía en el acontecer del aula de clase.

Una de las estrategias fue el guion conjetural, una estrategia digna de ser utilizada en este maravilloso viaje. Esta nos permitió, en una prolepsis, adelantarnos a los sucesos

y pensar en posibles respuestas y deducciones de los estudiantes frente a las temáticas de las clases, sin que estas todavía se hubieran vivido. En los guiones no logramos descifrar los niveles de afectación que la literatura y la escritura tenían en ellos. No alcanzamos a dimensionar sus temores, sentimientos y deseos, pues como lo plantean Bombini y Labeur (2013), el guion es “un texto polifónico que siempre se está escribiendo sin llegar a una versión definitiva” (p.6). Esto nos permitió reformular la planeación tradicional.

En esta misma línea, el autorregistro en sinergia e interdependencia con el guion conjetural fue otra estrategia que nos ayudó no solo a incluir una descripción de la práctica, sino también de lo vivenciado y observado en ella. En definitiva, el autorregistro fue un texto mutante y un insumo para pensar y reflexionar sobre la enseñanza con relación a la literatura y los NEL, el nuevo fuego, aquel que simplemente añorábamos.

La última estrategia fue el grupo focal, nuestro encuentro más personal e íntimo con los estudiantes y el faro que alumbró nuestras conversaciones. En estos diálogos, los estudiantes, expectantes y atentos al igual que sus maestras, hablaban y discutían a raíz de las experiencias con la literatura y la literacidad, acompañados del incesante ir y venir de las olas y la vida. Como alternativa para registrar lo que sucedía en la hora de literatura, en los grupos foca-

les implementamos el portafolio narrativo, abordándolo como una forma para compilar los relatos que fueron realizando nuestros estudiantes y las reflexiones acerca de aquellas cosas que les gustaron o no de la estrategia. Asimismo, se esbozaron técnicas interactivas como un medio para facilitar la expresión, estimular el hecho de recordar, hablar, recrear, ver lo que acontecía en el aula de clase.

Es importante resaltar que, dentro de las bitácoras de este viaje, las notas prescriptivas que se fueron tomando en cada ruta, en los atardeceres coloridos y en las noches agitadas fueron hallazgos relevantes. Estas permitieron comprender las tensiones que vivimos alrededor de la enseñanza de la literatura y los NEL, a raíz de unas continuas recurrencias en cada uno de los procesos vividos en el viaje. Ahora bien, cuando dejamos caer el ancla para descender, en el agua se veía el reflejo de muchos fueguitos andantes y movientes que nos llevaron a entender nuestro rol en el aula como maestras de literatura. Lo que permitió pensarnos desde nuevos planteamientos, configuraciones y concepciones enmarcadas en una didáctica que no estuviera sujeta a una fórmula prediseñada, sino que hiciera parte de la experiencia misma, en relación con lo que sucedía en el aula de clase.

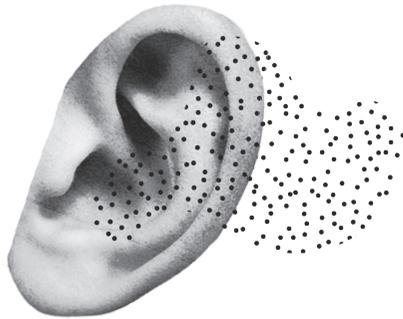
Por tal razón, fue indispensable que tuviéramos unas características particulares. La primera, pasar de la simpatía

a la empatía, entendiendo esta última no solo como ponerse en los zapatos del otro, sino como aquella que se desarrolla en un ejercicio de escucha (Sennett, 2012, p.21). La segunda fue pasar de ser extrañas a volvernó cómplices en la comprensión de nuestros estudiantes, como también convertirnos en seductoras e incitadoras de la lectura; pero atraparlos implicó que nosotras fuéramos lectoras y pudiéramos hablar de diferentes libros. Todo esto para expresar nuestro sentir frente a lo leído. Teniendo en cuenta lo anterior, fuimos nosotras los personajes principales para hallar el fuego, avivarlo y mantenerlo encendido en el aula de clase, y que además pudiera ser irradiado en otros contextos, como el familiar y el comunitario.

Otros fueguitos nos permitieron escuchar las quejas de nuestros tripulantes a la hora de realizar sus bitácoras de la aventura. Muchos de ellos no se atrevían a escribir por el temor a ser cuestionados, recriminados y evaluados. Además, el pudor los inhibía, coartaba y limitaba su propio lenguaje y pensamiento. Por tal razón, decidieron escribir a partir de sus gustos e intereses de las experiencias vividas. Todo ello hizo de esta práctica discursiva un ejercicio más ameno. En esta medida, a las capitanas —docentes— nos correspondió diseñar espacios en la práctica para establecer un vínculo entre literatura y literacidad desde una postura igualitaria, la cual conllevó a un proceso de aprendizaje con mayor equidad. Como la plantea Zavala, “la lite-

racidad implica una manera de usar la lectura y la escritura en el marco de un propósito social específico” (2009, p.28). Lo anterior indica que la escritura no es un proceso automático, como también lo sustentan Lora y Moreno:

La escritura no es un discurso pedagógico dominante, que puede ser controlado y controlable, algo que está previsto en la praxis docente, que se programa y se organiza, sino un espacio para la contingencia, la duda, el acontecimiento, el azar y la sorpresa, donde se pueda dar forma al pensamiento bajo el signo del arte, una transformación estética. (2020, p.86)



Para comprender la dialogicidad entre literatura y literacidad planteamos unas señales para que otros navegantes hallen con mayor facilidad el fuego. Unas señales como esbozos, no como certezas, sino como indicios de diálogo de saberes, puesto que la literatura es

una plataforma que ayuda a impulsar esos procesos vitales de escritura que inicialmente parten de un gusto, un disfrute y un interés por leer, para que con el bagaje, la experiencia, el sentimiento y la empatía hacia esas prácticas cotidianas de escritura, se vuelva un ejercicio ameno, no con prescripciones y temores infundados, sino más libre, autónoma, segura, con una mayor inserción y participación en ella. (Lora y Moreno, 2020, p.87)

Para estas señales tuvimos en cuenta todo el proceso vivido durante dos años con nuestros tripulantes, en los cuales hubo altibajos, dudas, momentos de sinergia y demás. Por ello, nuestra primera señal fue “La escritura de sí”; es decir, este viaje en un símil con las clases de literatura se configuró como un espacio de expresión, libertad, diálogo y encuentro, en el cual los estudiantes destejieron en la escritura su historia particular a través de las palabras y la propia experiencia. Fue una escritura para la resiliencia, la complicidad y el encuentro consigo mismo. En esos momentos, los estudiantes “comprendieron lo importante que son las palabras para co-

municarnos, para establecer vínculos con los otros, para expresar lo que somos y sentimos” (Lora y Moreno, 2020, p.89).

En la segunda señal: “Escritura desde los ecos de otras voces”, los viajantes vivimos un sin fin de experiencias, algunas propuestas por las capitanas, otras esporádicas sin intención, pero con mucha afectación. Experiencias que llevaron a los chicos a contar y describir lo que sentían para que ello existiera. Sin embargo, narrar desde la voz de otro —citar— para reflejar un pensamiento es complejo. Por esta razón, la literatura nos permitió sensibilizarlos a través del relato. Así, los chicos se fueron volviendo más conscientes de la importancia de esta práctica discursiva. En la señal tres: “Escritura para encajar y descrestar, del retazo al eco”, reiteramos que la literatura nos permitió guiar a los estudiantes hacia la manifestación de un discurso académico en construcción, porque la literacidad problematiza las prácticas de escritura, no solo para dominar una técnica, sino también como una forma de mirar el mundo.

Por todo lo anterior, los escritos de los estudiantes fueron dando un giro a la rigurosidad, donde se evidenció un pensamiento más estructurado y convergente. Respecto al encuentro dialógico entre literatura y escritura es fundamental resaltar que la primera sigue siendo una asignatura pendiente en nuestras instituciones, pero este proceso de investigación nos llevó a pensarla y dimensio-

narla como algo posible, ya que nos emocionó escuchar preguntar a nuestros estudiantes qué íbamos a hacer en la semana durante la hora de literatura. Sentimos que las estrategias desarrolladas eran valiosas para los chicos y que en sus mentes se empezaban a hilar nuevos caminos. Los encuentros realizados se fueron convirtiendo en un espacio empático, de conversación y desahogo. Allí, los jóvenes empezaron a develar todo aquello que los angustiaba, sus miedos, temores y sentimientos más sublimes. De esta manera, “poco a poco los chicos comenzaron a despojarse de sus caparazones” (Rothenberg, 1979, p.15).

En este sentido, se iba configurando una literatura que les permitía una experiencia diferente, en la cual cobró especial valor la palabra, los relatos y la voz propia y del otro. Es decir, una polifonía que se hacía imperante en el aula de clase y que empezó a acercar a los chicos a la experiencia literaria a partir de lo que ellos eran, vivían y habitaban. Esto agenció una nueva mirada en la cual

incorporamos prácticas discursivas de lectura y escritura que no solo hacen parte de lo estipulado en el plan de estudios institucional, en el plan de área o en los documentos institucionales, sino que se enfoca en prácticas socioculturales que buscan movilizar el ser, habitarlo, llenarlo de sentido desde espacios de interacción dialógica. (Lora y Moreno, 2020, p.97)

Por lo anterior, apelamos para que la literatura no siga siendo una asignatura pendiente y dé un giro en la vivencia en el aula, que las prácticas discursivas planteadas sean mucho más solidarias, armónicas y significativas para nuestros estudiantes.

Con lo que emergió del viaje planteamos unos mensajes en la botella, en clave de conclusiones y recomendaciones. Llegados a este punto, no solo sorprenden algunas certezas y sentimientos, sino también unos mares abiertos a un sin fin de posibilidades. Al desembarcar en este puerto: “Una mirada que hace ver”, sitiado de relatores con diferentes posturas, comprendimos que nuestra mirada había cambiado. No volvimos a ver a los estudiantes como antes, ya no eran un nombre en una lista o un lugar en el aula de clase, ellos ya hacían parte de la experiencia que fuimos construyendo. Solo queremos que esa mirada no se vaya y nos facilite estar en escenas de la práctica escolar, en la cual nos encontramos con nuestra vida y la de nuestros estudiantes.

Al final del viaje sabemos que fue una decisión acertada. Aunque al inicio hubo temores, el interés de los estudiantes hizo que la motivación se diera a mayor escala, ya que queríamos que este espacio no fuera solo académico, sino también de encuentro. Nunca pensamos que la hora de literatura alrededor de las estrategias desarrolladas se convirtiera en un escenario posible desde las subjetividades,

el encuentro y el diálogo. Si bien nuestra investigación narró y relató las experiencias de nuestros chicos, hubo una correspondencia de nuestras vidas y del trasegar como maestras en todo el proceso.

De igual manera, la planeación consciente y organizada de las diferentes estrategias pertinentes al método (guiones conjeturales, autorregistros, grupo focal, técnicas interactivas) nos facilitaron no solo el reconocimiento del impacto de las mismas, sino que también nos ayudaron a determinar el agotamiento de la didáctica, las recurrencias y los avances, además del nivel de participación e interacción de nuestros estudiantes y la importancia de los materiales en el abordaje de la literatura. En este proceso de investigación se dio un giro a una valoración que va más allá de lo numérico. No hizo falta establecer criterios para evaluar, se abogó por un espacio formativo; es decir, la evaluación cuantitativa cedió su lugar a la evaluación formativa con la emergencia de la autoevaluación y la heteroevaluación, ratificando que las prácticas de enseñanza de lectura y escritura inciden en la configuración de nuevos escenarios para la evaluación” (Lora y Moreno, 2020).

Finalmente, después de tanto viajar y buscar el fuego que creíamos perdido, nos pudimos dar cuenta de que esa llama estuvo siempre en nosotras. Esto es, en nuestras prácticas, en el diario vivir y convivir de la escuela, en el



UN MICRÓFONO

CON SENTIDO SOCIAL Y PODER TRANSFORMADOR
DE LA REALIDAD

Adriana María Medina Jaramillo*

Repensar la educación desde otro escenario fue, de momento, un telón de angustia que cubrió nuestro ser como maestros, pero sobreponernos y ver la vida con ojos de esperanza fue lo que llevó a la articulación de una nueva estrategia pedagógica con sentido social y poder transformador, que, a su vez, permitiera seguir celebrando la linda tarea de educar sin olvidar el carácter humanizante que debe tener este oficio. Hablar del valor de la vida en el ámbito educativo fue y será el propender por la formación de seres humanos más conscientes del significado de estar en el mundo terrenal, convencidos de que la vida y la salud están por encima de todo. Más aún, en las circunstancias de una inesperada pandemia que todavía circunda en el entorno mundial. Es ahí donde entra la escuela a dimensionar las oportunidades para educar de acuerdo a los momentos que se presentan y aprovechar los aprendizajes que dan sentido a la existencia.

Surge, entonces, la idea del programa radial *Vida, salud y educación*, como el eco del sentir y el vivir de un momento histórico que quedará grabado en nuestra memoria, con el propósito de poder dinamizar el proceso que se llevaba en las aulas, pero que cobró vida en el ámbito familiar. Sí, porque en eso se convirtieron los hogares de nuestros estudiantes, en réplicas de salones de clase, y los padres de familia en mentores de los maestros. ¡Cómo dejar pasar el momento! Es ahora o nunca.

Cómo no recordar la consola de sonido, ese pequeño lugar llamado emisora Betulia Stereo, que abrió sus puertas para difundir sorpresivamente este programa radial, un espacio que abrigó mi ser de maestra durante muchas semanas, donde me sentaba con el equipo de comunicaciones a continuar con la vida institucional. Allí, pensaba y reflexionaba sobre el papel del educador como uno de los protagonistas del escenario real llamado escuela.

Fueron muchos los encuentros bajo el furor de una pandemia. Esperanza y desesperanza marcaron el trasegar, pero la fuerte voz del maestro siguió ahí, replicando otras voces, susurrando el eco de los que todavía albergábamos la certeza de salir de este singular evento de la historia. Entre circulares, resoluciones, módulos y noticias de última hora se sostuvo la vida escolar. Se cambiaron los actos cívicos por las emisiones radiales, en las cuales se abría el telón para darle entrada a las voces de los estudiantes que estaban encerrados en las casas y que, por los avatares del destino, debían disfrutar a su manera de las pequeñas salas, cálidas alcobas, extensos corredores, rústicos patios y verdes cafetales convertidos en aulas, porque hasta allí llegaba nuestra voz con el reporte de sintonía desde la ruralidad. Fueron las trovas, poesías, lecturas y cantos de nuestros estudiantes, las orientaciones de los directivos y los aprendizajes de los docentes de la zona urbana y rural los que amenizaron estos momentos de inolvidable incertidumbre.

Cómo olvidar a los padres de familia que aprovecharon el espacio para seguir ahí, muchas veces desubicados, pero ansiosos por el devenir de la institución. El trabajo colaborativo y el empoderamiento pedagógico y social fue algo digno de destacar. Poder contar con la parroquia, la Comisaría de Familia, la Policía Nacional, el hospital y las diversas instituciones fue la prueba fehaciente de que la escuela es un escenario social, donde cobra significado el ramillete de muchas voces que se unen para hacer parte de una misma sinfonía y darle cuerpo a la obra de educar con sentido.

Cabe destacar que el programa radial fue una estrategia pensada para acompañar y apoyar a los miembros de la comunidad educativa y habitantes que reportaban sintonía desde otros territorios. Con gran satisfacción encontraron en este espacio una fortaleza para continuar con el estudio desde casa, aprender e informarse, así no estuvieran en el ámbito educativo, ya que el ser humano nunca deja de aprender.

Estar frente a un micrófono y detrás de una consola de sonido sin ver los rostros de nuestros estudiantes fue un hecho que invadió de nostalgia el quehacer educativo, pero me motivó la confianza de que ahí estaban. Desde el 28 de mayo de 2020, fecha en la cual inició el programa, la sostenibilidad en el tiempo fue el an-

cla para seguir con los procesos educativos. Se pudo contar con la emisora Betulia Stereo para potenciar el encuentro de saberes llevados a un programa radial, teniendo como base el respeto y la preservación de la vida desde el autocuidado. Ese simple pero significativo elemento sonoro llamado micrófono cumplió sus funciones con mayor sentido social y poder transformador de la realidad. Al igual que el fortalecimiento del aspecto axiológico, se desarrollaron a partir de la radio las competencias del lenguaje, ya que este medio masivo de comunicación permite potenciar las destrezas básicas, como el saber escuchar, hablar, leer y escribir. En cuanto a su valor social, el lenguaje se torna, a través de sus diversas manifestaciones, en eje y sustento de las relaciones sociales.

Es importante mencionar cómo la educación y la comunicación han podido establecer una relación fluida y fructífera. Además, se hace fundamental vislumbrar la necesidad de modificar y adaptar las formas de enseñanza y aprendizaje a las nuevas realidades tecnológicas contextualizadas, como lo es una emisora comunitaria y su enfoque trascendental en la vida social de un municipio, aprovechando el acceso inmediato a los lugares más recónditos, lo que es una de las ventajas más relevantes de la radio.

En este proceso se pensó en todos: estudiantes, padres de familia, directivos y maestros, para la creación de comunidades de aprendizaje a través de la utilización de los medios de comunicación masiva, donde nuestras voces de esperanza y el poder transformador de las palabras siguieran dando vida al quehacer educativo desde otro escenario. Sí, fueron las palabras de muchos, sus saberes y experiencias, los sonidos, la música y hasta los llamativos silencios los que hicieron parte de la vida institucional que se tejió en el desarrollo del programa radial, el cual detrás de una consola de sonido hizo parte de la razón social de la escuela. Se apostó por una cultura de la inclusión desde la radio, como otro medio de comunicación que puede coadyuvar a la humanización de la educación en tiempos de pandemia, vibrando con la narrativa y la firmeza del lenguaje para llegar a la comprensión de otros.

Recibir las llamadas y mensajes de los radioescuchas, los audios de los docentes de cada área, las sugerencias de los directivos, los aportes de los estudiantes, las quejas y reconocimientos de los padres de familia, y además contar con la presencia de algunos miembros de la comunidad educativa en las instalaciones de la emisora fue lo más gratificante y la muestra de que la escuela siguió activa a través del programa *Vida, salud y educación*.

En este aspecto, se le apuesta a la radio desde el valor pedagógico y comunicacional, orientados a la construcción de ciudadanía, y reconociendo la inclusión como eje fundamental en la consolidación del tejido social, a la vez que formando seres humanos abiertos al cambio e inmersos en oportunidades de vida. La escuela estuvo y debe estar direccionada al empoderamiento desde la humanización y comprensión de la realidad.





COTIDIANIDAD

DE UN MAESTRO

Julio César Mejía Castro*

* Maestro del Centro Educativo Rural José Ignacio Botero Palacio, sede Donmatías, municipio de Donmatías. Correo electrónico: cersanmatias@hotmail.com

Son las 5:00 a. m., lo sé porque la alarma de mi teléfono acaba de recordármelo. Debo empezar la rutina de varios años, aunque no son tantos si lo miro en perspectiva. La verdad, ya me había despertado minutos antes y desde ese instante consciente tuve tiempo de dibujar en mi mente algunas ideas para trabajar en clase. Sí, soy docente, ello supone que debo encontrarme desde las 7:45 a. m. con unos jóvenes a quienes espero hoy pueda motivar en los temas a tratar durante la clase.

Primero debo levantarme, han pasado diez minutos desde que sonó la alarma que me recuerda que no es prudente seguir disfrutando de la calidez de mi cama. Debo levantarme suavemente para no despertar a mi esposa, quien aún puede descansar unos minutos más. Ella también es docente, pero soy yo quien debe desplazarse hasta otro municipio.

En fin, la mañana llegó con algo de lluvia, la suficiente para dudar si me ducho inmediatamente o si primero observo a mi hijo en lo que parece un placentero sueño; acomodo sus cobijas, acaricio su cabello, le doy un beso y doy gracias a Dios por esa escena. No puedo posponer más la ducha, evito el agua caliente para no caer en la tentación de cargar a Alejandro hasta donde la mamá y recostarnos los tres por diez minutos más. Será un placer que debe esperar hasta el fin de semana.

Vaya que estaba fría el agua, lo suponía; pero así la necesitaba para cargarme de energía, o por lo menos terminar de despertar. Mientras me visto dejo la luz prendida para que aquella mujer tan especial, con la que comparto una vocación, vaya despertando suavemente. Debo adelantar el desayuno y organizar la lonchera de mi hijo.

Busco una sartén metálica, la antigua, que era de mi abuela. Es muy pequeña, apenas puedo preparar un huevito a la vez en ella, pero me encanta, y aunque demoro unos minutos más, sabré que el desayuno de mi hijo y mi esposa tendrá una pizca de amor que le impregné mientras lo preparaba. Ya sé, cuando desperté antes de que sonara la alarma pensaba en cómo hablarles de sexualidad a mis estudiantes el día de hoy. ¿Qué tal si les hablo del amor? Ese que te lleva a levantarte antes que todos en tu hogar para correr a la ducha y prepararles un huevito, mezclarlo con arroz, calentarles una arepa y servirles un chocolate bien caliente, porque sabes que van a demorar mientras se organizan. ¿Y después? Claro, después podré hablarles de las relaciones entre los seres humanos, de afecto, de amor y desamor.

En ese momento, el cuestionario que preparé desde el día anterior tendrá sentido, y alrededor de ello podremos debatir en mesa redonda la literatura que tengo preparada. ¡Uy!, ya son las 5:45 a. m., debo llenar la encuesta que me piden en el colegio de Alejandro, ya les serví el desayuno a

él y a Mónica. Empaqué unas croquetas de pollo, con galletas y chocolate, para que mi hijo coma durante el descanso. Me falta escribirle en una servilleta que lo amamos y estamos orgullosos de él. ¡Claro!, no se me puede olvidar hablar a mis estudiantes del amor más grande que un día conocerán: el amor de ser padres y madres.

Por Dios, ya son las 6:10 a. m. y mi hijo apenas se sentó en la mesa a desayunar. Voy a tener que darle el desayuno. No soy capaz de dejarlo ir así. Tomo unos tragos de chocolate y se lo doy. Está hermoso, es un milagro que Dios me confió y cuidaré de él. En la escuela comeré algo, ya no tengo tiempo. Mónica ya está desayunando también y el transporte que recoge a “mi pulga” ya llegó. Lo bajo de la mano hasta la buseta, me inclino ante él, le doy una bendición:

—¿Puedo darte un beso?

—Sí —responde él.

—¿Me regalas un beso?

—Claro —responde con voz suave, mientras me da un beso en la mejilla.

—¿Quieres que te suba al carro?

—Sí —responde mientras confirma con un movimiento de cabeza.

En ese momento parte rumbo a su colegio y pienso: “hijo, a tus cinco años te prometo que trataré de tocar el co-

razón de mis estudiantes hoy y cada día. Lo hago porque es la forma en la cual trato de construir un mundo mejor para ti. Lo hago porque espero que cuando un día tengas dudas, y sientas la necesidad de hablar con alguien, encuentres una persona que toque tu corazón con la suavidad, ternura y comprensión con la que yo trato de hacerlo con quienes me fueron confiados”.

Me devuelvo corriendo hasta la casa, me termino de organizar, le doy un beso a mi esposa y salgo rumbo a mi escuela. La lluvia cesó, pero igual está haciendo bastante frío. Una de las cosas malas de andar en moto es el frío de las mañanas. Ojalá no llueva por el camino. Mi compañera Diana me espera para viajar juntos.

Rumbo hasta la escuela, varios imprudentes casi nos hacen perder el control de la moto, menos mal no corro en ella, sé que en la tarde nos esperan en casa. La autopista permite que llegemos en el tiempo esperado, van siendo casi las 7:10 a. m., solo falta el tramo de carretera destapada hasta la escuela. Es una sede rural, en ella veinticinco estudiantes de bachillerato me esperan, trabajan conmigo bajo el modelo flexible de posprimaria. Mi compañera atiende treinta y cinco estudiantes bajo el modelo Escuela Nueva.

Hemos llegado, Diana se baja primero; le da miedo el último tramo de carretera, siente que nos vamos a caer. Al detener

la moto no puedo creer lo que veo: los jóvenes de bachillerato confundidos con los niños de primaria en un solo juego. La neblina de la mañana no los incomoda, parece alentarlos a jugar sin distinción de género, edad o grado. Están felices, no debería ser de otra forma. Esta escena debería ser absolutamente normal en cualquier establecimiento educativo, no entiendo el porqué de mi asombro. Ahora entiendo, creí hace una hora que estaba preparando a estos jóvenes para conformar una mejor sociedad. No podía estar más equivocado, son ellos quienes me están ayudando a mí a ser un mejor padre para mi hijo, y es él, en compañía de mis estudiantes, quienes harán una mejor sociedad.

“¡Jóvenes, buenos días!”, es mi saludo. Actualmente, me tienen la suficiente confianza para acercarse mientras voy abriendo la sala de cómputo. Es la primera que abro para imprimir los cuestionarios que preparé. “Profe, buenos días”, me saludan dos jóvenes de noveno. Ellos van abriendo el salón donde trabajamos, llevan el computador donde tomamos asistencia y abren los baños. Mientras salen los veinticinco cuestionarios con los que comenzaremos a trabajar me dirijo al salón.

“Jóvenes, la oración”. Con una muestra de respeto se ponen de pie, se quitan sus gorras. No debo decirles nada, todos entienden el concepto de respeto a un orden creador, a un ser superior. Estamos de acuerdo, debemos agradecer

todo lo que nos ha sido confiado. Comienzo mi reflexión: “¿Sabes?, mientras preparaba el desayuno para Alejo y mi esposa pensaba en cómo hablarles de sexualidad. Partamos de una base. Sexualidad es diferente a genitalidad. No piensen que voy a hablarles de métodos de planificación. Tal vez nos quede tiempo y podremos hablar de ello, pero hablaré de sexualidad. Y hablar de sexualidad es hablar de relaciones entre seres humanos, de amores y desamores, lo cual me lleva a la primera pregunta: ¿qué es amor?”

Por sus miradas, creo que capté su atención. El primer paso está listo. Tendré una valiosa oportunidad para entender cómo puedo ayudarles a acercarse a sus futuros proyectos de vida. Las preguntas son más de las que esperaba y parece que el cuestionario no será necesario aplicarlo, surgen suficientes conceptos que me ayudan a dar orientaciones sobre sus inquietudes, su sentir.

Las clases se desarrollaron bajo lo planeado, pero eso no es lo que me marcó hoy. Durante el descanso, como es habitual, me preguntaron si podían sacar un balón para jugar fútbol. Claro, les respondí. Mientras dos de ellos iban a buscarlo, otros tres se quedaron conmigo, había una segunda pregunta por hacer: “Profe, ¿hoy juega con nosotros?” La clase con la que iniciamos me transformó de ser un profesor a ser alguien con quien confundirse en un partido. “Hágale, hoy juego”.



En qué me metí, ellos están jóvenes y hasta las niñas le dan bien duro a ese balón. Pero vamos, el caso es que sientan que pueden contar conmigo, y no como estrategia de clase, mejor como enseñanza de vida. Miro el reloj, ya es hora de clase. Sigue Ética. Tengo una idea, veinte minutos más de juego. A los cinco minutos ellos preguntan: “Profe, ¿entramos ya?”

El que haga el último gol gana, respondo. No pueden ocultar su alegría. Efectivamente, quince minutos y gol, se acabó el partido. Vamos todos para el salón. No faltan dos o tres que digan: “Profe, ¿podemos ir al baño?”.

Ingresan todos al salón. Están agitados, pero inmediatamente entran y prestan atención. “Muchachos felicidades, creo que trabajaron muy bien en Ética”. No entienden, ellos estaban en un partido de fútbol. “¿Recuerdan cuando me dijeron si entrábamos?, fueron responsables. Trabajaron en equipo, fueron leales en la forma de hacerse marca, de ir por el balón. Muchachos, hablemos de valores, pero no de valores teóricos, hablemos de valores para la vida”.

Y así transcurre un día normal en una escuela rural. Los recursos escasean, muchas veces el recurso soy yo. Por eso, siendo las 2:15 p. m., cuando van a sus casas no faltan tres, cuatro o cinco estudiantes que quieren simplemente hablar, ser escuchados, dialogar; por eso hablo con ellos de la vida y de sus sueños.

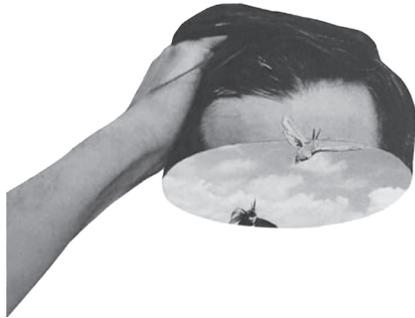
Llegó la hora. Nuevamente emprendo viaje a mi casa. Mi esposa e hijo ya debieron haber llegado. Mi compañera Diana ya debe estar llegando a su casa, acaba su jornada más temprano que yo. Viajo solo de regreso. Entro a casa, Mónica y Alejandro están jugando en la cama. Aprovecho para organizar algunos aspectos del horario de mañana. Estos días hemos tenido que abusar de los grupos de mensajería, la pandemia nos obligó a ser recursivos.

Recién llego y algunos jóvenes ya me escribieron. Uno me hace una consulta, otro me informa que debe ayudarlo al

papá mañana, que por ello llega un poco más tarde. Mi esposa me saluda, me pregunta hasta qué hora trabajo. Sé que tiene razón, pero otra vez le digo: “Amor, tus alumnos estudian en un colegio privado, tienen recursos; de los míos, en cambio, su recurso soy yo”. Ella guarda silencio, sabe que tengo razón, pero no por eso queda tranquila. Continúo preparando trabajo, miro el reloj en mi computador y son las 8:20 p. m. Mi hijo baja hasta la sala, me ve trabajando y me pregunta si puede trabajar conmigo. Le entrego una hoja y colores. Él me dibuja unas líneas y lee “Querido papá, te amo mucho”. Creo que fue suficiente por hoy. “Hijo, ¿quieres que me acueste contigo?”.

Un día como hoy aprendí que este mundo necesita más gente con vocación sincera, que es poco lo que puedo enseñar a mis estudiantes en comparación con lo que ellos me enseñan diariamente. Me enseñan que necesitan ser escuchados, que necesitan sentirse iguales, que necesitan saber que estamos para ellos. Hoy aprendí que mi hijo puede tener un mejor padre gracias a lo que aprendo de los jóvenes de la vereda en la cual tengo la fortuna de ser profesor.





ROBOWHAT?

REFLEXIONES SOBRE LOCOS BAJITOS

Óscar Meneses Cardona*

* Maestro de la Institución Educativa José Miguel de Restrepo y Puerta del municipio de Copacabana. Correo electrónico: omeneses2003@yahoo.com

En estos días de tanta incertidumbre, lejanías y dependencia de la tecnología comprendí que los procesos de formación no se deben detener. Aunque la humanidad se encuentre en riesgo, parar dichos procesos solo aceleraría el ocaso de la especie y la grieta social se haría irreparable.

¿Dudas? Todas. ¿De quienes? De nuestros estudiantes. Estábamos presenciando el ocaso. Nuestros equipos de programación y robótica alcanzaron a graduarse y “perdimos por W” (por sustracción de materia). Por fortuna, la misma vida que te deja vinagre te pone un panal. Una noticia alertaba sobre la necesidad de activar la escuela para los niños. Se acabaron los juegos caseiros, los padres de familia se convirtieron en un cuadro más de muchas habitaciones y la soledad comenzaba a tomarse las paredes. ¿Cómo aportar?, ¿cómo proponer pequeños retos en la distancia? Sin vernos, pero siempre conectándonos mentalmente. Surge la idea y con el apoyo de más adultos hicimos el relanzamiento del club de robótica y programación, que honra la vida y obra de Alan Turing, padre de la computación.

Aunque algunas partes de mi alma se sumergen en el

conservante de la niñez, no soy maestro de niños. ¿Qué hacer?, ¿por dónde comenzar?, ¿se comprenderá lo que digo?, ¿lo podremos mantener en el tiempo? Con esta idea en el aire se armó el grupo y se dio la fecha y la hora. Así, como un barco que se lanza a la mar, aventamos nuestros sueños con la firme convicción de recoger más en el camino.

Reunión uno

Ingreso a la clase virtual media hora antes para organizar la logística y revisar los videos, audios y demás para que nada falle. De repente, ¡qué sorpresa!, cuatro niños estaban esperando. La expectativa se estaba cumpliendo, la ansiedad no era solo mía. Iniciamos la clase y todos participaban, raro en estos ambientes. Ellos querían conocer todo sobre los robots, pues se mostraban ansiosos por programar y armar; además, se habían documentado. Sus padres tomaron el micrófono y participaban, ¡que locura de clase! Los temores se fueron desvaneciendo y la comunicación fluyó. Los retos se hicieron casi al mismo tiempo que se planteaban. Lo mejor, estos ejercicios no daban una calificación, las notas eran las sonrisas, las gracias de los niños.

¿Reunión final?

Diez semanas después terminó nuestro curso y evaluamos los aprendizajes. Ingresé a la clase quince minutos antes. La pantalla estaba llena de círculos que representaban la conectividad de cada estudiante, algunos con iniciales, otros con imágenes, muchas cámaras encendidas y con mucho orgullo. Invitaron, literalmente, a sus perros y a sus gatos. No sé cómo hemos logrado que no desistan. Había un ambiente festivo y mucha participación. Al final, la pregunta de rigor: ¿qué le cambiarían a este curso? La respuesta soñada: que sigamos presencial.

¿Y después del final?

Clase tras clase, carreras para llegar temprano, gritos, saludos, abrazos, expectativas, seguridad, aprendizajes y más chiquillos en nuestro club. La bola de nieve sigue creciendo y no se puede hacer nada, esto tiene que seguir.





SALIR DE LA ZONA

DE CONFORT Y VER LA ESCUELA CON OTROS OJOS

César Iván Mesa*

* Maestro de la Institución Educativa Rural Pablo VI, corregimiento de Santa Isabel, municipio de Remedios. Correo electrónico: cesarivanmesa@gmail.com

Parece increíble que haya pasado ya más de un año desde aquel 28 de febrero de 2020, cuando emprendí esta maravillosa aventura y dejé a un lado el bullicio y los afanes del día a día ciudadano de la capital de la montaña. Al principio estaba indeciso. Irme a un pueblo pequeño donde tal vez no habría mucho que ver, llevarme a mi familia, esposa e hijo, sin saber si nos amañaríamos o no, y luego tener que devolverme eran los cuestionamientos y las razones que me impedían emprender el vuelo. ¿Pero qué creen? Me vine a ojos cerrados y no se imaginan de las oportunidades que me estaba perdiendo, de estos paisajes asombrosos que predominan en la troncal del nordeste antioqueño y ni hablar de su gente amable, trabajadora y hospitalaria. Para empezar, llegué a una pequeña escuela rural de la vereda San Juan del municipio de Vegachí, donde lo primero que me encontré fueron nueve maravillosos estudiantes, cuyas edades oscilaban entre los once y los dieciséis años, desde el grado sexto hasta el grado noveno, con unos deseos fervientes por aprender y, sobre todo, por ser reconocidos y escuchados. Me cautivaron de inmediato.

Tengo que reconocer que al principio me encontraba asustado, no sé si por lo desolado del camino en el trayecto de la casa a la escuela o por lo que me esperaba con la metodología de trabajo en la escuela rural, puesto que eso de la monodocencia y el trabajo multigrado era totalmente nuevo para mí. Además, implicaba un nuevo reto al te-

ner que preparar clases para todas las áreas y asignaturas y trabajar con todos los grados al mismo tiempo. Para ser honesto, pasar de la escuela privada, donde estaba acostumbrado a rotar por varios grupos y a impartir a lo sumo dos materias: Matemáticas y Física, que son mi área de formación, a esta escuela rural fue un cambio extremo en toda mi experiencia docente de ya casi catorce años.

Llegué el primer día de clases y lo primero que hice fue indagar acerca de los estilos de vida y costumbres de cada uno de los estudiantes, a qué se dedicaban ellos luego de llegar de la escuela, con quiénes vivían, cuáles eran sus sueños y expectativas; esto con el fin de romper un poco el hielo y, a la vez, conocer sus realidades, tratar de aproximarme a su entorno, buscar la manera de amoldarme a sus estilos y ritmos de aprendizaje y a partir de allí emprender mi práctica. Traté de ganarme su empatía porque no puedo negar que se encontraban un tanto prevenidos e inseguros, algunos de ellos incluso estaban asistiendo a la sede principal mientras llegaba el nuevo profesor que les habían prometido, y estaban probando si quedarse o irse. Ganarme su confianza era mi primera tarea, ya que la empatía, a mi modo de ver, es un elemento muy valioso a la hora de pretender enganchar al estudiante con el saber. ¡Vaya sorpresa!, cada día que pasaba me daba cuenta de que la experiencia de aprendizaje era de mutua correspondencia, pues ahora ellos me enseñaban el proceso de

algunas labores del campo: cómo sembrar, en que época hacerlo, cómo preparar un terreno, cómo se cuida el ganado y cómo ordeñar; labores impensables para mí cuando vivía en la ciudad.

Comenzamos por organizar el aula y ponerla bonita, porque hacía ya varios meses que el salón se encontraba solo. Luego convocamos a los padres de familia para ayudar a organizar el jardín de la escuela y la huerta escolar. Los chicos se mostraban muy animados, en dos semanas, con la ayuda de algunas mamás, habíamos sembrado cilantro, cebolla y ají. Ya se veían los primeros tallos, por lo que cercamos la huerta para que el ganado de las fincas cercanas no se la comiera. Sin embargo, justo esa semana ocurrió lo impensado: la Organización Mundial de la Salud (OMS) declaró, de manera oficial, una pandemia que nos ha hecho cambiar la visión que teníamos del mundo, así como la forma de estudiar, de vivir en familia e incluso de trabajar.

Ya han transcurrido un año y seis meses y el virus se ha quedado. Don covid-19 parece no querer irse, pero poco a poco hemos ido aprendiendo a convivir con él. Don covid nos envió a casa, dejando en el tintero varios proyectos y tareas ya pensadas para hacer de nuestra escuela un laboratorio de aprendizaje y un espacio para aprender a convivir. Debimos dejar la escuela temporalmente mientras las autoridades sanitarias nos daban luz verde para regresar;

no obstante, al ver que pasaban dos meses y nada que teníamos contacto con nuestros estudiantes, me di a la tarea de visitar a cada uno para llevarles a sus casas los talleres, y así poder resolver sus dudas, tenerlos conectados con la escuela y evitar que la deserción escolar pudiera apoderarse de estas potenciales mentes.

El tener que cruzar quebradas y puentes improvisados de guadua para cruzar el río ha sido una de las anécdotas más fascinantes. Es ahí donde empecé a enamorarme cada vez más de la educación rural, y creo que allí descubrí su esencia. Ver esos rostros que se alegraban con tan solo mi presencia en sus casas me motivaba cada día a continuar; no importaba la distancia, ni el sol o la lluvia, ni el susto que me llevaba cuando me sorprendía una serpiente en la vera del camino. Al contrario, veía todo esto como una necesidad, y más que una necesidad una urgencia y un pedir a gritos el regresar a las aulas.

Verdaderamente, esta experiencia ha sido una oportunidad para darme cuenta de todos los vaivenes por los que pasa un docente en el campo: cuánto tienen que recorrer, a cuánto se exponen cada día y cuál es la responsabilidad que nos convoca como profesionales y como servidores públicos. También pude ver las situaciones por las que pasa un estudiante del campo, el esfuerzo que muchos de ellos tienen que hacer cada día para

desplazarse hasta la escuela, y con cuánta alegría lo hacen cada que llegan a pie o a lomo de mula.

Quiero contarle a Colombia y al mundo la realidad de la escuela rural, la otra cara de la moneda de la educación en Colombia, la cantidad de roles que puede asumir un docente que se pone la camiseta por la construcción del país y el esfuerzo que hace el Estado por tratar de llegar a estos lugares. Quizá muchos no lo sepan, a lo mejor ni se preguntan cuánto le representa al país, económicamente hablando, garantizarle el derecho a la educación a un estudiante rural, muchas veces pese a las condiciones precarias de las instalaciones físicas donde al docente le toca jugársela para tratar de hacerle frente a las necesidades de cada sede y para que los estudiantes se sientan acogidos y atendidos con respeto y dignidad.

En este sentido, haber pasado por las puertas de la Institución Educativa Rural John F. Kennedy y por la Institución Educativa Rural Pablo VI, para la cual laboro en la actualidad, me ha permitido darle otra mirada a la educación básica en Colombia y a sus pormenores. Entendí que el rol del docente urbano difiere significativamente del rol del docente rural, y ni que decir de la escuela privada para la cual laboré por muchos años antes de llegar a estas hermosas tierras del nordeste de Antioquia.

Quiero resaltar la labor del docente rural sin menospreciar la labor del docente urbano, porque sé que los hay muy buenos y proactivos. Sin embargo, el trabajo del docente rural va más allá de una clase impartida, pues él termina siendo un líder en la comunidad veredal, y si no lo es le toca serlo. En él recae toda esperanza, es quien conecta la comunidad con las dinámicas del municipio, el que reúne el convite para reparar la vía, el acueducto veredal, el techo de la escuela que se está cayendo... Para mí esto es una novedad y una experiencia fascinante y enriquecedora, es allí donde uno se da cuenta cómo funciona el municipio, en qué se invierten las regalías, cómo hacer alianzas estratégicas para gestionar y solicitar recursos para la escuela; es un darse cuenta cómo es que funciona un territorio, un grupo poblacional.

A partir del reconocimiento del territorio y las familias uno puede enterarse quiénes son los aliados y benefactores para la institución, y con ello lograr ayuda y recursos para embellecer la sede: unos nos regalan pintura, otros el alambre de púas para cercar los alrededores y evitar que el ganado entre a la escuela y nos destruya el jardín. Así, producto del trabajo de los estudiantes y los dos docentes a cargo, hemos logrado tener la escuela linda y dignificada.

En mi poca experiencia como docente rural he entendido que las alianzas estratégicas son importantes y neces-

rias para mantener la escuela activa, despierta y en unas condiciones óptimas. Es importante involucrar a los estudiantes y padres de familia, hacerlos sentir parte, dueños y corresponsables de la escuela, tanto como del progreso o desempeño escolar de cada educando. De lo contrario, el docente se cargaría de trabajo, y en el peor de los casos se corre el riesgo de dejar caer la escuela y de que los estudiantes se nos dispersen o ausenten del entorno escolar; pero la clave está en ganarse la comunidad.

Tuve la fortuna de compartir, aprender y contar con el apoyo de maestros colegas como el profesor Edwin Serna, gran amigo y docente líder, quien me ayudó a conocer el territorio y las dinámicas familiares del campo. Incluso, los primeros meses me ayudó transportándome en su motocicleta a cada vereda y a cada casa, mientras yo aprendía a conducir y a moverme en el territorio. Entre otras cosas, pese al pavor que me generaba conducir moto, me vi en la necesidad de conseguir mi propio transporte porque salía muy costoso pagar mototaxi todos los días para ir de la cabecera municipal a la vereda. ¡Tengo mucho que agradecerle al profe Edwin!

También quiero resaltar la ayuda incondicional de la profe Érika Martínez, mi compañera de sede, la profe de primaria quien me acogió y con quien hice un equipo fraterno y de trabajo arduo para embellecer la escuela. Es una clave importante el poder contar con un buen colega, para los

que tienen la fortuna de trabajar en compañía, pues en algunas sedes es un solo docente quien dirige.

Tener un buen jefe también es clave para hacer las tareas o responsabilidades de manera efectiva, y fue precisamente lo que me ocurrió. Me sentí muy afortunado de contar con una excelente rectora. Su liderazgo, su capacidad de gestión y calidad humana facilitaron mucho las condiciones de trabajo. Muchas gracias doña Magnolia, esos aprendizajes que me proporcionó los estoy teniendo en cuenta ahora en donde estoy.

Fue un año de pandemia, pero también un año de muchos aprendizajes. Cuántas cosas desconocía de la labor docente, que va más allá de enseñar unos contenidos y de los modelos de educación flexible, que están diseñados para ofrecer educación de calidad en cualquier parte del país. Lo único que falta es que los docentes nos enamoremos de este cuento y lo apliquemos, porque estoy convencido de que es posible tener escuela pública de calidad.

Se terminó el año, iniciamos el otro y con el dolor en el alma debí partir a otros escenarios. Dolor porque siento que quedaron muchas cosas por hacer; pero ahora, como por acción divina, y soy de los que piensa que Dios lo pone a uno en donde lo necesita, me encuentro en un territorio no muy lejano, pero con condiciones sociales

muy distintas: el corregimiento Santa Isabel, del municipio de Remedios, tierra donde el metal dorado vislumbra otro panorama, otros mundos, otras necesidades, nuevos retos y desafíos. Ahora hago parte de la Institución Educativa Rural Pablo VI; y tengo que reconocer que al principio me costó un poco adaptarme, pero soy consciente de que cuando los seres humanos nos enfrentamos a cambios, inicialmente nos cuesta, porque salir de la zona de confort nos lleva a movilizar el pensamiento.

No me esperaba hacer parte de una institución técnica agropecuaria, y que el colegio contara con su propia granja era inimaginable. En este nuevo comienzo ya he tenido la oportunidad de madrugar y ayudar en las labores del procesamiento y comercialización de pescado, que es uno de los productos de nuestra granja, que se sostiene con la venta de estos. Ya hemos venido haciendo un trabajo con nuestros estudiantes y cada grupo plantea su propio proyecto productivo. En mi caso, mis alumnos y yo desde el área de Emprendimiento Agropecuario venimos haciendo un piloto del huerto escolar con el sembrado de cilantro y cebolla, un proceso transversalizado con el área de matemáticas, donde los estudiantes aprenden cómo es el funcionamiento de una granja, cómo se comercializan los productos, cómo es la cadena de suministros y cuál es la relación costo-beneficio de lo producido.

En estos momentos, en vista de que casi todo el personal que llegamos a la institución somos docentes nuevos, producto de la asignación de plazas posconflicto, estamos en un pilotaje y nos encontramos en compañía de nuestra rectora: Doralba Montalvo, quien también llegó nueva y en proceso de organización estratégica, para enrutarnos hacia un proceso educativo que converse con la filosofía y valores institucionales, en pro de la calidad educativa que merecen la comunidad y, por supuesto, nuestros estudiantes.

Para finalizar, tengo que decir que como docente he aprendido infinidad de cosas en muy poco tiempo, y cuando uno sale de la zona de confort se da la oportunidad de aprender, y a su vez se le va facilitando el trabajo con los estudiantes. Sin lugar a duda, ser docente rural ha sido una experiencia gratificante en todos los aspectos de mi vida; ha sido realmente una bendición.





LO QUE

ESCONDEMOS LAS MAESTRAS

Ledys Natalia Moncada Urrego*

* Maestra de la Institución Educativa María Bernal, sede Joaquín Aristizábal, municipio de Caldas. Correo electrónico: lednamon06@gmail.com

Mi primera experiencia en el campo de la educación inició en el año 2003, cuando tenía diecisiete años. Era muy joven e inexperta, apenas había terminado el ciclo complementario en la Escuela Normal Superior de Amagá y ya iniciaba mi carrera como docente por OPS en el CER Pueblito de los Sánchez de este mismo municipio. Es preciso anotar que esta posibilidad me la brindaron desde el Núcleo Educativo, dado mi desempeño como normalista, lo que significó un orgullo para mí y una responsabilidad muy grande con aquellas personas, con mis expectativas y con mis futuros estudiantes. En ese instante, la alegría me embargaba y sentía que había cogido el mundo con mis manos.

No obstante, al vivenciar mi primera experiencia como maestra comprendí que hablar de teorías y de estrategias pedagógicas que resonaban por los claustros del saber en el que me había formado era muy fácil; hacerlas efectivas dentro de una comunidad en particular era algo distante a lo que imaginaba. Mentiría si expresara abiertamente que salí victoriosa de esta situación. Nada salió como lo pensaba.

Así, me encontré con una comunidad muy noble, niños tiernos, con deseos de aprender y que anhelaban que su profesora, por fin, estuviera diariamente con ellos. Coincidí con profesores preparados y versados en diferentes áreas, con años de experiencia en esta escuela y con gran manejo de la disciplina de sus grupos. Mi primera sorpre-

sa se dio al enterarme de que en este centro educativo se aplicaba el modelo de educación flexible Escuela Nueva, lo que conlleva la monodocencia o multigradualidad. Acto seguido, el recibir mi carga académica y la asignación de los grados primero y cuarto durante todo el año constituyó un nuevo asombro para mí, pues me parecía increíble y tortuoso tener dos grados a la vez, ya que desde mi inexperiencia pensaba que iba a ser la docente de uno solo. Esto me embargó de nervios y ansiedad al no saber qué hacer en un mismo espacio con dos grupos numerosos, con edades distantes y características tan heterogéneas.

Teniendo en cuenta lo anterior, me dediqué a preparar las clases de forma detallada, a seguir los consejos de mis profesores e iniciar de la mejor manera este nuevo proceso formativo. Sin embargo, nada salía como lo planeaba, puesto que hallé en el grado primero grandes desfases en relación con lo que pedía el currículo. Me encontré con niños con dificultades para expresarse, tímidos, con muy pocos avances en los procesos de lectura y escritura, con dificultades para reconocer los números y para entender situaciones cotidianas, con padres de familia iletrados, que por sus conocimientos a nivel académico no podían reforzar en casa los temas vistos en la escuela. Esto me dejó impactada, puesto que para mí fue una novedad encontrarme con tantos problemas juntos.

Por consiguiente, entendí que los niños del grado primero necesitaban toda mi atención y dejé relegados a los que estaban en cuarto. Esto fue tan evidente que los niños más grandes reclamaron mi presencia y mis explicaciones para continuar en cada una de sus cartillas. Realmente, no sabía cómo actuar, sentía que esto me había quedado grande. Así transcurrieron tres largos meses y mi espíritu estaba abatido, los niños de cuarto sentían que me faltaba más (yo también lo sentía) y los niños de primero no avanzaban a pesar de mis esfuerzos.

Lo anterior no fue lo único que me desanimó. El transporte a la vereda era pésimo, los costos exorbitantes y el salario, que debía ser cada mes, era pagado cada cuatro o cinco meses, lo que hizo que a los noventa días de trabajo tuviera un cúmulo de deudas que no sabía cómo cancelar. Tal vez estaba en el lugar equivocado, quizá me incliné por una carrera que no era para mí, de pronto no era tan buena como lo creía, preguntas y preguntas deambulaban por mi mente; algunas con respuestas claras, otras generaban en mí un entramado de sensaciones que no me dejaban dar el siguiente paso. Para que entiendan a lo que me refiero es preciso decir que no me sentía preparada para afrontar tanta responsabilidad, que me sentía vencida aún sin empezar. Así fue que tomé la decisión de renunciar a ser maestra, no quería ser deshonesto conmigo misma ni con la comunidad que esperaba tanto de mí. Fue una decisión difícil, pero en ese momento consideraba que era lo correcto.

Contarles detalladamente que me sentía poquita cosa, que me daba vergüenza mirar a mis compañeros a la cara, es insuficiente para lo que experimenté como persona, como profesional. Me ganaron mis miedos, mi falta de experiencia, mi ansiedad; en mi interior sentía un cúmulo de sensaciones que me asfixiaban y que no me permitían continuar el camino. Con la mirada hacia el suelo emprendí la búsqueda de un nuevo empleo y en poco tiempo estaba trabajando como docente en una escuela privada del municipio de Bello. Parecía mentira que renuncié a un lugar cerca de mi casa para marcharme a otro en el que definitivamente tenía que alejarme de las faldas de mi madre y empezar a tejer sola una nueva historia, en un lugar desconocido, con personas lejanas a mí. Sin importar las circunstancias y con la convicción de no volver a fracasar inicié mis labores como docente de jardín.

En este lugar todo era muy diferente, los niños eran muy amigables y extrovertidos, con facilidad para comunicarse entre ellos mismos, para aprender. Los padres de familia eran estudiados y tenían un aire de poder, de dominio sobre los docentes. Los directivos, con una amabilidad condicionada, pensando siempre en el bienestar de los estudiantes y padres de familia. Los maestros quedábamos relegados, sin derecho a opinar o a contradecir a nuestros superiores. Aun así, continúe mi proceso como docente, allí encontré grandes maestras, con una amplia

experiencia en la formación de los estudiantes y, a diferencia de mi lugar de trabajo anterior, abiertas a brindar ayuda, a enseñar nuevas metodologías y a colaborar en todo lo que necesitaba. Me sentí acompañada, respaldada y con muchos deseos de continuar.

Empecé a planear mis clases, a prepararme y a crear con mis compañeras un mundo de posibilidades. Aprendí a hacer hermosas creaciones de todo, me esmeraba por tener todo muy organizado y bien elaborado, fui cogiendo cancha y me empecé a sentir como una gran maestra. En este lugar reflexioné sobre lo que tenía en mi escuela anterior, aprendí a valorar todo lo que dejé atrás, lo que había perdido por mi inseguridad. Allí no me importaba si tenía que trabajar todo el día por la mitad del dinero, ni siquiera me desmotivaba el hecho de saber que cuando salía de clase debía quedarme con mis demás compañeras haciendo el aseo del salón, de los patios, de los corredores; debíamos dejar limpios y brillantes los baños, en fin, tenía que cumplir con mis obligaciones como docente y como aseo, pero me sentía feliz de saber que sí servía como profesora.

Transcurrió un año y medio en el que afortunadamente aprendí a valorar todo, a esforzarme por conseguir lo que deseaba. Inicé mis estudios de licenciatura y a la par trabajaba como docente, adquirí disciplina, responsabilidad, desarrollé grandes habilidades artísticas, empecé a re-

flexionar sobre los procesos educativos que se gestan en los territorios, me dediqué a investigar y a leer sobre temas que me podían ayudar a cualificarme como docente. Y aunque me sentía contenta con lo que hacía, con los aprendizajes adquiridos, en el fondo deseaba estar en otro lugar, mi sueño era pertenecer nuevamente a una escuela pública.

El tiempo siguió su marcha y cuando menos lo esperaba pude conseguir un nuevo empleo como maestra, esta vez fue en el sector oficial. Fui nombrada en provisionalidad para el CER Isabel Vásquez, en el municipio de Ciudad Bolívar. Nuevamente la vida me sonreía y me brindaba una oportunidad, mis sueños se habían cumplido y empecé una nueva historia como maestra del sector público en Punta Brava, una vereda bastante alejada del municipio. Entonces, me despedí de mi anterior trabajo con la gratitud del mundo, con una maleta cargada de enseñanzas, de aprendizajes, y con la certeza de hacer las cosas de corazón. Este paso de un lugar a otro, de regresar nuevamente a lo público, me hizo comprender que fui la principal responsable de lo que me había sucedido en mi primera experiencia como docente; pero lo acepté con humildad, con la convicción de que más adelante podría resarcir el daño causado.

Después de haber cerrado el ciclo anterior, me dirigí a mi nueva escuela con una felicidad infinita. Al ingresar allí

me llevé una gran sorpresa, y fue el hecho de saber que a partir de ese momento era la directora encargada y la docente de los grados primero y cuarto. Realmente, fue una casualidad o una jugarrera del destino. Para mí fue motivo de alegría el reconocer que la vida me estaba brindando la oportunidad de compensar aquello que en un momento no hice. Tener la posibilidad de volver mis pasos a una escuela nueva fue como reconciliarme con el pasado, era un motivo para saldar deudas internas y para emprender el camino como docente del sistema educativo público, con más experiencia y con deseos de aportar mis saberes y conocimientos a esa comunidad.

Entonces, decidí irme a vivir con una familia que habitaba en una casa aledaña a la escuela. Cada una de las personas que hacían parte de este hogar me acogieron como un miembro más. Mi rutina diaria era levantarme muy temprano para cumplir con mi jornada laboral en la mañana, y en la tarde ocupaba el tiempo en diferentes actividades extracurriculares en las que involucraba a los niños y a sus acudientes.

Así pasó un año en el que cada día se convirtió en una posibilidad para reconciliarme con el pasado, conmigo misma. Allí aprendí a ser más fuerte, más segura, a luchar por mis ideales y a no desfallecer por más duras que fueran las pruebas. Considero que enfrentarme a mis miedos y poder experimentar la docencia desde diferentes perspectivas

me permitió ampliar el panorama, encontrar mi lugar en el mundo y desvelar aquello que estaba oculto en mi interior. De este modo, me construí en medio de las adversidades, aquellas que un día me hicieron tambalear, pero que con el paso de tiempo edificaron mi ser y me permitieron comprender que soy una soñadora que ama lo que hace, que soy maestra por vocación, con deseos de continuar por el camino de los aprendizajes, del trabajo con el otro y para el otro.





APUESTAS

DE MAESTROS CON ESTRATEGIAS DESDE
LAS TIC PARA LA INCLUSIÓN

Jesús Steiner Montoya Vargas*

* Maestro de la Institución Educativa Escuela Normal Superior Sagrada Familia del municipio de Urrao. Correo electrónico: steinermv@hotmail.com

Hoy en día, las tecnologías han sido un apoyo indispensable para facilitar el aprendizaje accesible y flexible. Sin embargo, para hacer de la educación un proceso más eficiente y significativo se debe partir de las capacidades que el estudiante tiene, pues es ahí cuando el uso de Tecnologías de la Información y las Comunicaciones (TIC) se convierte en herramienta y mediación pedagógica de apoyo.

Para Leadbeater (2008) esto significa que, en cierto sentido, la motivación y la capacidad para aprender de forma autónoma son esenciales desde la personalización, porque esto reduce la dependencia del profesor y de los estilos de instrucción basados en la clase tradicional. Si bien las tecnologías pueden respaldar los esfuerzos en transformaciones de la pedagogía, está claro que antes de su incorporación es necesario identificar todos los factores que influyen en el aprendizaje, donde la autonomía y la creatividad están a la vanguardia de los avances tecnológicos.

Durante el año 2021, a través de los eventos TIC y Educación: retos y oportunidades, promovidos por la Red de Innovación con Uso de TIC de la Secretaría de Educación del departamento de Antioquia, en asociación con la Red de Programas de Ingeniería de Sistemas y Afines, la Corporación Intersoftware y la Red de Media Técnica en Informática de Antioquia, se propiciaron el reconocimiento y la divulgación de una experiencia significativa denominada “Estrategia de interacción

pedagógica presencial y digital para la comprensión lectora de estudiantes con discapacidad intelectual”, desarrollada en el grado tercero de la Institución Educativa Escuela Normal Superior Sagrada Familia de Urrao.

Este estudio se hizo por medio de una investigación cualitativa de la Maestría en Educación del Tecnológico de Antioquia, que buscó analizar los niveles de comprensión lectora en interacción pedagógica presencial y digital con un *software* educativo español gratuito (www.mundoprimaria.com), mediante una estrategia en siete pasos, tomada y validada del portal Colombia Aprende del Ministerio de Educación Nacional; un sitio recomendado que cuenta con buenas prácticas e innovaciones en temas educativos.

En consideración, el uso de las TIC desde una perspectiva metodológica para el aprendizaje adquiere la denominación de Tecnologías del Aprendizaje y el Conocimiento (TAC), según la experiencia significativa que actualmente se divulga con maestros en formación de la Escuela Normal de Urrao y en diferentes eventos académicos en el departamento. Así, articular la didáctica del docente con los estudiantes incide en la práctica del quehacer educativo de la escuela y genera nuevas posibilidades de orientación pedagógica.

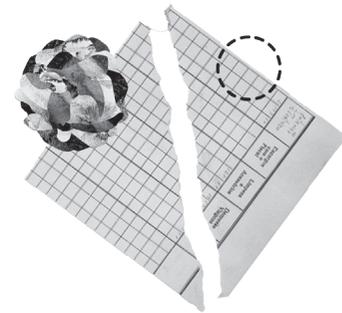
En un proceso de enseñanza para desarrollar niveles de comprensión lectora, las TAC juegan un rol mediador. En

palabras de Hermosa (2015), constituyen un fenómeno de gran trascendencia social, son un medio para potenciar la educación en diferentes capacidades y habilidades para la atención educativa a población con o sin discapacidad, dado que los estudiantes hoy son más sensibles al entorno digital y esto posibilita un mayor grado de interacción pedagógica con dispositivos electrónicos, teléfonos móviles, televisión, videojuegos y uso habitual del internet. En el caso puntual de esta experiencia, se asumen las TAC a partir de la interacción pedagógica digital y presencial, con un *software* educativo para desarrollar procesos en los niveles de comprensión lectora.

La implementación de esta estrategia puesta en el contexto de la inclusión, ha contribuido a la supresión y minimización de barreras para el aprendizaje y la comunicación, a la vez que supone un primer paso hacia la transformación de prácticas educativas en la institución. En una sociedad continua, sujeta al crecimiento y desarrollo, con un sistema educativo que apunta al equipamiento de oportunidades para todos y un avance tecnológico que llega a toda área del quehacer humano, la educación, según Víquez (2009), es punto de partida y llegada de las tecnologías. Sin lugar a dudas, se abre, más que nunca, la posibilidad a la inclusión educativa para personas en situación de discapacidad.

Referencias

- Leadbeater, C. (2008, septiembre 24). *PICNIC08 – We Think: The Power of Mass Creativity*. <https://charlesleadbeater.net/2008/09/picnic08-we-think-the-power-of-mass-creativity/>
- Hermosa, P. (2015). Influencia de las tecnologías de información y comunicación (TIC) en el proceso enseñanza-aprendizaje: una mejora de las competencias digitales. *Revista Científica General José María Córdova*, 13(16), 121-132. <https://doi.org/10.21830/19006586.34>
- Víquez, I. (2009). Las TIC en la educación inclusiva e influencia en el aprendizaje de preescolares. En *Congreso Iberoamericano de Ciencia, Tecnología, Innovación y Educación* (1-15). Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura. <https://cutt.ly/JRMw9Mf>





UNAS VOCES

DE COLORES QUE SURCARON LAS ALTURAS

Sandra Patricia Muñoz Zamora*

* Maestra de la Institución Educativa Rural Roberto López Gómez del municipio de Santo Domingo. Correo electrónico: yireth2003@hotmail.com

Suena el timbre, así que los cuadernos vuelan por el aire y se escuchan gritos de emoción. Todo es bullicio y alboroto, solo se escucha decir: “¡talleres!” Es miércoles y en la Normal Superior de Caldas es día de risas y locura. Los estudiantes corren de un lado a otro en los pasillos. Cualquiera que viera esta escena pensaría que algo raro estaba sucediendo. Sí, tal vez es así. Lo cierto es que todos los miércoles es día de talleres: flauta, tiple, guitarra, piano, coro, danza, porrismo, teatro, manualidades, macramé y dibujo. Un derroche de arte en toda su máxima expresión.

Como hormiguitas laboriosas corríamos de un lado para otro. Cada quien buscaba su lugar de encuentro. Este día también era una oportunidad para reencontrarnos con compañeros de otros grupos, amigos y cómplices de risas y locuras. Los estudiantes no tenían más preocupaciones, pues ya no tenían clase de Matemáticas con Esperanza, ni de Educación Física con Luz Helena, las “cuchillas” del colegio. Así las llamábamos entre nosotros, aunque ellas eran queridas a su manera. En definitiva, estar en talleres era lo mejor de la semana.

Cada quien llegaba a su salón. Doña Irma, la coordinadora de disciplina, tocaba de nuevo el timbre; y comenzaba a fluir el arte en todas sus expresiones. Ella sabía los nombres de los casi mil estudiantes del colegio y nos identificaba a metros de distancia, parecía un robot. Ella era linda y cuidadosa, con cara seria me decía: “¡Muñoz Zamora!, ¿qué hace

por ahí?, ¿no encuentra su salón? Porque si quiere, yo sí la ubico”. Con todo mi desorden y presentación, un poco fuera de los estándares de la moda, pensaba que sería irreconocible, pero no, ella me detectaba.

Siempre llegaba tarde a mi taller porque me quedaba mirando a las porristas, soñaba con tener el abdomen tan plano como ellas. Salía corriendo y llegaba al coro, donde la profe nos recibía con una sonrisa y tocando un piano viejísimo que fue usado por estudiantes desde hace millones de años, pero ella decía que ninguno era como ese. Aquel día, estábamos ensayando la canción *Vivo por ella* de Andrea Bocelli. A veces, doña Irma se paraba al lado de la ventana a escucharnos porque, aunque ella no lo aceptara, lo hacíamos muy bien, pues teníamos una gran maestra. Luego, sonaba otro timbre y cambiábamos de taller. Durante el año, todos debíamos estar en unos cuantos, ya que al término del ciclo escolar debíamos presentar evidencias para que nos dieran el famoso paz y salvo.

Les cuento que tuve varios docentes de música. El salón de coro era pequeño y con pocos estudiantes. También, me la pasaba en tiple y guitarra. Caía bien entre mis profesores, ellos me cubrían la espalda para estar en esos talleres que tanto me gustaban. La profesora de Inglés, quien cantaba como un ruiseñor, cada vez que me veía en los pasillos me daba un fuerte abrazo y me decía: “Algún día grabaremos

un CD de canciones en inglés para niños”, y yo la miraba con duda porque era muy insegura de mi talento. Aún recuerdo su aroma, su sonrisa y sus abrazos. Finalmente, se llegó el día de las audiciones para escoger el vocalista líder y las demás voces que cantarían las canciones. A pesar de todas mis dudas, quedé como voz principal. ¡No lo podía creer! Gracias a mis profesores nació en mí el amor por las artes, la música y todo lo que se relacione con ella. Comenzó el sueño de “Voces de colores”.

Así mismo, la profesora de coro nos enseñó la disciplina que debíamos tener si queríamos cantar bien. Por otro lado, Graciela, la maestra de flauta, era una bomba de notas musicales; cuando llegaba al salón, llegaba la música. La observaba y pensaba que algún día sería como ella, ya que me imaginaba entrando al aula de clases y mis estudiantes gritando de emoción.

La profesora Rocío nos daba clases de enseñanza de música para niños en la escuela, siempre estaba bien vestida, su canción favorita era *Don tomate*. Por otro lado, en clase de guitarra, el profesor Guillermo León siempre nos dejaba con la boca abierta, pues tocaba cuanto instrumento le colocaban, parecía un pulpo. Allí, solíamos cantar *Chiquitita dime por qué*. Él siempre estaba feliz porque íbamos muy adelante en contenidos. Éramos muy dedicadas. ¡Qué tiempos tan espectaculares!

Guillermo nos enseñó a amar la música colombiana, cantábamos con mucho sentimiento temas como *Lloran los guadales*, *Las acacias* y *Pescador, lucero y río*. En aquel tiempo, la música sí era de verdad, él fue quien me impulsó a cantar. Recuerdo que una vez, en un acto cívico, me anunció en medio de todo el colegio. ¡Por Dios, casi me muero! Él no me avisó, simplemente lo hizo. Me paré de la silla y todos gritaban: “¡Sandra, Sandra!” Cuando llegué al atril, él me abrazó y me dijo: “Sandrita Muñoz tienes una voz hermosa. Creo tanto en ti, sé que serás una gran profesora de artística. Hoy vas a brillar”. ¿Quién olvida un profesor así?

A lo lejos estaba Olga Patricia, docente de Inglés. Ella era un postrecito de azúcar, una ternura y una belleza. Me miraba y me sonreía dándome ánimo. Canté la canción *Colores en el viento*, de la banda sonora de Pocahontas. Mientras me presentaba, me imaginaba un montón de niños cantando y yo dirigiéndolos. Ese día empecé a creer en mí, por eso en mi mente nació “Voces de colores”.

Pasaron los años y mi sueño seguía en mente, pero no lograba materializarlo como quería. En la iglesia donde me congregaba logré sacar adelante una chirimía con mis amigos. Luego, creamos un cuarteto y nos invitaban a cantar en otros espacios, pero yo seguía inconforme, algo me faltaba. Llegué a Medellín, pues pasé el concurso docente. Mi primera escuela estaba ubicada en la vereda La Soledad, en el

corregimiento Río Verde de los Montes, Sonsón. Allí empecé entrenando a los niños. Un padre de familia me prestó una guitarra viejita, pero de esas que suenan muy bien. Para iniciar era importante que los niños le tomaran amor a la música y eso se lograba cantando sin parar. Cuando llevaba un buen proceso con ellos, me trasladaron con mi esposo al municipio de Santo Domingo.

En este nuevo lugar me ubicaron en la vereda Guadualejo. Allí había luz, agua potable y televisión. Sentía que estaba más cerca de la ciudad o del pueblo. Con los doce niños que tenía, seguí con mi idea del coro. Al principio no les gustaba mucho, pero al ver que lo hacían bien me siguieron de la cuerda. No obstante, me trasladaron cuando ellos cantaban solitos sin temor ni pena, habíamos hecho nuestro primer baile típico y teníamos el salón lleno de manualidades.

Llegué a la Institución Educativa Rural Pedro Pablo Castriellón del mismo municipio. Tengo recuerdos hermosos del colegio, sus estudiantes y mis compañeros de trabajo. En este lugar pude hacer una selección de voces, así que un día nos lanzamos al estrellato y cantamos en una celebración. Nos fue súper bien, pero tampoco duró porque me trasladaron otra vez.

Finalmente, llegué a la Institución Educativa Rural Roberto López Gómez, en el corregimiento de Versalles, también

en Santo Domingo. Desde que llegué al colegio me propuse sacar el coro adelante. Me motivó que una corporación hiciera una convocatoria para participar en las Olimpiadas Ambientales y esta vez tendrían en cuenta la categoría de solista y coro. Mi esposo, amigos y familia me animaron a presentarme. Entonces, hablé con un amigo músico: Andrés. Le dije que debíamos componer una canción y ensayarla con los niños. Él se rio y me dijo: “Sandra y sus locuras, pero de una, diga para cuándo y listo”. Hicimos audiciones en el colegio, escogimos los niños y compusimos la canción. Él iba casi todos los días para ensayar en las clases. La verdad es que mi objetivo no era ganar, sino que mis niños se sintieran orgullosos de sí mismos. Muchos eran estudiantes que académicamente no rendían mucho, pero en el coro lo hacían muy bien y para mí eso era ganancia.

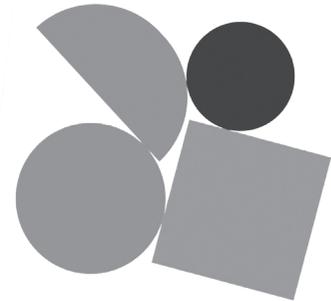
Los padres de familia empezaron a descubrir para qué eran buenos sus hijos. Esto hizo que no los estigmatizaran más en casa. Por mi parte, siempre les decía que estaba bien que fueran los mejores en Lenguaje o Matemáticas, pero que los apoyaran en este sueño. Así fue, los acudientes se convirtieron en columna fundamental dentro de las actividades del coro. Muchas veces sentí desfallecer, fue un tiempo difícil y con personas negativas alrededor, quienes decían apoyarme, pero solo por conveniencia. Durante este proceso, fueron los niños y sus padres de familia quienes me animaban a seguir con este sueño. Valía la pena soportar

lágrimas, desprecios recibidos y malos comentarios. Tal fue el apoyo de los acudientes que don Cleiver, uno de ellos, se unió para ayudarme con toda la parte de la instrumentación. Además, estudiantes de diferentes grados también se ofrecieron a participar. Estaba claro que Dios seguía mostrándome su respaldo y apoyo.

Mis niños ganaron el concurso, no lo podía creer. Ese día me sentí feliz porque veía cómo se abrazaban entre ellos. De igual forma, los padres de familia corrían a felicitar a sus hijos llorando de la emoción. Todos ganaron seguridad, vencieron sus propios miedos y salieron victoriosos. Ese día “Voces de Colores” era invencible. El primer lugar era importante, pero creo firmemente que adquirimos mucho más. Los niños me decían: “Gracias, profe Sandra, por creer en nosotros”. Ya mi trabajo estaba hecho.

Sí, es cierto que seguí escuchando esas voces negativas y llenas de frustración que decían que mis niños eran muy malos en el estudio, pero no quise darles más importancia a esos mensajes, porque nosotros sí éramos felices. Ese día, parada frente a todo ese público, me parecía ver a mis profesores de la Normal Superior con una sonrisa en su rostro, diciéndome lo que siempre me repetían: “Sandrita Muñoz, serás una gran maestra de música”.

Sé que no soy la mejor, pero sí soy buena en lo que hago, porque esto de enseñar es mi pasión. Gracias a Dios por mostrarme mi vocación. Fueron treinta y seis diminutas voces llenas de colores que pintaron todo a su paso. Por ahora, seguiremos cuando podamos encontrarnos de nuevo.





EL CONVITE

COMO ESTRATEGIA PARA FORTALECER LAZOS
ENTRE LA ESCUELA Y LA FAMILIA

Martín Alonso Obregón Rentería*

* Maestro de la Institución Educativa El Guayabo del municipio de Santa Bárbara. Correo electrónico: martinalonzo2025@gmail.com

La vereda El Aporreado está localizada en el municipio de Segovia; su escuela tiene el mismo nombre. Los más antiguos de la vereda mencionan que a todos los que llegaban allí los aporreaba el paludismo. Las personas de este lugar, en su mayoría, son de origen campesino. Son gente trabajadora y tranquila, algunos de ellos dedicados a la minería y otros a labores agrícolas. Por muchos años, la comunidad ha sido víctima del conflicto armado; pero lograron superar estas situaciones dolorosas para sus vidas y familias. Su participación en los procesos institucionales es poca, y es comprensible debido a sus largas jornadas laborales. Es por eso que me he esforzado por implementar estrategias para atenderlos en diferentes días y horarios, especialmente, a la hora de entregar los boletines de calificaciones, con el fin de hacerlos sentir cómodos y bienvenidos.

Los alumnos son de lugares ubicados a ambos lados de los pasos veredales y trochas. Para llegar a la escuela deben levantarse muy temprano y atender a los animales: gallinas, marranos, pollos y vacas. De igual forma, deben ejercer otras labores como moler maíz para las arepas. Es admirable cómo en el campo de nuestra geografía nacional los niños de las zonas rurales aún tienen grandes responsabilidades. Terminadas sus obligaciones, alistan su uniforme, seleccionan los cuadernos que corresponden con el día, toman su desayuno y emprenden su viaje. Un viaje de ida y vuelta.

Durante ese trayecto deben enfrentar algunos apuros, como el estado de las trochas, los caminos, los pasos improvisados y los puentes, sin dejar de lado el clima, que se convierte en un gran protagonista. En verano las mañanas son espectaculares y sublimes, instantes mágicos llenos de colores y sonidos. En el rostro se sienten soplos de brisa capaces de mover las hojas, y la neblina crea diminutas gotas de agua suspendidas en el aire. Meterse en la neblina es como estar dentro de una nube. La verdad es que se siente un fresquito en el corazón. Y en los jardines, briznas de agua menuditas le dan un brillo muy especial a las plantas y flores. Qué decir de los olores, la tierra, el pasto, el chocolate, el café y la arepa recién cocida que me hace evocar el poema *Del trópico* (1900) de Rubén Darío.

No obstante, el medio día en verano es la hora más calurosa, pues, según los científicos, el sol está en lo más alto del firmamento. De modo que si miramos hacia el cielo se observa un sol radiante con pocas sombras que alteren su tránsito normal, provocando que sus rayos calienten mucho más. Entonces, el viento no se siente, el bochorno aumenta y se empieza a perder la concentración de los estudiantes. La mayoría de ellos están en una especie de trance profundo, por lo que las explicaciones se convierten en música relajante con cuenta regresiva hasta que suena el timbre. En invierno las mañanas son frías, con más neblina, la brisa es densa y las lluvias son frecuentes.

Algunos días el sol intenta salir para calentar, pero las nubes lo cubren y se siente un viento frío. Además, hay mañanas frías y soleadas que también son muy hermosas.

A veces, hasta pasado el mediodía, continúa lloviendo y la vía de acceso a la escuela, los caminos veredales y las trochas se llenan de lodo y la maleza molesta al primer roce. En temporada invernal las botas de caucho son tan importantes como los cuadernos. Estas son utilizadas para el desplazamiento entre la escuela y la casa, ya que los zapatos o tenis colegiales se deterioran a causa de la humedad. A pesar de las condiciones que tienen que vivir los niños y las niñas en el día a día, todos comparten los mismos deseos de estudiar y salir adelante, son conscientes de que solo la preparación académica les puede mejorar la calidad de vida. Ahora, me gustaría contar de forma narrativa esta experiencia.

Estamos en verano y en pocos minutos sonará el timbre, me adelanto para recordarles a todos el convite para el día de mañana sábado. Así que les indico que saquen el cuaderno de comunicaciones y escriban la siguiente nota: “Queridos padres de familia, recuerden que mañana es el convite para el arreglo de la entrada principal de la escuela, tal como se los comuniqué en la reunión realizada en la entrega de calificaciones del segundo periodo”. Termino la jornada y algunos no alcanzaron a copiar, pero menos mal ya les había avisado a todos con anterioridad.

Los convites constituyen una de las tradiciones más populares de los municipios de Antioquia, donde la comunidad se reúne para mejorar un camino o vía de acceso, construir una ramada a un vecino, mejorar el acueducto veredal a través de acciones de mantenimiento, entre otras múltiples actividades, las cuales fortalecen el trabajo comunitario.

Suena el timbre y comienza la media hora de más movimiento. Todos están entusiasmados por volver a sus hogares, el calor los abrasa y como precaución, en medio de tanta algarabía, debo ubicarme en la entrada principal e indicarles que salgan de a uno y despacio porque el camino está poco transitable. Durante las vacaciones creció mucha maleza, las ramas de los árboles se alargaron y el agua de lluvia dejó algunos huecos y destapó piedras.

Aún quedan en el patio algunos estudiantes, unos dándole los últimos toques al balón, otros se mueven por el corredor serpenteando y los demás están en la tienda comprando la bolsa de agua o llenando sus termos en el grifo. De pronto se empieza a nublar el lugar.

- ¡Vámonos ya para la casa que va llover!
- ¡No, profe! Así fue ayer y antes hizo más calor.

Y caen unas gotas gigantes de agua lluvia, pero ellos tienen toda la razón, estas no alcanzan ni siquiera a rozar el

suelo y el calor se vuelve aún más abrasador. Mis labores educativas continúan, ya que debo organizar todo lo que se necesitará para el convite. Estoy un poco nervioso de que no se presente nadie mañana.

Será sábado y es el día de más movimiento en la vereda y el pueblo. Tarde me desplazo para mi casa a descansar, consciente de que el día de mañana será muy importante. Muy temprano, llegué a la escuela para hacer un inventario de las herramientas que necesitaríamos para arreglar la entrada de la escuela; además, revisé los ingredientes para la preparación del sancocho, la sobremesa y el café de la mañana. ¡Este sería un día excelente!

La primera en llegar, bien temprano en la mañana, es Doña Marta, madre cabeza de familia, muy trabajadora, a quien se le nota en su rostro su cansancio físico y emocional. Doña Marta, al igual que muchas madres que viven en esta vereda, responde por las necesidades económicas en su hogar, las tareas de sus hijos y demás responsabilidades. Pero una de las mayores pasiones de ella es alimentar cada día a los niños y las niñas de la escuela, sirviéndoles buenas comidas. Es admirable su sacrificio y trabajo arduo, porque al terminar la jornada esta hermosa mujer se dedica a la minería. Es una de las muchas “chatarreras” que encontramos en los municipios mineros. Hace algunos días tuve curiosidad por saber en qué consiste su tra-

bajo y me explicó que ella y otras mujeres se ubican a las afueras de las minas con sus implementos y herramientas: el balde, la batea, la pala y el costal. Allí, seleccionan pedazos de rocas que los mineros amontonan, luego las lavan, muelen y cuellan, separando pequeños fragmentos de mineral que son llevados a los entables donde termina el proceso, extrayendo unos cuantos granos de oro.

Ella es quien, al terminar el convite, preparará el sancocho para los comensales. Más tarde llegan los padres: Raúl, Julián, Darío, Jhon Jairo e Iván, barequeros de profesión, quienes se dedican al lavado de arena de forma manual para desenterrar pequeños fragmentos de mineral y extraerles unos cuantos granos de oro. Ellos trabajan de sol a sol en estrechos socavones en medio de grandes cantidades de barro. Y por último llega Doña Amilbia, una gran lideresa y gestora social, perteneciente a la Acción Comunal, de quien he recibido siempre un gran apoyo. Reconozco que estaba muy nervioso de que no pudieran llegar algunos padres o madres, pero, finalmente, muchos empezaron a arribar de los diferentes lugares de origen. Estaban preparados para lo que sería un gran convite para mejorar la movilidad de los estudiantes a la entrada de la escuela y sus alrededores.

Reúno a los padres y madres en uno de los salones y les explico que las labores que realizaremos consisten en retirar piedras, hacer limpieza de la maleza y cortar las ra-

mas largas de los árboles que afectan la movilidad de los estudiantes. El sitio que se va intervenir es el camino de acceso a la escuela, el cual se ha convertido en un peligro para la movilidad de ellos. Las herramientas que utilizaremos son machetes (para retirar maleza y cortar ramas) y picos (para mover piedras y colocarlas al lado del camino). También, usaremos palas y azadones para aplanar un poco la tierra y dejar el espacio transitable.

Iniciamos entonces la recuperación del camino para ingresar a la escuela. Entre pico y pala llegaron las preguntas sobre mi lugar de origen y sobre cómo me he sentido en el municipio. Respondí dando mis más sinceros agradecimientos por su calidez y acompañamiento en los procesos académicos y comportamentales. Además, les conté la historia relacionada con mi formación y vinculación a la carrera docente, cómo fue el camino para ubicarme en Segovia y las expectativas que me surgieron al llegar, entre muchas otras cosas. Terminé reiterando la importancia del acompañamiento escolar para mejorar los procesos académicos y comportamentales.

Un padre dijo: “Profe, es muy difícil para mí y mi señora ayudar a los niños con las tareas, no me siento con los conocimientos necesarios, solo hice hasta quinto de primaria y hoy en día les enseñan más cosas a los niños”. Así que repliqué: “El acompañamiento para sus hijos debe basar-

se en presencia, interés y motivación, sin dejar de lado lo afectivo. No podemos dejarlos solos, debemos preocuparnos por ellos, preguntarles por las tareas. Algunos niños o niñas finalizan la jornada y no alcanzan a copiar la tarea, pero es la misma que está en la cartilla. Al otro día se presentan sin realizarla, hay tareas que deben hacerse en la casa para fortalecer más sus aprendizajes”. Continúa el padre: “Sí, profe, la enseñanza ahora es mejor, aunque ustedes hacen más esfuerzo ahora que antes. Algunos estudiantes son tranquilos y necesitan más trabajo en el salón y tareas para la casa; por ejemplo, mi hijo Brayan es tan inteligente como su hermana, pero ella tiene mejores notas. ¿Es normal esto?, ¿será porque los niños son más relajados que las niñas? Yo creo que la niña pone más atención que Brayan, a veces él se despista mucho. El deber de nosotros es apoyar a los maestros, ayudar a nuestros hijos con las tareas, vigilar su comportamiento y acudir a los llamados de atención que a veces nos hacen. Además, debemos enseñar a nuestros hijos a respetar a los profesores y compañeros. Profe, ustedes tienen muchas responsabilidades con los estudiantes, como estar pendientes de que lleguen a clase a tiempo, con el uniforme limpio, los cuadernos según horario y los útiles escolares necesarios”.

Después de escucharlo, terminé expresándole la gran responsabilidad que tengo con los niños y niñas durante la jornada escolar, a veces, hasta por fuera de ella; pero que

tuvieran presente que su compromiso como padres, madres y acudientes inicia cuando finaliza la jornada y están en los hogares. El acompañamiento escolar es fundamental. Por eso, les propongo que participen más en los procesos escolares de los acudidos, ya que, si los niños y niñas se sienten acompañados, ellos sabrán que se preocupan por ellos y los logros académicos serán más rápidos y eficaces. Menciono, además, que siempre tengan una actitud positiva que los motive, sin dejar de lado lo afectivo, pues no deben olvidar que todos los niños aprenden de forma diferente y no tienen la misma capacidad de atención. De igual forma, explico que deben tener mucha paciencia cuando les explican una tarea, algunos necesitan más indicaciones que otros y se desconcentran con más facilidad. Si a veces llegan a sus hogares callados, tristes y enojados, antes de cuestionarlos deben pensar cómo se sienten ustedes, como padres, al final de un largo y duro día de trabajo en la mina. La escuela se siente igual para algunos estudiantes.

El objetivo del convite era mejorar la vía de acceso a la institución y lo cumplimos. Sentíamos gran preocupación por los niños y niñas con su desplazamiento al salir y entrar al colegio. Además, este convite permitió crear una atmósfera cálida, en la que nos sintiéramos cómodos y a gusto, porque una buena relación entre comunidad y escuela fortalece el desarrollo integral de los niños y niñas. Dialogar con ellos sobre aspectos de sus hijos e hijas me

permitió conocerlos mejor y priorizar lo que realmente es importante para ellos. Les recordé que son bienvenidos porque las escuelas son lugares de paz y participación, donde se intercambian saberes y experiencias que ayudan a transformar procesos escolares. Ya marcaban las doce en el reloj, era hora del almuerzo. Así que los invité a saborear un delicioso sancocho hecho por doña Marta.

Agradezco a los padres de familia de la vereda El Aporeado de Segovia por su gran preocupación por mejorar la calidad de vida de sus hijos e hijas. Recuerdo con mucho cariño a todos en aquella vereda. Más que padres, madres y acudientes; eran mis amigos. Cuando me marché, me fui con sentimientos encontrados. Por una parte, sentí mucha tristeza por no volver a ver a todos los integrantes de la comunidad, personas muy queridas y especiales. Por otro lado, siento un gran alivio, puesto que aporté mi granito de arena, cumpliendo con la misión que me fue encomendada: fortalecer en los estudiantes su proyecto de vida a través de un compromiso férreo por mejorar sus aprendizajes y convivencia.

Este convite, en particular, integró una comunidad alrededor de una necesidad en común que no necesitó de muchos recursos económicos, solo de la voluntad y el deseo de hacer algo. Al año siguiente me trasladaron para el municipio de Santa Bárbara.



CRÓNICAS

DE UN MAESTRO

Frank Alexander Parra Sánchez*

* Maestro de la Institución Educativa Benjamín Correa Álvarez del municipio de Titiribí. Correo electrónico: frank.parra@udea.edu.co

Un día, una estudiante me preguntó, con un tono casi despectivo: “¿Profe, usted por qué eligió esta carrera?” No recuerdo qué le contesté en aquel momento, pero tal pregunta me hizo dar un viaje al pasado.

Tenía solo cuatro años cuando mi primera maestra me inició en el maravilloso mundo de las letras, los cuentos de hadas y la magia de los números. Digo maestra, aunque ella no tenía un título universitario ni podía ostentar una especialización que la acreditara ante la sociedad para trabajar en una escuela; pero poseía la vocación y la ilusión de poder contribuir, al menos un poco, al mejoramiento de una sociedad en crisis. Es así como decidió reunir a un grupo de niños para fomentar el interés por la lectura y el estudio, alejándolos de los malos caminos que pudiesen elegir en las calles. Mi hermana mayor me hizo una pequeña talega con un retazo de tela que pudo salvar de una colcha vieja. De esta manera fui a mi primer día de clases con una alegría infantil que, a duras penas, logro recordar.

Cada uno de nosotros debía llevar la silla para podernos sentar (la cual también construyó mi hermana), puesto que el aula de clase era el patio de su casa y el tablero una enorme tabla que colgaba en una de las paredes. Sin embargo, la humildad del escenario no impidió que la “profe” nos hiciera viajar por mundos fantásticos lle-

nos de príncipes, monstruos, reinos, castillos, sapos encantados, princesas y “fueron felices para siempre”.

Allí construí mis primeras palabras y leí el primer libro, puesto que a la edad de seis años ya hilaba torpemente algunos versos. Sumaba cada logro y restaba la posibilidad de caer en la ignorancia, multiplicando el deseo de aprender.

Recuerdo una vez que, en agradecimiento, le dije a mi maestra: “Profe, yo quiero ser como usted porque quiero enseñarles a los niños que no pueden ir a la escuela”. Ella sonrió suavemente y me dijo, “Serás mejor que yo. Irás a una escuela de verdad y luego a la universidad”.

Ese día llegó. Cuando fui a la escuela por primera vez, los maestros notaron tal adelanto en mí que me promovieron dos grados, debido a mi fluidez en la lectura y la escritura. Además, realizaba las operaciones matemáticas básicas con facilidad. Ese día, ante el asombro de los profesores por mis capacidades a tan temprana edad, me regalaron mi primer libro darse cuenta de mi gran afición por la lectura. Llegué a casa feliz. Fui corriendo hacia la “profe” para mostrarle el libro y agradecerle por lo que había hecho por mí. Todo hasta entonces era lo que había soñado.

Pero la violencia azota y destruye vidas. Dejé la escuela. Me despedí tristemente de la “profe” y le aseguré

que volvería. Sentí la tristeza en sus ojos, no sé si por mi partida o por la impotencia al no tener una participación significativa ante los problemas sociales que acontecían en la época. La guerra destruye, consume los sueños y mutila las esperanzas.

Fue muy difícil hacer amigos en aquel pueblo alejado de la ciudad. Mi padre había optado por llevarnos a ese lugar, puesto que así podía protegernos de la violencia que azotaba a la capital. En la escuela quería encontrar en las otras profesoras algo de la “profe”, al menos su dulzura. Sin embargo, la maestra Estela tenía un genio que podía cortar la leche con solo tocarla. Llegué a temerle tanto que temblaba cuando me dirigía la palabra. Sentía que no me quería, incluso, a veces me ridiculizaba delante de mis compañeros ante cualquier oportunidad. Un día, no recuerdo por qué, me dio un pellizco que me dejó la marca de las uñas en mi brazo. ¡Cómo extrañaba a la “profe”!

Ya en mi adolescencia, cada vez que veía a mis profesores del colegio con su vida tranquila, tomando tinto y fumando cigarrillo en los descansos, sin preocupaciones (aparentemente), me decía a mí mismo que mi profesión sería la de ser maestro. A veces hasta pensaba que no poseían ninguna condición humana, ya que las preocupaciones son características típicas del ser

humano. En ese momento quería estudiar Licenciatura en Español y Literatura. Sin embargo, fue el profesor Efraín quien, con su manera diferente de enseñar matemáticas, despertó en mí el interés por ellas. Cada clase era un reto, nos enfrentábamos a diferentes situaciones que nos “rompían el coco”, reducíamos una expresión matemática hasta sacarle verdades y hallábamos el límite de la paciencia de la profe de Sociales cuando la pereza de mis compañeros tendía al infinito.

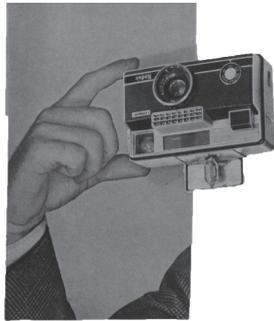
Mi madre siempre me había dicho que soñaba con verme en la universidad y planeaba el día en el que entrara en ella por primera vez. Siempre me decía que no importaba cómo, me iba a pagar la universidad, así le tocara doblar las jornadas de trabajo para conseguirlo. Después de graduarme del colegio debí laborar para sostenerla, debido a que ella no tenía fuerzas. Sin embargo, después de ocho años de haberme graduado y trabajar en muchos oficios, le di la noticia de que había pasado a la universidad.

¿Por qué elegí esta carrera?, ¿acaso estamos predeterminados en nuestras vidas y todos los acontecimientos nos conducen inevitablemente a nuestro destino?, ¿vale la pena luchar por cambiar lo que no parece tener solución?, ¿cómo o por dónde empezar? Tal vez no tengamos la respuesta en estos momentos, si es que algún

día la hallamos. Solo sé que estoy aquí y que mis estudiantes ven en esta profesión una forma de “fracaso social” por no ofrecer garantías económicas.

¿Cómo responderle a mi estudiante sin contarle la historia de mi vida y que ponga en buena estima la labor del maestro? Quizá, basta con empezar planteando pequeñas tareas y hacer la diferencia como lo hizo alguna vez la “profe”, a quien no pude volver a ver; salvar al menos una vida de los problemas que acarrea la sociedad: una sociedad en la que a veces somos héroes y en otras pareciera que somos villanos.





UNA MIRADA

A LA EDUCACIÓN DESDE OTRA PROFESIÓN

Diana Yojaida Pedroza Molina*

* Maestra de la Institución Educativa Arturo Velásquez Ortiz del municipio de Santa Fe de Antioquia. Correo electrónico: dianitamolina2819@gmail.com

Para comenzar, debo decir que emprendí trabajando con docentes, en el mundo de lo digital y poniéndole buena cara a todas las necesidades que me encontraba en el camino. Sin embargo, uno no sabe del duro caminar de un profesional de la educación hasta que lo vive en carne propia.

Mi primera visita como gestora de un programa digital para la formación de docentes fue al municipio de El Carmen de Viboral, en donde conocí varios corregimientos, pero ninguno me impactó tanto como la vereda El Brasil. Para llegar tuve que arrastrarme, reconocer mi incapacidad de comunicarme con un vacuno (ya que a la entrada de la escuelita había una vaca que no me permitía acceder a la institución), y mi carencia como ser humano para soportar la soledad que vivía la profe en los momentos en que no había alumnos. Aunque la docente no tenía ni idea de lo que yo hablaba, la mayoría del tiempo me mostraba buena cara y daba toda su disposición para el trabajo.



Maestros como ella, los cuales conocí en mis viajes, me hicieron pensar que el lugar del docente, aunque muy sacrificado, llena de gratificación a las personas que lo encarnan; y que no se trata de una gratificación monetaria, sino de una que enaltece el espíritu, llenándolo de retos e implicaciones éticas con la sociedad.

Eso, además de la larga tradición familiar con la que cuento, me hizo soñar con la unión de mi profesión: el trabajo social, que es el directo llamado a pensar la cuestión social con la pedagogía, que es la directa implicada en hacer que los ciudadanos se cuestionen el devenir histórico de su país y los riesgos que implica repetir la historia. Con esa consigna en mente realicé el concurso docente, sin muchas esperanzas de pasarlo, pero con el deseo enorme de intentarlo y no quedarme con las ganas.

Para ese tiempo, yo había ingresado a laborar en un hogar de paso para jóvenes con diagnóstico dual que habían estado en condición de calle. Allí me di cuenta de la ineficacia del sistema para mantener estos programas, de cómo la empresa privada hace que estos procesos sean, en ciertos casos, lesivos para las familias y para los mismos muchachos.

Además, comencé a pensar que como trabajadora social que soy no estaba haciendo las preguntas indicadas para que el sistema mejorara. No solo por mi situación de empleada,

sino también por las taras que ha creado la ley en cuanto al ejercicio parental, y también en cuanto a las posibilidades consideradas para estos jóvenes, los cuales podrían o no estar limitados a la institucionalización y a los ambientes controlados generados por la misma; donde eso de ser ciudadanos queda a un lado y se deja la reflexión de los proyectos de vida en manos de los profesionales que los intervienen.

Poco después me di cuenta de que había pasado el concurso docente, lo que me llenó de muchas preguntas acerca de mi capacidad, de adquirir una nueva identidad y del adecuado tratamiento a las familias, que finalmente son de vital importancia para la práctica docente. Tenía muchas expectativas sobre el lugar del que harían parte mis alumnos y sobre cómo serían sus consideraciones frente a un docente de Ciencias Sociales, porque por ese tiempo actores ajenos a la escuela decidían que el profesor de Sociales “se abriera del parche”. A pesar de eso, me dije a mí misma que luego de haber recorrido todo este camino no podía darme por vencida sin intentarlo.

En la audiencia, todo el mundo había estudiado todas las zonas de Antioquia, y yo solo miraba a los lados en busca de alguna iluminación divina que no me enviara a un lugar muy lejano, sin luz, sin agua, sin gente o sin transporte; por lo que cuando mencionaron el municipio de Cañasgordas, donde mi padre comenzó su práctica docente en Antioquia, acep-

té sin meditar mucho la situación. Fui asignada a un lugar llamado Juntas de Uramita, el cual contaba con una página web donde pude observar el colegio, y parecía agradable.

Resulta que cuando llegué a Cañasgordas nos recibió el secretario de Educación Municipal y me dijo que Juntas quedaba un poco más lejos. Aunque la gente tenía una imagen cimentada en el pasado violento de este corregimiento, la población se caracterizaba por ser tranquila, y el lugar por ser un buen vivero.

Aquellas palabras no causaron preocupación en mí, pero en mi padre tuvieron gran efecto y causaron enorme preocupación. Aún más cuando supimos que el único bus que entraba a Juntas era el bus de Peque, y que solo lo hacía dos veces al día. Pero nada podía detener mi buen ánimo; aunque la primera vez que entré al corregimiento no llegué hasta el caserío porque el bus se varó a mitad de camino.

Cuando finalmente fui llamada a firmar la resolución para iniciar mi tarea, llegué a Juntas de Uramita decidida a que los jóvenes que yo iba educar adquirieran un pensamiento crítico y entendieran el importante rol de la educación en la sociedad actual. Sin embargo, para mi sorpresa, el trabajo del docente no solo está puesto en el camino del saber. En ocasiones es más importante escuchar y tener diálogos abiertos con la población.

En Juntas, como algunos de mis alumnos me dijeron una vez, “entré quedando” porque mi antecesor había permanecido durante nueve años en la población y era enfermero, docente, amigo y mecenas de muchas personas del pueblo. Así, aunque en un principio no fui muy bien acogida por los padres de familia, con el tiempo, con mucha paciencia y amor, mi posición dentro de la comunidad fue cambiando, y ya no solo los alumnos me reconocían como digna de confianza, sino también los padres y las madres de familia.

En la actualidad, estar en la Institución Educativa Arturo Velásquez Ortiz es todo un reto. Mi perseverancia es más grande que los desafíos del contexto, y espero poder generar buenas prácticas en mi labor docente, innovando a fin de generar experiencias significativas. Además, conservo la firme convicción de que en la formación docente está la clave del éxito; pero no solo en la escolar, sino también en la formación de valores, que debe ser prioritaria a la hora de tratar con los alumnos, los cuales deben ser comprendidos como parte de un sistema fundador de la sociedad (es decir la familia) y del reflejo de lo que allí acontece.





AVIZORANDO

NUEVOS HORIZONTES

Kelly Andrea Peña López*

* Maestra de la Institución Educativa San Luis, sede San Vicente, municipio de Yarumal. Correo electrónico: Andrea.penalopez@gmail.com

Enseñar no es transferir el conocimiento, sino crear las posibilidades para su propia posibilidad o construcción.

Paulo Freire

Con gran regocijo me preparaba para ser maestra a mis dieciocho años en la Normal, siendo esta la institución que con gran convicción y amor forjó en mí los elementos necesarios para desempeñar mi labor con esmero, responsabilidad y servicio a quienes aguardan en el aula, a esos estudiantes que, expectantes a un tablero, desean aprender y adquirir de mí las bases que les proporcionan la sabiduría y el conocimiento. Después de este valioso camino de formación, con tan solo veintitrés años me unía como maestra vinculada al magisterio antioqueño: una de las grandes metas que alcanzaba y que daba comienzo a gestar en mi ser nuevos universos y experiencias reveladoras y gratificantes, que me permitirían reconocer territorios, mentes curiosas, palabras firmes que iban tejiendo historia arraigada al campo, a sus hogares, al contexto rural que alberga tanta sabiduría y amor por la tierra.

Habité aquellas carreteras estrechas que abrían paso a la vista romántica y apacible del paisaje, en el cual cada mañana era testigo de esos miedos que yo contemplaba con zozobra, ante el posible riesgo de no llegar a mi escuela. Debía transitar caminos con enormes piedras que nos salían al paso, derrumbes, barro y ríos que mojaban mi ventana. Salían a flote mis temores e incertidumbre, pero este

lugar estaba lleno de naturaleza, de humanidad y de manos campesinas que desafiaban el suelo árido, el pantano resbaladizo y el clima, para reencontrarse con ese otro que llegaba, con la nueva profe: conmigo.

Poco a poco, me acostumbraba a la tierra mojada, que se adhería a mis zapatos, luego al amanecer con el canto de los pájaros, a las majestuosas montañas bañadas por el río, al croar de las ranas y al resonar de los motores, que luchaban con los senderos que se imponían frente a un territorio de historias y de tradición; pero que, finalmente, nos permitirían arribar a ellos, al encuentro de esa escuela que me esperaba, ese lugar que tomaría sentido en el compromiso de mi deber de formar, educar, soñar, compartir, enseñar y, lo más importante, aprender de mi labor como maestra.

Estas experiencias tan reveladoras y gratificantes me permitieron reconocer otros territorios, sus intereses y contextos transitados, que me interpelaron, que me llevaron a reflexionar sobre cómo nutrir esas voces y relatos de los niños para que lograran traspasar las cuatro paredes del aula de clase y gestar el encuentro a nuevos mundos donde fueran protagonistas los libros, la imaginación, la lectura de sus raíces, la lectura del otro que converge en su entorno; motivando a dar vida a sus memorias y relatos para construir identidad.

Es justamente esta labor tanpreciada de enseñar la que me ha movilizado y cuestionado a partir de esas realidades latentes que convergen en nuestras aulas, donde cada experiencia toma sentido para replantear una vez más nuestro papel en la escuela. Y es esta contingencia a nivel mundial la cual dio y sigue dando lugar a vertiginosos cambios en los modos de vida de las personas, por los que se han visto afectadas las dinámicas mediadas por la presencia y el contacto con el otro, los que dan pie a profundas reflexiones frente al quehacer pedagógico para enfrentar los nuevos retos que atraviesa este transitar educativo.

Preciso en este momento llegó a mis manos la obra *Intermitencias de la muerte*, de José Saramago, y encontré en sus letras una muerte suspendida, una muerte que se vincula con el mismo impacto que nos genera la pandemia: una humanidad aplazada, caos, aulas vacías, interpelarnos por el nuevo acontecimiento al cual nos vemos abocados, vislumbrando de qué manera continuaría nuestra realidad suspendida, en la que yo, estando reducida a filosofarla al interior de enormes paredes, pensaba en el porvenir de la escuela, en la alteración que implicaba el cierre del mundo exterior, el cierre de las aulas, de las voces que orientan, el cierre de las miradas y el contacto tangible.

¿Qué hacer entonces ante un cambio repentino que aparece de la nada y nos obliga a replantear que lo imposible tie-

ne cabida en el mundo?, ¿cómo enfrentarlo?, ¿o es quizá la fuerza que nos convoca a actuar frente a la eventualidad? No obstante, podría decir que el cambio toma otros sentidos que visionan un resurgimiento, beneficio, objetividad, reflexión y mediación de lo que acontece; como lo confirma Nietzsche al poner en tela de juicio los significados que les damos a las palabras, que son “solo metáforas de las cosas, que no corresponden en absoluto a las esencias primitivas” (p.5).

De este modo, el aspecto semántico se ve mediado no solo por el lenguaje, sino también por lo que ya está interiorizado en el mismo ser humano. Bajo esta premisa se advierte, entonces, cómo las palabras son cambiantes, jerárquicas, inestables frente a una realidad que se degrada ante un cambio súbito que no se aguarda: el fin de la muerte para Saramago y el riesgo cercano a la misma que nos trae la pandemia.

Se gestan nuevas miradas y percepciones del mundo que obligan a repensar los cimientos de las experiencias y el juicio. Es por ello que se hace necesario recurrir al silencio resignado de la guadaña de Saramago, esa compañía ausente, pero firme, que se manifiesta para tantear las otras posibilidades que evoca el acontecimiento. Aquí, La protagonista de la obra, “envuelta en su sábana, con la capucha hacia atrás para desahogar la visión, [...] se sentó a trabajar. Escribió, escribió, pasaron las horas y ella seguía escri-

biendo, y eran las cartas, y eran los sobres, y era doblarlas y era cerrarlas” (p.184).

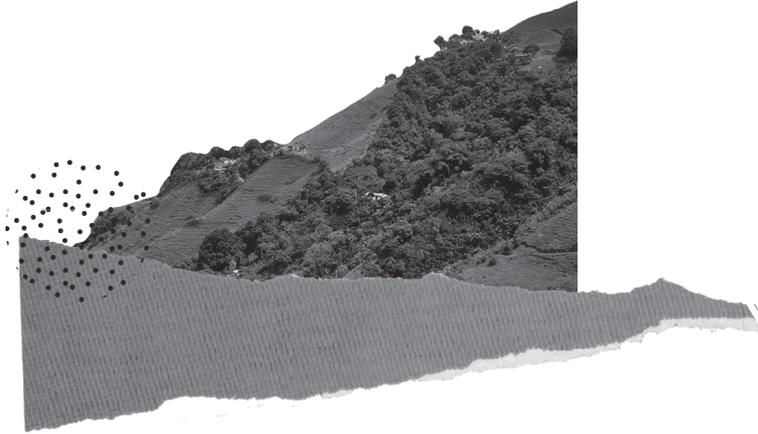
Yo estaba igual que ella, sin advertir el inimaginable abanico de oportunidades, envuelta en mi sábana cumpliendo con un deber, acompañada de una visión sesgada, que creía legítima y única en mi labor como maestra. Ya en ese momento la pandemia perturbaba nuestra zona de confort y nos instalaba bajo la arena del debate para trastocar otras realidades que ignorábamos, y empezar a escudriñar horizontes que veíamos tan distantes y complejos.

A la vez, Saramago hace alusión a una pequeña puerta perdida en la oscuridad, una que la muerte siempre tuvo disponible; pero prescindía de ella. Un lugar que va en consonancia con aquella ruta que yo también ignoraba, pero que a partir de esta contingencia que nos aqueja me concede por primera vez levantar la mirada y emprender otros caminos. Esa puerta pequeña, que decide abrir para que pueda entrar la muerte y convertirse en mujer y humana, es la misma puerta que suscita dimensionar otros universos, que agita la palabra y el raciocinio, dando lugar a considerar, implementar y renovar las estrategias que dan sentido al quehacer en el aula.

Esta lectura gestó en mí una nueva mujer, una nueva

maestra que tenía en la memoria las maravillosas peripecias y experiencias con las cuales iniciaba esta grata labor, y que a pesar de los temores y las dificultades que encontraba en este camino, gracias a las aulas y a los niños ganó la motivación para continuar construyendo saberes y aprendizajes. En definitiva, ante la trascendental tarea que enfrenté y sigo enfrentando en este ejercicio de enseñanza, me es preciso interrogarme por el papel de maestra en la escuela, por lo que realmente es primordial y fundamental para ofrecerles a mis estudiantes.

Percibo con mayor sensatez las necesidades y dinámicas que se presentan desde las diversas realidades y contextos en los que ellos se ven inmersos, donde será fundamental la actitud y la sumatoria de acciones para enfocar la educación desde otras metodologías. Es necesario mirar al otro desde lo humano, desde lo sensible, darle otro sentido a la vida, abrir la mente y agazapar lo nuevo, con la misma decisión con que la muerte de Saramago abraza al hombre y siente que el sueño le baja suavemente sus párpados. Que sea esa misma sensación, entonces, la que nos acoja para que al día siguiente surjan flamantes ideas que construyan nuevos significados del sentido de la vida y un auténtico acto de renovación en el quehacer pedagógico desde todas sus dimensiones.



Referencias

Friedrich, N. (1873). *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. <https://cutt.ly/UTcRBwr>

Saramago, J. (2006). *Las intermitencias de la muerte*. Editorial Penguin Random House.



LEER EN LA ESCUELA

José Ignacio Quintero*

* Maestro de la Institución Educativa Agrícola Víctor Manuel Orozco del municipio de Támesis. Correo electrónico: jose78061@hotmail.com

¿Para qué leer?, ¿cómo leer?, ¿cuándo leer?, ¿qué leer?, ¿por qué leer?, ¿y si no leo qué pasa? Han sido estas las preguntas que durante todo este tiempo he tratado de motivar e incentivar en mis estudiantes sobre esas prácticas de lectura que deberían estar sumergidas al interior del aula (cuando hablo de aula me refiero a todo aquello que es iluminado por el sol). Entrar al aula y llevar en la mano un libro que por primera vez ingresa a ese espacio íntimo donde se tejen un sinnúmero de relaciones, sueños, rabias, incertidumbres, desafíos, alegrías, miedos y esperanza genera el asombro más grande que puede tener un estudiante. Cuántas preguntas se podrá formar en su universo: ¿de que tratará ese libro?, ¿por qué lo habrá traído el profe?, ¿será aburrido?, ¿otra vez leer?

Pero, antes de ingresar el libro al aula, el profe se pregunta: ¿por qué no les gusta leer a los estudiantes?, ¿por qué no comprenden lo que leen?, ¿por qué les aburre la lectura?, ¿por qué no saben leer bien? He intentado dar respuesta a estas preguntas y una de las posibles respuestas son otras preguntas: ¿qué propuestas de lectura llevamos al aula?, ¿cómo impregnar al estudiante de ese amor y pasión por la lectura?, ¿cómo transformar la escuela en una comunidad de lectores que se acerquen a la lectura de una manera más afable?, ¿cómo hacer de la lectura algo más cercano para el estudiante y para el profe?

Es ahí donde ingresa el libro al aula, acompañado de una propuesta que articula la lectura como una práctica que es progresiva, secuencial y permanente. La “Leoteca”, una biblioteca que se instaure al interior del aula de clase, está ahí de manera permanente y tiene diversas tipologías textuales para ser disfrutadas en cualquier momento, lo que permite la cercanía del estudiante y el profe con la cultura escrita; así como la lectura situada, contextualizada y motivada.

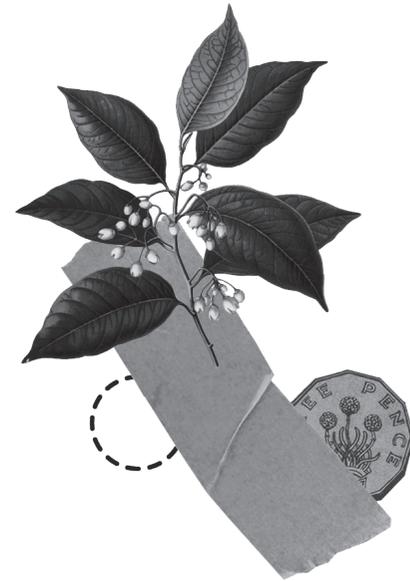
La “Leoteca” se va nutriendo con libros que los estudiantes y el profe van consiguiendo paulatinamente; que pueden ser donados, comprados, prestados o intercambiados. Desde esta estrategia se recomiendan y se proponen obras para ser leídas de manera grupal, en comunidad, de manera individual o en compañía de la familia. Ya se ha tenido la maravillosa experiencia de disfrutar la lectura de libros que han sido detonantes para desencadenar motivación, creatividad, curiosidad y disfrute en los niños y las niñas. Textos como *Solomán*, *Solomán Dos*, *El lugar más bonito del mundo*, *Las hadas brillan en la oscuridad*, *Tortuguita se perdió*, *El misterio del pollo en la batea*, *Amigo se escribe con H* y *Un cocodrilo bajo la cama*; con su singularidad han ingresado y permeado el alma de cada niño para transformarla en múltiples mundos imaginados.

Obras que hemos gozado desde la primera hoja hasta la última, las hemos disfrutado, recreado, reconstruido y narrado; desde el poder de la lectura en voz alta, la lectura a varias voces, la lectura silenciosa, la lectura guiada, la lectura de palabras perdidas y la lectura gratuita. Además, nos hemos permitido recrearlas para formar paredes letradas que posibilitan otras formas de leer para aquellos estudiantes que presentan dificultades con el código escrito; y, de esta manera, todos pueden disfrutar de la lectura desde las imágenes construidas por ellos mismos o por sus compañeros de clase.

El libro llega al aula para quedarse, para ser la compañía ideal para los estudiantes, para el profe y para todo aquel que llega y que por múltiples razones se contagia de las buenas lecturas y las bonitas historias que existen y se ven al pasar cada hoja, cada renglón y cada palabra que está escrita y deja huella en el espíritu del lector. La “Leoteca” es, pues, ese pretexto que como profe tengo en el aula para que los estudiantes miren el mundo con otros ojos, para que la lectura se convierta en cómplice de nuevos pensamientos, nuevos aprendizajes, nuevas formas de alzar la voz.

El libro y la lectura han llegado para quedarse en la retina, en el cerebro, en el alma, en la piel de cada estudiante que pasa su mirada en cada grafía, en cada sím-

bolo, en cada imagen, en cada sonido. Ver el rostro, ver la expresión de cada estudiante cuando lee un libro que lo cautiva, que lo atrapa, que lo moviliza a otros pensamientos es uno de los mejores momentos que impactan el deber ser de la escuela. ¡Que los niños sean felices!





SOBRE LAS

**MARCAS SENSIBLES EN LA MEMORIA
(APUNTES PARA RESPONDER PREGUNTAS)**

Ana Lucía Quintero Rendón*

* Maestra de la Institución Educativa Rural La Aurora, sede Coronel José Domingo Gallo, municipio de El Carmen de Viboral.
Correo electrónico: anaquinterore@gmail.com

Esta aventura pedagógica inicia en 2009, cuando se abre convocatoria pública por la Comisión Nacional del Servicio Civil. Con mi título de normalista superior decido presentarme a las plazas docentes disponibles en la ciudad de Medellín. Estaba muy asustada frente a ese montón de hojas para responder, y el tiempo corría en mi contra al detenerme para pensar tanto las respuestas. Al final, al leer los resultados, no había pasado. No recuerdo bien el puntaje de aquel entonces, pero la diferencia con los famosos sesenta puntos era irrisoria. Me sentí fracasada en mi camino por la educación pública. Sin embargo, después de varios días sintiendo gran nostalgia por ello, la convocatoria para concurso docente vuelve y me seduce.

Para este segundo momento ya me encontraba decidida. Estaba terminando mi licenciatura en Educación Preescolar en la Universidad San Buenaventura, sede Medellín, y quería llegar con mi título profesional a una escuela rural en el departamento de Antioquia.

¿Cómo llegué a la escuela rural?, ¿por qué escogí el resto de Antioquia y descarté la ciudad?, ¿por qué me iba con mi título profesional para las montañas o riberas de los ríos? Eran las preguntas que recibía de manera insistente, seguramente también son las suyas. Ya les voy a contar.

Corría el año 2011 cuando en la Casa de la Cultura del municipio donde vivía con mi familia presentaban la película

Los colores de la montaña. Fui a verla, pues siempre me ha gustado el cine independiente. Al finalizar, salí con miles de preguntas atravesadas por la convicción de ser definitivamente maestra rural. No hubo espacio para las dudas que hicieran cambiar mi decisión de presentar el concurso en el año siguiente.

La historia de esta película me interpela y, por supuesto, me sugiere interrogantes que marcan la decisión indiscutible de llegar a la ruralidad: ¿por qué una profe decide llegar a una escuela rural?, ¿qué pasa en el campo colombiano con la educación?, ¿por qué pintar una pared con los dibujos de los niños y las niñas?, ¿qué propuesta discursiva hay detrás de una maestra que decide invitar a sus estudiantes a pintar aquella pared?, ¿qué sentidos se les atribuyen a los colores y los pinceles?, ¿qué mensajes hay ahí para resistir la violencia de este país?, ¿cuál es el papel de los maestros y maestras cuando llegamos a la escuela rural?, ¿por qué hay puestos vacíos cuando la profesora llama a lista?, ¿por qué hay que pisar con cuidado la manga para llegar a coger el balón?, ¿por qué las banderitas rojas en la cancha?, ¿qué sucede con la escuela en el campo?

Al final, las preguntas invadieron mi cabeza y necesitaba transitarlas, ya fuera para encontrar respuestas elaboradas o para decidir responderlas con mi propia práctica. La escena de los colores con los pinceles, que toma lugar en la pelícu-

la antes mencionada, la dejé grabada en mi memoria como marca sensible a la que vuelvo una y otra vez cuando es necesario, porque es justo ahí, en ese instante, cuando decido ser maestra rural. Es justo esa escena y no otra la que se vuelve provocación y también invitación, ya que estoy convencida de que la escuela pública merece buenos maestros. Digo que lo soy, no con ínfulas de superioridad, pero sí con el convencimiento de mi responsabilidad ética y política al estar aquí, con la certeza de que es posible construir un mejor país.

Una marca sensible que abre las puertas para hacerme una misma pregunta, aquella que interroga y quiere ahondar sobre el espacio educativo; entiéndase bajo este concepto la escuela rural y, con ella, el aula. Aquí me resulta valioso volver sobre las dinámicas: lo hablado y lo silenciado, los encuentros y los desencuentros, las rupturas, los discursos, lo oculto, lo visible, entre otros elementos importantes que subyacen en la escuela, de la mano de una reflexión pedagógica que supere la catarsis quejumbrosa y el análisis superficial de lo cotidiano. Digo esto porque en esta escena subyace una propuesta “otra” de espacio escolar, que está necesariamente intencionada. Aquí se propone no solamente pensar el contexto social de la escuela rural, sino también la posibilidad de transformarlo con los otros. Al final, una escuela toma fuerza cuando nos acoge por igual, nos abraza y nos permite soñarla para imaginar mundos posibles. Sea entonces este ejercicio de escritura reflexiva una posibilidad para la na-

rrativa, con el propósito de contar mi historia, que no es otra cosa que la materialización de mis sueños de resistencia.

Soy maestra rural. Hace algunos años, empuñando un pincel y agarrando un vaso con pintura azul, pinté el mar en una pared de la escuela a la que llegué. Los pinceles son para mí los objetos que me animan a seguir caminando y rayando bajo el sol a veces tirano. Maderas e hilitos que se llenan de color para llenar de magia mi revolución. Colores que me invitan a seguir con las botas puestas, pues las necesito para caminar y llegar a mi escuelita rural.

Soy maestra en Antioquia y aquí estaré siempre. Sigo teniendo mi tula llenita de sonrisas de las infancias campesinas con las que comparto parte de mi vida. Estas infancias saben de colores, noches oscuritas y lunas que despiertan al sol. Saben de palabras convertidas en canciones, cantos de aves y puestas de sol. Estas infancias son las que me invitan a transformar la educación. Me recuerdan que debemos seguir con las manos llenitas de colores porque también somos historias, fragmentos de memorias y mezclas de relatos. Somos un recuerdo colorido hecho en el cuaderno de Español, y a veces tenemos los cachetes colorados porque así los pinta el sol. Son presencias que toman lugar en el aula de clase; ese espacio de lo íntimo, la complicidad, los encuentros, los desencuentros, el ruido, la alegría, el llanto, la catarsis y el silencio.



ANACARDIUM

EXCELSUM: DE LO COTIDIANO A LO EXTRAORDINARIO

Wilson Ramírez Salazar*

El salón de clases era un laboratorio de física cómodo y ventilado, muy adecuado para la temperatura del municipio, que a veces se incrementaba a 29 °C. Su piso era de baldosas envejecidas y desgastadas por el uso al que estuvieron sometidas durante varios años. La pizarra era nueva y de color blanco, lo que permitía, en la representación de los conceptos, pasar de lo cotidiano a lo extraordinario; por ejemplo: explicar el fenómeno de la naturaleza conocido como el arcoíris, que aún causa intriga en los estudiantes. Así, a partir de una construcción geométrica en el tablero se podía responder a preguntas del tipo: ¿cómo se genera el fenómeno?, ¿cuántos colores y cuales se observan?, ¿cómo actúa el Sol en ese momento? Un rectángulo construido en acrílico se convertía en un puente para cruzar de lo básico de una figura a lo maravilloso de un fenómeno natural; y un recinto adecuado para dar clases de Matemáticas y Física a estudiantes de sexto a undécimo grado fue transformado en un lugar para pensar como científicos, constructores, negociantes, pintores y poetas.

Qué se puede contar del profesor de Matemáticas y Física, simplemente una mezcla del Maestro Ciruela (1987), como lo describe Almendra “cuando reparó en un tipo curioso y sorprendente que se acercaba con pasos de gorrión y los pies muy abiertos” (p.7) y de Manjarrés, el maestro de escuela definido por Gonzales (1941) como un ser extraño, al afirmar que “muchos somos los que nos

sentimos «grandes incomprendidos»: todos los artistas y los que ejercen la filosofía; todos los pobres; los que padecemos y en cuanto padecemos. ¿Será defensa que suministra la naturaleza, para que los pobres no se aniquilen? ¿Seremos dioses miserables? (p.3).

En el escritorio del docente se podían observar trabajos, cuadernos, libros, y materiales cotidianos para la gente del común; pero extraordinarios cuando se utilizaban para potenciar conceptos en las cátedras. Hablando de las clases, el tiempo se hacía corto para la cantidad de ejercicios, problemas, demostraciones por realizar... Poco tiempo para predecir la fecha de un nuevo encuentro de dos cometas que se aproximan al Sol cada uno realizando el recorrido en diferentes años. Mínimo tiempo para imaginarse la construcción de un muro con una variación en el número de obreros. Imperceptible tiempo para responder cuántas palomas había en la bandada después de proponerles esta incógnita: “un gavián se cruza en vuelo con lo que parece un centenar de palomas. Pero una de ellas lo saca del error: No somos cien —le dice—. Si sumamos las que somos, más tantas como las que somos, más la mitad de las que somos, y la mitad de la mitad de las que somos, en ese caso, contigo, gavián, seríamos cien”.

Escaso tiempo para predecir la factura del teléfono a partir del consumo de minutos y su precio, recurriendo a un

simple sistema de ecuaciones. Tiempo fugaz para resolver preguntas como por qué un paracaidista puede lanzarse desde muy alto y no sufrir daños al llegar a la tierra; y cuántas imágenes de una persona se producen en dos espejos planos cuando se coloca en medio de ellos a una determinada distancia. Estas situaciones e interrogantes transforman el aula cotidiana en un lugar sorprendente. Es pertinente la reflexión sobre si, de alguna forma, las horas de clase transcurridas y los razonamientos mencionados suscitaron los hechos que a continuación se aluden y que originaron la participación de los estudiantes.

Fue algo extraordinario para los alumnos y para el educador cuando la Gobernación de Antioquia envió a las instituciones educativas del departamento la invitación a participar de una competencia para estudiantes a los que les gustara interactuar con la tecnología. El convite consistía en la solución de diez retos relacionados con ciencia, tecnología y artes gráficas. Estos desafíos, en un porcentaje significativo, apuntaban a resolver situaciones problemáticas que existían en cada municipio donde habitaban los estudiantes. Para los clubes que terminaran con mejor puntaje los retos tenían un premio inicial: participar durante tres días de un campamento digital en la ciudad de Medellín.

Atendiendo al llamado de la Gobernación, en este mismo salón, en este mismo tiempo, en estos mismos encuen-

tros, se creó el club de robótica llamado “Anacardium Excelsum”, motivado en las prácticas sobre los temas de la competencia en las clases de Matemáticas y Física, en las cuales ya se había trabajado edición de videos, entornos de programación, y algunos pinitos en robótica. El club, conformado por cinco estudiantes de undécimo y el profesor, comenzó a reunirse todos los días en las tardes, aprovechando la carpintería de un tío de uno de los estudiantes. Con el sitio, las herramientas, los recursos extraídos de materiales reciclables y las ganas, se empezaron a resolver los diez retos propuestos, interesantes y muy relacionados con las matemáticas y la física. Se efectuaron en un 100%, con un puntaje alto gracias al sacrificio de los integrantes y al apoyo conjunto de las familias de los alumnos y de la familia del docente. Esto permitió al club clasificar a la cita en la capital de la montaña.

Ya la cotidianidad de la vida de estos estudiantes había cambiado, este suceso para ellos convirtió sus rutinas de estudio en un propósito más amplio de lo normal, en una intención extraordinaria. En el campamento digital, los estudiantes se veían atónitos frente al encuentro con estudiantes de otros municipios, la organización y el uso de tecnologías del evento que eran nuevas para ellos. En este espacio se debían resolver otros diez retos diferentes a los que se habían resuelto en la etapa clasificatoria, al igual que obtener un buen puntaje entre más de trescientos clubes digitales. Es-

tos desafíos estaban relacionados con el uso de tecnologías, experimentos, construcción de circuitos, elaboración de videojuegos, entre otros. “Anacardium Excelsum”, en el campamento, clasificó de nuevo entre los diez mejores clubes y luego, frente a la exigencia de la competencia, quedó en segundo puesto a nivel de Antioquia, mostrando humildad, respeto, disciplina, trabajo en equipo, creatividad, destreza en matemáticas y habilidades en física.

El conjunto de estos conocimientos potenció el uso de las tecnologías, lo que contribuyó significativamente a la creación de soluciones ingeniosas para cada uno de los retos. Este acontecimiento fue algo sorprendente para los estudiantes, para el educador y para la cotidianidad de la institución. Además, para el municipio, lo hecho por este grupo fue algo extraordinario.

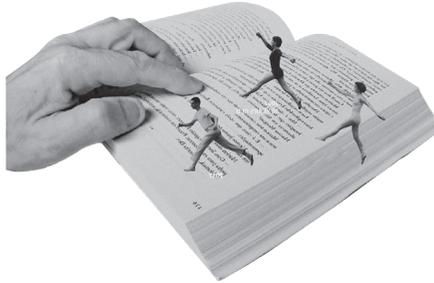
A raíz de los sucesos descritos, los jóvenes tomaron como opción la educación superior en sus proyectos de vida. En este momento, los cinco estudiantes están terminando carreras profesionales relacionadas con la matemática y la física. El profesor aún se encuentra en su escritorio con trabajos, cuadernos, libros, y materiales cotidianos; buscando una ecuación que permita convertir la vida cotidiana de los estudiantes en una vida extraordinaria, y fomentando el amor hacia las matemáticas y las ciencias.

Referencias

Almena, F. (1987). *El maestro Ciruela*. Susaeta Ediciones.

González, F. (1941). *El maestro de escuela*. Editorial ABC.





UNA HISTORIA

DE VIDA EN TERCERA PERSONA SOBRE UN MAESTRO
QUE SIEMBRA POESÍA EN EL TERRITORIO

Edwin Andrés Rendón*

* Maestro de la Institución Educativa Agrícola Víctor Manuel Orozco del municipio de Támesis. Correo electrónico: rendonandresedwin@gmail.com

Te invitamos al suroeste de Antioquia a tomarnos un café con el profesor Edwin Andrés Rendón y a conversar sobre su labor poética y pedagógica en torno al territorio. La ruta es fascinante, para este viaje es necesario cruzar la ladera oriental de la cordillera Occidental, arribar a las estribaciones de los farallones del Citará y el río Cartama; y sentir primero el aroma del café y el sabor del cacao. También, debes escuchar las voces ancestrales y sentir el espíritu de la montaña. Asciendes y llegas al municipio de Támesis, no desfallezcas. Remonta la pendiente y te encontrarás en la Institución Educativa Agrícola Víctor Manuel Orozco, un centro que tiene cincuenta y cinco años dedicados a potenciar la vocación agrícola de la región, en armonía con la naturaleza. La economía del municipio se basa esencialmente en el turismo, el comercio, la ganadería, los trapiches paneleros y la agricultura. La población cuenta con 254,69 kilómetros cuadrados de extensión, demarcados por espesas montañas y una extraordinaria proliferación de aguas naturales (quince ríos de cauces variados).

Edwin Andrés Rendón es docente de Lengua Castellana y Literatura. Él ha trabajado por más de dieciséis años en las montañas cafeteras del suroeste de Antioquia, una región extraordinaria del departamento con una gran riqueza natural. El profesor Edwin se distingue por una forma de enseñanza lúdica, divertida, práctica y creativa que parte de las necesidades del territorio y de los gustos e intereses

de los estudiantes. Articula el lenguaje y la literatura con la formación humana y ciudadana, con la educación para la paz y la educación ambiental. Su principal aporte ha sido desarrollar una pedagogía del territorio, una práctica innovadora desde el lenguaje, la literatura y la poesía, centrada en las necesidades de la región. El impacto ha sido extraordinario, se ha fortalecido el interés por estas actividades, por el pensamiento crítico y creativo, la sensibilidad y la formación ciudadana. Desde el proceso que se ha desarrollado, se han publicado varios libros con textos de los estudiantes. Su forma de enseñanza ha transformado las instituciones donde ha laborado, desde Fredonia hasta Támesis transitan versos, historias y diversas experiencias pedagógicas que han impactado a la comunidad.

El profesor Edwin, al igual que sus estudiantes, proviene de una familia campesina. Desde la infancia se enamoró de la literatura al escuchar la tradición oral de la región, las historias de los abuelos, arrieros e indígenas. Desde niño descubrió la magia y el poder de las palabras, soñaba con ser maestro y poder compartir su amor y pasión por los libros. Con mucho sacrificio y esfuerzo, y gracias al apoyo de la familia y de grandes maestros, logró iniciar sus estudios de educación superior. Fueron muchos días con hambre, pero con la convicción de cumplir sus sueños. Sabía que no podía decepcionar a todas las personas que creían en él, imaginaba a su padre viejo, cultivando el campo para que él pudiera

estudiar. Se graduó como licenciado en Español y Literatura de la Universidad de Antioquia, luego realizó una especialización en Literatura y una maestría en Literatura en la Universidad Pontificia Bolivariana, y actualmente estudia un doctorado en Literatura en la Universidad Nacional de la Plata, en Argentina. Nunca ha parado de estudiar, se ha formado con disciplina y dedicación para brindar una excelente educación a sus estudiantes. Luego, regresó a trabajar como maestro en su misma región de origen y ha enfrentado todos los desafíos que conlleva ser docente en Colombia. Ha aprendido a poner gotitas de luz en la oscuridad, recordó lo que había descubierto, cuando era niño, sobre el encantamiento y la fuerza de las palabras; y ha aportado desde la educación a la construcción de cultura de paz desde el lenguaje, la literatura y la poesía como medios de construcción de sentido social, histórico y crítico.

La estrategia de enseñanza del profesor Edwin Andrés Rendón se define como Pedagogía del Territorio y se ha consolidado como un modelo de enseñanza que ha sido sistematizado, evaluado, socializado en eventos académicos y reproducido por otros maestros. Su enfoque particular relaciona el lenguaje y la literatura con el territorio, la formación humana y ciudadana, la educación ambiental y la educación para la paz. Ha sido conocido en el país por la metodología y la didáctica de esta pedagogía que, si bien está fundamentada en la pedagogía crítica y en las epistemologías del sur,

aborda una serie de experiencias y proyectos que parten de las necesidades de la región.

A partir de esta metodología, el profesor Edwin ha desarrollado una serie de prácticas que han tenido gran impacto en la comunidad, por ejemplo, el proyecto que se denomina “Escuela del territorio”, donde se articulan los saberes campesinos y los conocimientos ancestrales al currículo, a la vez que se fortalece la educación ambiental. Así mismo, adecuó un laboratorio de literatura que posibilita un excelente ambiente de aprendizaje. También, creó una metodología propia llamada “La travesía literaria”, que concibe la clase como un viaje en el que los estudiantes aprenden haciendo y jugando. La construcción del conocimiento se ha convertido en una aventura.

De igual forma, ha desarrollado un proyecto en la ruralidad, llamado “El súper lector”, que articula el cómic y la promoción de lectura, y en donde el profesor, vestido de superhéroe y acompañado de la Liga de la Lectura, promueve actividades lúdicas entre los niños campesinos de la región. Así mismo, ha consolidado un proceso llamado “Escuela de paz y poesía”, donde los jóvenes han aliviado el dolor del conflicto armado a través de la escritura y la poesía. Del mismo modo, ha articulado los procesos del lenguaje con el rap y freestyle, para desarrollar habilidades lingüísticas. Ha creado acciones innovadoras en

época de pandemia para desarrollar aprendizajes significativos como, por ejemplo, “Poesía en época de pandemia”, donde el profesor, como un *youtuber*, propone desde redes sociales diferentes situaciones de aprendizaje a los estudiantes que están en casa. Además, desarrolla, a través de la televisión comunitaria, notas televisivas de fomento y promoción de lectura. Son famosas sus rutas de lectura, que se transmiten en el noticiero de la televisión comunitaria y son vistas por las familias de la región. Ha creado animaciones, empleado pódcasts y muchos otros recursos educativos para construir aprendizajes desde su enfoque metodológico.

Cuando el maestro Edwin inició el proceso, se contaba con estudiantes con complejas debilidades en la lectura y escritura, con emociones estancadas, dificultades para expresar ideas y sentimientos, y bajo desempeño en lectura crítica. Determinó, entonces, una línea base de acuerdo a indicadores específicos, como el nivel de desarrollo de competencias con relación a expresión oral, producción textual y lectura crítica, el nivel de satisfacción de los estudiantes, el nivel de aprobación, el desempeño en lectura crítica de la prueba de Estado, así como aspectos de convivencia escolar. Después del proceso que ha desarrollado con la implementación de su pedagogía del territorio, se evidencia un mejoramiento notorio en un noventa por ciento, de acuerdo con los indicadores establecidos des-

de la línea base, que partía de cincuenta por ciento. Ese noventa por ciento de avance en los aprendizajes se sustenta en el desarrollo de competencias en relación con maneras de pensar y vivir en el mundo.

De acuerdo con la Pirámide de Maslow, desde la Pedagogía del Territorio ha aportado a la satisfacción de necesidades relacionadas con la filiación, el reconocimiento y la autorrealización. Filiación en el sentido en que ha contribuido a la construcción de relaciones sociales, vínculos de amistad y fraternidad, experiencias que han posibilitado aceptación social. Reconocimiento en la medida en que ha brindado elementos para la construcción del respeto por sí mismos y el ambiente, se han potenciado valores como la confianza, la independencia y la libertad. Igualmente, se ha aportado a la autorrealización, en tanto ha contribuido a la motivación por el crecimiento personal, se ha desarrollado la creatividad, la sensibilidad y el pensamiento crítico. Finalmente, se ha privilegiado la formación ciudadana y se han afianzado herramientas para la solución pacífica de los problemas. Su propuesta pedagógica cuenta con un plan de continuidad y con un plan de acción específico para cinco años, lo que garantiza su sostenibilidad.

La pasión, amor y compromiso del profesor Edwin Rendón lo ha llevado a ir más allá de los horarios de tra-

bajo formales, ya que las necesidades del territorio y la comunidad requieren de muchos otros momentos y la participación de muchas otras personas. Es así como ha creado programas especiales fuera del horario escolar, como el “Club de lectura en familia”, donde comparte experiencias y estrategias de lectura con padres y madres, como aliados en el proceso de lectura de sus hijos. También, desarrolla una tertulia literaria juvenil, donde con sus estudiantes se reúne para compartir, disfrutar y conversar en torno a las experiencias de lectura. Además, lidera un grupo de investigación de profesores, donde se desarrollan preguntas, problemas y proyectos desde el territorio.

Durante su vida como maestro ha recibido el reconocimiento de su trabajo por parte de sus estudiantes, y fue galardonado por el Ministerio de Educación Nacional de Colombia como uno de los mejores maestros de Lengua Castellana del país. En varias ocasiones, la Secretaría de Educación de Antioquia ha premiado sus experiencias significativas. Fue ganador del Premio Nacional al Docente BBVA y uno de los ganadores del Premio Latinoamericano Maestros que Inspiran. Por otro lado, fue finalista del Concurso Internacional de Poesía “La palabra de mi voz”, en Miami; y del Premio Internacional de Poesía Jovellanos, El Mejor Poema del Mundo, en España. Fue distinguido con mención de honor en el Premio

Nacional Casa de Poesía Silva, ganador de los Estímulos al Talento Creativo de Antioquia y ganador de la Convocatoria de Cultura y Patrimonio de Antioquia.

Esta historia no tiene un final porque aún tiene muchas páginas que se están escribiendo... Esta historia es apenas un poema de amor por la educación y, sobre todo, es la historia del esfuerzo de toda una comunidad que le aporta a la transformación social del territorio desde la literatura.





AVENTURA

MAESTRA

Luz Maris Robledo Magaña*

* Maestra de la Institución Educativa Rural Villa Nelly del municipio de Carepa. Correo electrónico: mimari24@hotmail.com

Desde niña he sido una enamorada de la docencia. Cuando jugaba a la maestra con mis amiguitos, ellos me decían que tenía madera para ser docente. Fui creciendo y mi amor por la educación fue ascendiendo hasta el punto de que mis profesores confiaban en mí y siempre me daban ánimo para seguir con mis sueños. Cuando me gradué de bachiller estaba muy asustada porque no sabía qué hacer. Mis padres eran de escasos recursos económicos y la universidad no era posible para mí ni en sueños. De hecho, en ocasiones, deseaba que el tiempo se detuviera para no graduarme tan rápido, pero mi familia siempre ha sido unida, por lo que algunos de ellos me consiguieron dónde quedarme en Quibdó, otros me colaboraban con los pasajes para la universidad y otros me pagaron el primer semestre. Meses después conseguí un trabajo y empecé a pagar todos mis gastos, incluyendo la matrícula de la universidad.

En 2001 me gradué como licenciada e inicié a trabajar el mismo año en ese bello municipio que me vio dar los primeros pasos: Vigía Del Fuerte. En mi ejercicio como maestra de Lenguaje siempre anhelaba tener un club de lectura, pues en mi casa me habían inculcado la cultura de las letras desde niña. Intenté en varias oportunidades crear el club, pero algo me faltaba y no me sentía a gusto, me parecía que la estrategia debía mejorarse, pero no lo lograba. En 2012 llegué a mi bella institución Villa Nelly, donde empecé con pie derecho de la mano del rector, Glaucon Matura-

na, quien desde el inicio me dijo: “Mi profe, cuenta con todo mi apoyo para que esta institución sea una abanderada de los procesos de lectura y escritura”. Entonces, con el rector y la coordinadora, Cecilia Palomeque, nos embarcamos en el maravilloso mundo de las letras, hasta el punto de que toda la comunidad educativa se vinculó.

Finalmente, conformamos el club y realizábamos diferentes actividades, como la hora de la lectura, el cuaderno viajero, los estudiantes tienen la palabra, pícnic de lecturas en familia, recitales, lectura a la radio, entre otras. No obstante, la actividad que más llamó la atención, la cual presentamos en un foro de experiencias significativas del municipio de Carepa, fue la estrategia “Llegó carta, un mensaje para ti, para mí, para todos”. Esta idea nació de la necesidad de enamorar a los niños y padres de familia de los procesos lectores y escriturales que se realizaban en nuestro plantel educativo. En ocasiones, los padres se mostraban descontentos porque realizábamos actividades para conseguir material de lectura para los niños y niñas, pues manifestaban que la situación económica estaba muy difícil como para estar haciendo ventas. También, mostraban apatía por la lectura. Fue entonces cuando nos llegó la idea de crear la estrategia antes mencionada.

El proyecto consistía en una especie de plan padrino. Con docentes de la institución, personal de la Alcaldía y do-

centes de otros planteles educativos, creamos un grupo para ayudar de alguna manera a conseguir libros y facilitar los procesos que llevábamos. Cada estudiante tenía su padrino y mensualmente le mandaba cartas a través de las cuales le contaba cómo iba su proceso académico y disciplinario en la institución. Inmediatamente, estos respondían la carta a los ahijados y corregían de manera muy sutil la ortografía y la redacción. En ese sentido, los niños iban mejorando y la corrección, lejos de desmotivarlos, los fortalecía cada día. La propuesta gustó tanto que ya los estudiantes no solo hablaban de los procesos académicos, sino también de las situaciones familiares, sus aciertos y desaciertos. De manera que la relación se fue fortaleciendo, hasta el punto de que los padres de familia también se empezaron a comunicar con los padrinos.

Los lazos salieron tan consolidados de la institución que parecían unos verdaderos compadres y ahijados, una verdadera familia. Los estudiantes fueron mejorando en cuanto a lectura y escritura; pero los valores también se fueron fortaleciendo, sobre todo la gratitud, ya que los niños vivían muy agradecidos con sus padrinos lectores y siempre se lo hacían saber en las cartas que escribían. Cuando era tiempo de cosecha eran felices recogiendo frutas en la vereda El Encanto para mandarles a los padrinos, que vivían en la cabecera municipal. Ahí estaba yo todos los miércoles con las bolsas de frutas para lle-

var como muestra de gratitud por su acompañamiento. Realmente éramos felices con lo que estábamos logrando. El rector y la coordinadora siempre estaban animando y buscando estrategias para que los procesos siguieran creciendo, mientras que los estudiantes y padres de familia habían avanzado significativamente.

Sin embargo, llegó la pandemia del 2020 y todo comenzó a estancarse. El club ya no se podía reunir de manera presencial y todo empezaba a detenerse. Todos estábamos muy tristes y no sabíamos cómo continuar. Entonces, se nos ocurrió la idea de hacer llamadas conjuntas y realizar lecturas y análisis a través de este medio de comunicación. Esto resultaba muy difícil, ya que los estudiantes viven en una vereda y la señal es muy mala. Seguimos intentando las llamadas grupales por un mes, pero los resultados de estos encuentros no nos convenían y llegamos a pensar que el club se acabaría, al igual que el plan padrino. A través de llamadas teníamos que fragmentar el grupo y, en ese orden de ideas, los encuentros eran más cortos y menos productivos.

Por esta razón, se nos ocurrió crear un grupo de WhatsApp, a través del cual nos reuníamos cada veinte días, pero la estrategia gustó tanto que decidimos hacerlo cada ocho días. Así, nuestro grupo, lejos de desaparecer, volvió a fortalecerse con algo a favor, ya que podían participar

personas de otros municipios. Entonces, tuvimos la participación de la Biblioteca Pública de Medellín, del profesor Fernando Hoyos, un promotor de lectura de Medellín; del escritor Clárido Mena, de Urabá; entre otras personalidades que nos han acompañado en el proceso lector en tiempos de pandemia.

En estos momentos en los que hemos vuelto a las aulas, nos reunimos una semana presencial y la otra virtual, de manera que el proceso lector va mejorando. Seguimos contando con algunos promotores de lectura de Medellín, quienes nos han vinculado a estrategias como Lecturas rodantes y otros procesos que se adelantan desde la capital de Antioquia. La estrategia se está restableciendo y, paradójicamente, con la pandemia se han vinculado más personas al proceso, puesto que a través de las redes nos conectamos con algunos compañeros de la Universidad del Chocó que decidieron participar después de conocer el proyecto.

Seguimos trabajando, tocando puertas para mejorar nuestros procesos y consolidándonos cada día como una comunidad lectora que sueña con escribir un libro con cada una de las historias que crean los estudiantes, padres de familia y docentes de nuestro maravilloso club. Trabajamos temas transversales como el empoderamiento de los jóvenes, el liderazgo femenino, los

valores, el medio ambiente, entre otros. Esperamos que cada día se sumen más entidades y personas interesadas en nuestra estrategia, para convertirnos en la comunidad lectora que soñamos.





EXPERIENCIAS

DE UNA MAESTRA

Fanny Rodríguez Flórez*

* Maestra de la Institución Educativa Divino Niño del municipio de Caucasia. Correo electrónico: frodriguez153@gmail.com

En un pequeño caserío ubicado en la vereda La Virgen del municipio de Caucasia, Antioquia, llega una dama de veinte años a ocupar un espacio en una pequeña escuela como docente de primaria. Es una joven de estatura baja, ojos saltones, cabellos rizados y una pequeña sonrisa que la hace amable, bonita y servicial. Comienza a recorrer el caserío, indagando y analizando cada paso que da. Ella es acogida por las personas de aquel lugar, y cuando le muestran la escuela nota que los pupitres son pequeñas mesas y algunas paredes son de material y otras de tablas. La profesora se da cuenta de que allí se implementa el programa de Escuela Nueva, una metodología de preescolar a quinto grado orientada por guías de aprendizaje.

Nuestro personaje principal se llama Fanny Rodríguez Flórez, la cual se presenta en una reunión de padres de familia, en donde con cariño y paciencia toma los datos más importantes de la comunidad educativa en la que inicia su primera experiencia como docente. Se llega el gran día en el que la escuela se llena de niños y niñas que con su algarabía y bullicio alegran aquel lugar. La profe empieza a conocer a sus alumnos y poco a poco va enterándose de cada uno. Ellos, con mucho agrado, la invitan a sus viviendas y hacen más placentera la convivencia escolar.

Se inician los procesos académicos con las guías de aprendizaje, lo cual es complicado para la profesora porque

debe atender los diferentes grados: de preescolar a quinto. ¡Qué experiencia tan dura! No todos los niños saben leer, comprender e interpretar, entonces le toca ayudarse con los niños más avanzados y dedicarles más tiempo a los pequeños y los que tienen dificultades.

Así, nuestra pequeña profesora comienza a estudiar haciendo diferentes cursos sobre el área de Lenguaje, Escuela Nueva, entre otros. También, realiza muchas actividades con ayuda de la comunidad, como rifas, bazares y competencias, con el fin de recoger fondos para hacer material didáctico, adecuar los espacios y mejorar los aprendizajes en los niños y niñas.

Estas actividades hacen que se vinculen a la comunidad los habitantes de las haciendas más cercanas, quienes llegan a caballo a colaborar consumiendo los productos, además se matriculan nuevos niños gracias a la gestión de la profesora. Comienza a crecer la institución, por lo que se solicita a la Secretaría de Educación otro docente y un colaborador en salud.

Empieza un arduo trabajo académico y formativo con la participación de diferentes entidades de la cabecera municipal, como sacerdotes, enfermeras y vacunadores, los cuales hacen que nos sintamos más acogidos y orientados en los diferentes procesos. La profesora realiza encuentros

deportivos con las escuelas aledañas para integrarnos y conocer diferentes entornos. Recuerdo que a ella se le daba el caballo más manso, algunos iban en bestia y otros a pie, cuando el lugar era cerca íbamos a pie y con gracia debían alzar a la profesora porque le daba miedo cruzar puentes con troncos o tablas. ¡Qué recuerdos!, ¡qué experiencias tan agradables! Éramos felices con lo que teníamos y nada nos detenía cuando queríamos hacer las cosas.

Nuestro caserío fue progresando poco a poco gracias a la labor realizada en la institución educativa. La escuela es la parte más importante de un contexto, alrededor de ella giran todos los procesos que se dan en una sociedad para que pueda avanzar positivamente en un ambiente sano y productivo, teniendo en cuenta aspectos políticos, religiosos y de solidaridad. En definitiva, poco a poco se adquiere experiencia y se aprende de los demás.

Con el programa de Escuela Nueva se realizan pequeños proyectos de lectura y escritura para fortalecer las habilidades comunicativas: “La hora del cuento”, “Mi mascota”, concursos de poesía y ortografía y pequeños centros literarios donde los niños muestran sus habilidades comunicativas y de expresión corporal.

La profesora dice que para ella los procesos de enseñanza y aprendizaje son magia. En el momento en que menos

se cree, el niño o la niña es capaz de leer, escribir y hacer operaciones matemáticas. Es una felicidad inexplicable que nos marca para toda la vida, hace que nos guste más lo que hacemos y nos incita a seguir a pesar de todos los obstáculos. También, involucra a los padres de familia en diferentes actividades, con el fin de que se sientan actores de este proceso. Así nace el proyecto de la huerta escolar, es grandioso ver a todos y todas aprendiendo esta labor, recogiendo la cosecha y luego haciendo sus huertas caseiras. Ahora, a nuestra vereda llegan los sacerdotes a celebrar la santa misa, catequizar y hacer bautizos, algo que allí no se practicaba. Esta es otra experiencia que nos lleva a reflexionar sobre nuestra labor, la más bonita y placentera, puesto que no solo enseña conocimientos, sino que fortalece los valores, la familia y el contexto. Entre todos le damos una nueva mirada a la vida.

Así las cosas, nuestra profesora se marcha porque es trasladada a otra institución municipal, dejando muchas satisfacciones, pero un gran vacío en toda la comunidad educativa. Cuando se encuentran con ella en el pueblo, le dicen jocosamente: “Muy ingrata, no volvió a donde se terminó de criar”. Después de muchos años de experiencia, siguió su hermosa profesión en la Institución Educativa Divino Niño, en la que trabaja actualmente, ya con otras experiencias educativas que le ayudan a crecer como persona y profesional.



SUEÑOS

CUMPLIDOS

María Marleny Rodríguez Gómez*

* Maestra de la Institución Educativa Municipal José de los Santos Zúñiga del municipio de Chigorodó. Correo electrónico: mamarogo1@gmail.com

Quiero contarles la historia de María, una niña nacida en una familia bastante numerosa en un municipio de Antioquia. María es de cabello rizado, piel trigueña clara, ojos grandes, labios gruesos y mediana estatura. Se caracteriza por su facilidad para hacer los cálculos mentales que le proponen sus padres y hermanos para demostrar a otros familiares y amigos la gran habilidad de la chiquilla. En casa, normalmente se mantiene despeinada, pues su cabello no es fácil de peinar y su madre con sus múltiples ocupaciones solo le dedica tiempo a su cabellera cuando van a salir de casa. Sus hermanos la llaman “la de la melena revuelta” y ella no se molesta.

Sus padres no tienen con qué comprarle una vajillita para jugar; pero ella se las ingenia quitándoles las tapas a los tarros que se botan en casa, y así ajusta la vajilla completa (platos, vasos y ollas). En otras ocasiones, los platos son las hojas más gruesas que encuentra en las plantas cercanas a su vivienda. María es una niña muy feliz, a pesar de la pobreza en que vive. Ella disfruta cada momento junto a sus padres y hermanos.

María sueña con ser docente, ella es la profesora cada vez que juega con sus hermanos o amigos. Las tizas que utiliza son pedacitos de carbón que saca del fogón de leña apagado y el tablero es una de las paredes del patio de su casa. En su aula hay espacio para todos y a la hora del recreo la mamá de María les ofrece colada de harina de trigo a todos los estudiantes.

Sin darse cuenta, el tiempo fue pasando. La niña inició sus estudios en una escuela rural donde vivían sus padres. Allí hizo primero y segundo en el mismo año porque el profesor Gerardo la promovió después del primer semestre. En esa escolita los niños no usaban uniforme, entonces María nunca se había puesto uno. Al iniciar el grado tercero volvieron al pueblo y en la escuela del barrio Las Mercedes, donde inició a estudiar la niña, sí lo portaban. María estaba tan ansiosa por lucirlo que todos los días decía: “Mamá, hágame mi uniforme”, porque su mamá sabía coser y ella misma los diseñaba para que le salieran más favorables. María insistió tanto que su madre tuvo que darse prisa y, por fin, se llegó el gran día de estrenar. Sin embargo, la felicidad no fue completa, pues cuando ella llegó a la escuela se dio cuenta de que su traje era distinto al de todas las otras niñas. Esto porque las líneas azules en forma vertical que llevaban los demás, María las tenía en forma horizontal. Ella tuvo que lucir la prenda diferente porque ya no había más dinero para comprar otra tela. Afortunadamente, no recuerda haber recibido burlas ni ofensa alguna por parte de sus compañeros. María es una niña muy conversadora, cumplidora de sus deberes escolares y bien comportada.

Un día, aún estando en el grado tercero, alguien tocó la puerta de su pequeño corazón. Era algo que nunca antes había experimentado. Por primera vez se sintió

atraída por un niño. Él era de otro salón, entonces María salía al descanso y lo buscaba con la mirada porque la escuela era pequeña. Tan solo lo buscaba para mirarlo, sin dejarse descubrir por él.

Pasó el tiempo y María llegó al bachillerato a sus diez años. Tuvo que cambiar de colegio porque en su barrio solo se podía estudiar hasta quinto de primaria. Ingresó al IDEM Frontino, que era la única institución del pueblo donde se podía estudiar de sexto a once. Le quedaba muy lejos, y aunque el colegio contaba con transporte escolar, la familia de María no tenía dinero para pagar los tickets del bus. Además, eran varios de la misma casa. Cuando una familia tenía más de tres hijos estudiando en el IDEM, le subsidiaban el transporte a uno de ellos, pero María nunca tuvo esa ayuda porque cuando comenzó el grado sexto el beneficio ya lo tenía Rubiela, una de sus hermanas. Cuando ella se graduó, le pasaron el subsidio a Amparo, quien apenas comenzaba el bachillerato, para que disfrutara de la ayuda por más tiempo.

El día en que cumplió sus quince años, recuerda que se estaba estrenando una blusa del uniforme y al salir del colegio varios compañeros le tiraron huevos. Como si fuera poco, cayó un fuerte aguacero y todos sus amigos se fueron en el bus. María tuvo que irse bañada en huevo, sola, caminando por la falda, que era un desecho por donde se llega-

ba al pueblo en unos quince minutos. Sin embargo, estaba muy feliz porque sentía que comenzaba a vivir la etapa más linda que una mujer pudiera experimentar. Al llegar el fin de semana, los padres y hermanos le celebraron sus quince años. La hermana mayor, Robertina, ya trabajaba y contribuía demasiado con los gastos del hogar. Ella misma le diseñó un vestido con una tela brillante color rojo con dorado. Justamente, al año siguiente María se graduó con título de bachiller pedagógico. En esta ocasión, el vestido fue fucsia con negro. A pesar de que la familia era de bajos recursos económicos, siempre se esmeraba por celebrar las fechas especiales, como los cumpleaños, los grados, los matrimonios de los hermanos mayores, etc.

Al siguiente año, María se casó sin haberlo planeado porque venía en camino un hijo a quien llamó Ángel. Tan solo iba a cumplir diecisiete años cuando nació el bebé. Tuvo que cambiar sus cuadernos y libros por pañales y teteros. Aunque se sentía muy enamorada, tanto de su esposo como de su hijo, veía cada vez más lejos y difícil de cumplir el sueño de ser docente. Cuando Miguel Ángel tenía seis años, por motivos laborales del señor Jairo, el esposo de María, tuvieron que viajar a la región de Urabá a buscar mejores oportunidades.

Llegaron al municipio de Chigorodó, lugar donde Roberto, el hermano mayor de María, tenía una tienda. Él les propu-

so que la administraran y que podían pagar el surtido poco a poco para quedarse con ella. Jairo y María aceptaron y con algo de temor decidieron trabajar en ella.

A la semana siguiente, María fue a una escuela llamada Gonzalo Mejía a pedir el cupo para su hijo, quien iba a comenzar el grado primero. Al llegar, la recibieron dos mujeres, una era la directora de la escuela y la otra era una amiga y colaboradora de la directora. María se presentó diciendo de dónde era y qué buscaba. Además, aprovechó para ofrecer su servicio como docente. María se llevó una gran sorpresa cuando la amiga de la directora dijo: “Doña Eumelia, dele el cupo a mi paisana”. Ella también era de Frontino, a pesar de que no se conocían. La directora le dio el cupo y luego le sugirió que llevara una hoja de vida a la Secretaría de Educación para ver si le colaboraban allá cuando fueran a nombrar a los docentes contratados. Obviamente no iba ser fácil conseguir un contrato en esas condiciones, sin experiencia laboral ni recomendaciones, en un pueblo donde nadie la conocía y, como si fuera poco, para esos días en el municipio había muchos docentes de Urabá y Chocó buscando empleo.

La experiencia docente de María: un regalo de parte de Dios

A la semana siguiente, María fue a llevar a Ángel a su primer día de clase. De pronto, la estaba buscando la paisana, amiga de la directora, y le dijo: “Usted es la muchacha de Frontino que dijo que había estudiado para ser docente, ¿cierto?” María respondió afirmativamente. La señora agregó: “¿Quieres colaborar con un grupo a doña Eumelia mientras contratan los docentes?” María no lo pensó dos veces e inmediatamente le dijo que sí, aunque la señora le recordó que era por colaboración, ya que ella solía hacerlo mientras nombraban a los docentes contratados, pero ese año no podía.

María estaba tan feliz por esa oportunidad que llegó dichosa a contarle a su esposo lo que había pasado. Al día siguiente, comenzó como docente en una de las escuelas con mayor renombre en el municipio: ¡Gonzalo Mejía! No lo podía creer. Aunque era por colaboración y sin un contrato, ella estaba feliz por esa oportunidad. Anhelaba que tan siquiera le perdonaran la matrícula de su hijo porque para esa fecha había que cancelarla.

Le asignaron un grado primero con cuarenta y cuatro estudiantes. Fue un gran reto para ella porque en su pueblo, cuando hizo las prácticas para docente, nunca

se enfrentó a un grupo tan numeroso. Además, para ese año comenzaba a regir un nuevo decreto que decía que solo podía reprobado el cinco por ciento de la población escolar. María estaba tan preocupada por los resultados de su trabajo que, en las horas de la tarde, citaba a su casa a todos los niños que presentaban dificultades con el aprendizaje para trabajar con ellos de manera personalizada. Pasaron los días y a María le dieron contrato por cuatro años consecutivos, hasta el 2005, cuando ganó el concurso de méritos para ingresar como docente en propiedad del departamento de Antioquia. Una satisfacción que Dios permitió que llegara a su vida.

Desde esa fecha, yo, María Marleny Rodríguez Gómez, trabajo como docente en la Institución Educativa José de Los Santos Zúñiga del municipio de Chigorodó. Me caracterizo por tener excelentes relaciones con los compañeros docentes, padres de familia y, especialmente, con los estudiantes. Estos últimos son mi razón de ser como maestra. Trato siempre de que se sientan importantes y amados. Así mismo, recibo tanto amor de su parte que hacen que mi trabajo se convierta en un disfrute. Es un intercambio de sentimientos y emociones todos los días. Ser docente es uno de los regalos más hermosos que Dios ha traído a mi vida.





¿Y SI

PRACTICAMOS EN LA ESCUELA?

Leonardo José Rodríguez*

* Maestro de la Institución Educativa San José del municipio de Uramita. Correo electrónico: lejoro8804@gmail.com

Hace un tiempo, no muy lejano, me encontré con algunas lecturas que cuestionaron lo que hacía en el aula y mostraron lo equivocado que estaba respecto a la concepción de las prácticas que intentaba enseñar. En ese momento comprendí que había olvidado la manera como me enseñaron a jugar fútbol en el colegio y las acciones que realicé para aprender a montar la bicicleta. Quizá, no habría recordado todo esto de no ser por la realización de mis estudios de maestría como becario de la Secretaría de Educación de Antioquia. Lo cierto es que, a partir de esta comprensión, desocupé mi vaso e inicié un proceso riguroso de indagación y producción de estrategias para la enseñanza, que hoy me permiten escribir lo que quiero contar.

Mientras estudiaba en la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB) leí un documento titulado Apropriación de las TIC en comunidades vulnerables: el caso de Medellín Digital, de las profesoras Gloria María Álvarez Cadavid, Adriana María Vega Velásquez y Guadalupe Álvarez; el cual habla del uso y la apropiación como elementos directamente relacionados con las prácticas. Esta última palabra no llamó mi atención porque creía saber de qué se trataba, pero el uso y la apropiación eran palabras sobre las cuales nunca había escuchado hablar en educación. Lo interesante de la historia es que mediante el estudio de las palabras poco conocidas me di cuenta de que el concepto de prácticas, esa palabra que supuesta-

mente conocía, era una construcción de muchas partes, de las cuales solo concebía una.

Según el trabajo de las profesoras, este se compone de elementos específicos, como el tiempo, el espacio, la frecuencia y la intención. Estos elementos permiten que se interioricen progresivamente habilidades relacionadas con cualquier proceso de aprendizaje, es decir, la apropiación mediante el uso de algún artefacto tecnológico (Álvarez, Álvarez y Vega, 2011). Al comprender lo que estaba leyendo, realicé un viaje hacia el pasado, específicamente al momento en que aprendí a montar bicicleta con la *cross* de mi tío, quien solo me la prestaba durante diez minutos todos los días para que experimentara en un espacio de diez metros lineales. Esto con la intención de apropiarse de habilidades que me permitirían avanzar sin caerme de dicho artefacto. Allí estaban los cuatro elementos que, efectivamente, me ayudaron a dominar la bicicleta.

Es fantástico pensar en la asociación que hacía cuando llegaba mi tío. De inmediato pensaba en el espacio, esa porción de la calle donde practicaba y, algunas veces, parqueaba algún carro o moto reduciendo mi campo de acción. También, asociaba el tiempo, pues eran solo diez minutos durante los cuales tenía clara la intención de cada una de mis acciones. Durante los primeros días la pretensión era sostener el equilibrio. Después, debía pensar en mantener-

lo mientras empujaba la bicicleta con mis pies. Por último, me concentré en hacer todo lo anterior mientras pedaleaba. Ahora sí, me lancé a la calle y floté alrededor de la cuadra con una felicidad que me hizo reír a carcajadas.

En ese viaje al pasado recordé el tiempo en el que ingresé al equipo de fútbol del colegio, sin saber tan siquiera cómo detener un balón. También, recordé a mi profesor de Educación Física proponiendo prácticas diarias en la cancha de fútbol durante dos horas después de clase, y gritando lo que debíamos hacer durante cada ejercicio. Recuerdo que un día, al final del entrenamiento, nos dio los balones y dijo que podíamos patear tiros libres desde donde quisiéramos. Desde que inicié los entrenamientos nunca había pateado uno, aunque siempre me imaginaba haciendo un gol desde fuera de las dieciocho, esto es, fuera del área. Todos pateaban y celebraban los goles o maldecían si no les salía bien el tiro. De pronto acomodé el balón, miré el arco e hice el chute. Logré las risas de mis compañeros y la mirada del profesor porque el balón salió en dirección al córner.

Al otro día, el profesor propuso la misma actividad al final del entrenamiento, pero bajo sus instrucciones. Nos orientó respecto a la posición del cuerpo según la elevación que queríamos darle al balón, además de los efectos y la forma de lograrlos. Estuve atento a cada explicación. Todos los días, en un espacio específico de la cancha de fútbol, usaba el balón

durante media hora con la finalidad de aprender a cobrar tiros libres desde fuera de las dieciocho. La intención primera fue llevar el balón hasta el arco. Luego de apropiada esta habilidad, el propósito era darle la elevación suficiente para que el esférico llegara al ángulo formado por el travesaño y el vertical izquierdo. Alcanzado este objetivo, tuve el empeño de lograr un efecto con el cual el balón se abriera hacia la derecha y luego se cerrara hacia el ángulo. Estas prácticas fueron observadas por el profe, quien me dijo que un día, cuando llegara el momento, debía hacer lo mismo durante un partido.

Los Juegos Intercolegiados llegaron y jugamos varios partidos sin perder ninguno. Pasamos a la final con el equipo con el cual habíamos empatado durante el primer partido. Esta vez, era obligación ganar si queríamos ser campeones. En el segundo tiempo hubo una falta a nuestro favor; muy cerca a la mitad de la cancha, el profesor me gritó: “Leonardo, es suyo, que sea”. Sin pensarlo dos veces tomé el balón y lo puse donde indicó el árbitro. El portero estaba un poco fuera, pero el balón estaba bastante lejos del arco. Cuando escuché el silbato, hice todo lo que había practicado con la intención clara de anotar, y así fue. El balón se abrió a la derecha y luego se fue cerrando hacia el ángulo. Alguien dijo: “Se lo comió”. Yo también pensé que el balón pasaba por encima del travesaño. Hasta el portero se despreocupó, pero el balón llevaba la fuerza justa para que entrara en el arco. La red se movió y yo sentí ganas de reír, llorar, gritar, saltar...

Al final, muchos años después de aprender a montar bicicleta y a cobrar tiros libres que se convirtieran en gol, fui consciente de que había realizado prácticas de las mismas que proponen las profesoras en su artículo. Fue en ese momento cuando empecé a estudiar los conceptos de prácticas, uso y apropiación. Todo esto con el fin de crear estrategias que permitieran la adquisición de ciertas habilidades por parte de los estudiantes.

La primera estrategia que diseñé tiene que ver con la enseñanza de la lectura y la escritura alfabética inicial, a partir del concepto de práctica y la conciencia fonológica. Esta estrategia se desarrolla mediante el uso de artefactos tecnológicos, como el computador, el celular o la tableta. El espacio es la interfaz del computador, el tiempo de práctica es de veinte minutos y se aplica cada día de clases al iniciar la jornada escolar. Son cuatro recursos digitales los que componen la estrategia. Para cada uno de ellos hay una intención que el docente comunica a los estudiantes de forma reiterada antes y durante las prácticas. Con esta estrategia los estudiantes de preescolar, primero y segundo se apropian de la lectura y la escritura alfabética inicial en tiempos que van desde los diez hasta los sesenta días de práctica. Esta ha sido reconocida a nivel nacional y departamental como experiencia significativa exitosa.

Otra estrategia que diseñé, denominada “Ortografía offline”, tiene que ver con el aprendizaje de las reglas de orto-

grafía a partir de la hipermedia que permiten las presentaciones de PowerPoint, en las que se presentan textos con una palabra escrita dos veces: una de manera correcta y otra incorrecta según las reglas ortográficas. Cada palabra mantiene un hipervínculo que, según la elección del estudiante, conduce hacia un mensaje en audio que dirá si la elección responde a la forma correcta o incorrecta, además de recordar el porqué de cada forma. Esta estrategia se aplica desde la interfaz del computador en los estudiantes que saben leer. Se realiza durante media hora al inicio de la jornada cada día por medio. La intención que el docente les comunica tiene que ver con la interiorización de los tipos de reglas ortográficas que deben aplicar durante los dictados, las producciones y las transcripciones textuales que se proponen en el aula. Desde pruebas pretest y postest se ha evidenciado la apropiación de las normas ortográficas por parte de ellos.

La lectura desde los componentes sintáctico, semántico, pragmático y morfológico está en un proceso de apropiación a partir de prácticas que se dan durante la semana usando los libros de la biblioteca. Se inicia con un proceso de interiorización de la decodificación automática, que aporte fluidez y convierta el lenguaje escrito en lenguaje oral. Se busca esta conversión porque los estudiantes entienden mejor cuando alguien les habla y por eso la lectura debe hacerse como si se conversara con el texto. Además,

se propone dicha decodificación como proceso para leer palabras nuevas y apropiar significados hasta el punto de que no entorpezcan la fluidez. Luego, se proponen prácticas con la intención de realizar lecturas con buena puntuación para pasar a textos donde se logre la extracción del propósito del escrito según lo que el autor pretendía.

Por otro lado, también se desarrolla una estrategia denominada “Paso a paso con las matemáticas”, que permite la apropiación de las operaciones por parte de los estudiantes. La estrategia se desarrolla mediante el uso de un celular y material impreso, los cuales son usados por los alumnos para explicar un proceso matemático que ellos mismos van grabando con el dispositivo móvil. Para lograr un buen video, cada uno debe interiorizar cada paso de la operación y la forma de explicarla, con el fin de que la persona que después interactúe con la grabación pueda entender. En este sentido, una hoja con una cuadrícula grande es el espacio, el repaso es la frecuencia y el aprendizaje para poder enseñar lo aprendido es la intención. Esta estrategia fue finalista en el evento Educaparty – 2021, organizado por Computadores Para Educar (CPE).

El mejoramiento de la ortografía es otra práctica que se desarrolla día por medio de clase, durante media hora al final de la jornada y con el uso de un cuaderno do-

ble línea. Según lo explicado, el espacio es cada hoja del cuaderno y la intención de cada práctica es realizar las grafías del alfabeto según lo indican las líneas y los colores del cuaderno. Con esta práctica algunos estudiantes han mejorado su caligrafía, entendiendo las reglas de la misma y la estructura de cada letra.

Planear y proponer prácticas para la enseñanza en la escuela es el asunto más importante a la hora de lograr aprendizajes de calidad y larga duración. Esto permite que el estudiante asocie la intención de un ejercicio con solo ver el espacio donde normalmente lo realiza y el tiempo que dura. Así, logran que la frecuencia modifique dicha intención según la apropiación de habilidades adquiridas. Son este tipo de asociaciones las que posibilitan que el estudiante no se desgaste ni se aburra, adquiera elementos de manera progresiva y avance hacia zonas de desarrollo más complejas. Desde la experiencia que he adquirido con la aplicación de las estrategias, puedo decir que los estudiantes aprenden más cuando saben lo que deben hacer, el tiempo es corto y los artefactos presentan indicaciones orales en audio, con señales visuales y auditivas.

Los estudiantes aprenden cuando tienen elementos que les recuerdan cosas que han estudiado antes, pues es válido regresar para recordar y volver a iniciar. En

este sentido, la escuela debe ser un lugar con diversidad de prácticas cortas y significativas, cargadas de elementos propios del contexto e integradas con las Tecnologías de Información y Comunicación (TIC) o cualquier otro tipo de tecnología que logre una mediación entre el diseñador del artefacto y el usuario.

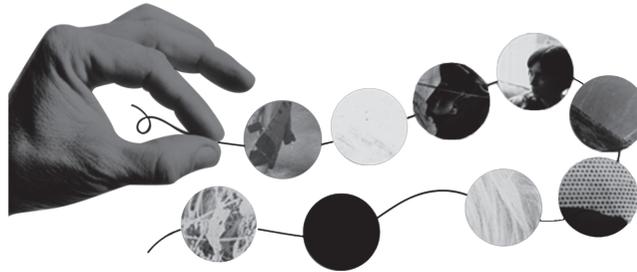
Las prácticas aplican como método para la enseñanza de cualquier tipo de conocimiento, ya que conservan las pautas que se tienen en cuenta en la vida cotidiana, ya sea en el campo laboral, el campo deportivo, la agricultura, la música, las artes, etc. Todo surge a partir del uso de artefactos y la apropiación de habilidades.

No puedo finalizar este relato sin antes llegar a un punto de reflexión relacionado con las prácticas, la apropiación, el tiempo establecido para cada área del conocimiento y la cantidad de temáticas por área que se proponen desde el Ministerio de Educación Nacional (MEN). Como ya se ha dicho, las prácticas requieren tiempo, frecuencia, intenciones y espacio. En este caso, la escuela es el espacio, cada área cuenta con un tiempo estipulado y las intenciones se pueden ver reflejadas en los referentes de calidad.

Referencias

Álvarez, G., Álvarez, G., Vega, A. (2011). Apropiación de las TIC en comunidades vulnerables: el caso de Medellín Digital. *Apertura*, 3(1). <https://www.redalyc.org/pdf/688/68822701015.pdf>





LA INVESTIGACIÓN:

CAMINO A LA FORMACIÓN Y TRANSFORMACIÓN DOCENTE

Beatriz Elena Rojas Cardona*

* Maestra de la Institución Educativa Versalles del municipio de Santa Bárbara. Correo electrónico: brojascard@gmail.com

Un día te despiertas y te das cuenta de que tu labor como docente se torna, por momentos, algo rutinaria y pasiva. Los días transcurren dentro de la cotidianidad escolar, entre ires y venires, actividades, risas, momentos de encuentro y retos por mejorar. En este caminar sucede algo mágico: el proceso académico y formativo de la Maestría en Educación, una experiencia que irrumpe mi ser y quehacer docente, que transforma lo cotidiano en algo extraordinario y que abre otros caminos y perspectivas para asumir una mirada crítica, reflexiva e integral en mi praxis educativa.

Y digo extraordinario porque pasar de docente a estudiante me permitió percibir en el espacio educativo otros ambientes de enseñanza y aprendizaje con diferentes formas, colores, olores y sabores; que están ahí para ser leídos, abordados, analizados, investigados, comprendidos, potencializados o modificados, por lo que es imprescindible no dejarse consumir en la cotidianidad, atreverse a explorar a través de nuevas teorías y estrategias de clase.

Dentro de la formación académica el docente no es profesional terminado, está en constante formación y aprendizaje. La investigación se convierte en la oportunidad de problematizar la práctica pedagógica, de construir saberes; pero, sobre todo, de aventurarse a vivir cambios permanentes dentro del aula de clase, ya que desde nuestras actuaciones en el proceso de formación teorizamos a fin

de crear conocimientos en relación con la enseñanza, el aprendizaje, la didáctica y todo aquello que es el saber específico del maestro.

Abandonar las viejas formas de enseñanza no es fácil, requiere de una constante autoevaluación, de romper paradigmas y de arriesgarse a innovar. Precisamente, el asumirme como docente investigadora me ha llevado a reflexionar sobre mi papel en las prácticas de aula. Es allí cuando te sales de toda rutina, cuando te permites generar un espacio para pensar sobre lo que haces y sobre cómo lo haces; y logras confrontar, validar, deconstruir y retroalimentar cada proceso. No solo comprendes, sino que también pones en práctica la máxima de que el estudiante es el centro del proceso educativo y el protagonista de su aprendizaje.

De esta manera, a través de diversas estrategias de aula, pensadas y llevadas a la práctica con objetivos claros y contextuales, la planeación se convierte en un reto permanente. Cada práctica de aula está acompañada de una intencionalidad pedagógica, que se apoya de diversas estrategias didácticas, generando ambientes de aprendizaje constructivos y significativos. Cada logro en el espacio educativo requiere articular teoría, praxis y una actitud docente cualificada.

Afirmo y reafirmo que aprender investigación y asumir ser docente investigadora transforma la comprensión de

nuestro rol. En mi caso, realizar un estudio sobre la comprensión lectora en el nivel crítico en básica primaria me lleva a concluir que las estrategias de lectura deben ser enseñadas y acompañadas por parte del docente, quien al guiar la enseñanza del alumno va fomentando la comprensión e incorporación de las técnicas y la necesidad de un aprendizaje autónomo.

El docente, por tanto, está llamado a entender su realidad para así cambiarla en actos como el buen trato, el reconocimiento del otro, la evaluación formativa, las diversas estrategias de aprendizaje, la capacidad de escucha y la pertinencia al expresar ideas y sentimientos a través del poder de la palabra y las enseñanzas, buscando que impacten de manera positiva a niños, jóvenes y adultos. Tenemos la responsabilidad de promover un ambiente que logre alumnos felices, con autonomía y habilidad para desempeñarse en el contexto.

La investigación es una experiencia de vida que transforma el ser y quehacer del docente para contextos educativos críticos; pero también transforma tu vida y los espacios de formación e interrelación: la mirada no vuelve a ser nunca igual.





LA CLASE

DE LOS INDESEABLES

Diana Marcela Serna López*

* Maestra de la Institución Educativa Pueblo Nuevo del municipio de Amalfi. Correo electrónico: dianamarcelasernalopez@gmail.com

Nuestros imaginarios

Hoy no escribo un caso especial, no es mi primer día de clase, no es la primera llegada al aula. He estado presentándome cada mañana a este salón de clases, a la misma hora y con el mismo propósito; lo he hecho por alrededor de seis meses continuos. ¿Qué podría ocurrir hoy de diferente?, ¿qué es aquello que dejará grabado para siempre este día en mi memoria?

Cada noche, antes de acostarme, vencida por el cansancio y las funciones diarias, saco un rato más para organizar la agenda del día siguiente: un momento de lectura, una clase de Matemáticas, un avance del proyecto de turno, algunas ayudas didácticas... Todo esto lo preparo con detenimiento, ante la vista homogénea de lo que deberán realizar veinticinco estudiantes del grupo de Aceleración del Aprendizaje. No son Gonzalo, Carolina o Jhul exactamente en quienes pienso, es una mirada global a los niños de un programa en el que deben nivelar sus competencias básicas para ser promovidos, así que dicha mirada es general y no particular.

Para mí, en ese momento no existen las individualidades, aquello que planeo lo veo como los medios y las formas en que puedo alcanzar que ellos aprendan, y seguramente cada cual —a su ritmo y forma diferenciada— logrará

cumplir dicho propósito. Ya que el profundo cansancio y la llegada de la noche me coartan a no pensar en cada uno de ellos, debo pensar en algo que todos deban realizar, y así se hace más sencilla y menos pesada mi carga; aunque en mi sentir interno logro comprender que no todos alcanzaran la meta del mismo modo. En la mañana, luego de jugar un rato a la madre y ama de casa, el transporte llega a mi puerta y tomando mis tradicionales morrales con “de todo”, como dicen mis compañeras de trabajo, me dispongo a llegar a la institución.

El camino

Arranca el pequeño motor de ese tradicional transporte, y mientras avanza entre las calles cuadrículadas de Amalfi veo por sus ventanas el desfile de madres que se desplazan con sus pequeños hijos a algún lugar del municipio para hacer sus “vueltas”. Otros van en sus bicicletas haciendo malabares entre el manubrio, sostener al niño y mantener en forma apropiada una sombrilla —qué particular me parece—; algunos niños viajan solos con sus morrales un poco más grandes que ellos, y entre despistados y acelerados cruzan las calles antes de llegar a su escuela.

Generalmente, se observa una larga fila en el hospital, pero cada vez son pacientes diferentes, que con sus caras de espera y cubiertos para soportar el frío aguardan

la voz de la ventanilla. Muchas personas desfilan ante mi mirada, viajan hacia sus obligaciones, algunos son acompañados por sus mascotas. Sus rostros siempre dicen algo, pero no me detengo a comprenderlo. Yo también llevo un poco de ese afán que parece que muchos cargan... En solo unos minutos estaré en mi destino.

El destino, la llegada

Se avizora la llegada a la ciudadela, lugar temporal donde funciona el aula de aceleración. Allí, con sus mochilas y sentados en las aceras, esperan el paraje del “motorratón”, algunos acuden para ayudar a cargar paquetes, otros exigen un beso de saludo, hacen comentarios sarcásticos y bromistas, cuentan algunos chismes de la noche o relatan el capítulo de la novela; avanzamos al salón de clase. No he podido lograr que esa llegada folclórica de los estudiantes se haga en el silencio que exigen los otros habitantes de la ciudadela, que aún no se resignan a este evento mañanero de la entrada ruidosa de los niños de aceleración. La verdad, suelo sonreír, tal vez en acto de complicidad.

En el escenario

En unos minutos destinados a la orientación de grupo hacemos una oración, cantamos algún estribillo, reconocemos la fecha que nos acoge, verificamos la asis-

tencia y se propone la rutina del día. Algunos se alegran de la propuesta, otros reniegan en su tradicional acto de contradicción, en el que parece que nunca les sirve nada, pero finalmente buscan cumplir. La tarea es para todos, hay metas y propósitos que alcanzar, cada uno recibe sus materiales, toma sus libros, pone sobre la mesa sus útiles. Algunos, como de costumbre, acuden a mí: “Profe, me presta...”. Generalmente no me niego, pero jamás entiendo por qué llegan a la escuela sin lápiz, ¿qué es lo que empacan en sus maletas?

La actividad es la misma para todos, pero la verdad es como si cada estudiante tuviera una tarea distinta. Pronto, sin pedirlo, se agrupan y se hacen en su compinchería. Yo se los permito y comienzo a caminar entre ellos; deseo saber cómo van, respondo algunas preguntas, llamo la atención de algunos, resuelvo algunas dudas, escucho algunos relatos que los niños suelen contar, aunque no se los esté preguntando, sonrío, respondo algo y les propongo regresar al trabajo de clase. En ocasiones, con algunos me enojo un poco, a otros les hago bromas (no es verdad lo del enojo, yo siempre les hago bromas). Ellos lo llaman *bullying*, pero parece que lo aceptan o se divierten, porque jamás he recibido una queja, solo dicen “la profe sí es...”. Por esta razón, algunas niñas han cambia-

do su nombre a “chimostrufia”, pero no lo ven como una ofensa, se ríen y me devuelven el apodo.

Me tomo un tiempo para observarlos; son muy comunes, aunque sus particularidades se noten. No entiendo por qué durante tantos años han sido los diferentes, los excluidos. Para mí son tan iguales a los demás que me da coraje que hagan comentarios déspotas sobre ellos. Parece que en las escuelas los califican solo por sus notas y olvidan los seres humanos que allí permanecen.

Seguramente, “dan lidia”, como dicen algunos compañeros maestros o madres acudientes; pero tampoco desconozco lo que se ha hecho por ellos. No soy su salvadora, pero mi propósito es que todos trabajen y logren pasar a sexto, que se reconcilien con la escuela y que tengan altas expectativas consigo mismos.

En qué momento ellos terminan convirtiéndose en la clase de los indeseables a los que se les agotan las oportunidades. Parece que han cometido graves errores, no han aprovechado el tiempo en la escuela y no alcanzan los estándares sociales en su vida académica: entrar al preescolar a los cinco años, a sexto a los once y que te gradúen a los dieciséis. ¿Eso determina el éxito de la vida?, ¿qué bueno por la cultura social del siglo XXI!; pero qué sucede con aquellos que no lo logran, qué ocurre con

la clase de los que aparentemente no quieren, de los que no pueden, de los que no consiguen esta meta social.

Ellos, los de la clase de los indeseables, los chicos que no ganaron sus años escolares, los que no aprendieron a leer a los seis años, los que la vida ha dejado atrás, los que en una especie de metamorfosis se han convertido en los escarabajos de la clase, los adorables tormentos de los maestros, los castigadores de los niños pequeños, los ruidosos amantes de las malas palabras, los intolerables muchachos grandes en la clase de los pequeños, los negados a aprender, los mal vistos y mal recomendados de los informes escolares.

El fracaso les corre por las venas, pronto se vuelven cómplices de su propio destierro, batallan contra la deserción de las masas que se desvanecen entre las sillas vacías de las aulas inertes de la primaria. Los olvidados del rincón, quienes pronto pierden su derecho a aprender, son también seres humanos que aún tienen oportunidad, y cuando llegan al aula de Aceleración del Aprendizaje encuentran un lugar que los acoge y que los invita a continuar, a no desistir y a darse el derecho de mejorar y quedarse en la escuela volviendo al éxito académico y personal.

La sesión avanza, poco a poco cumplimos los momentos de la rutina que se establecieron, pero no se perdona el

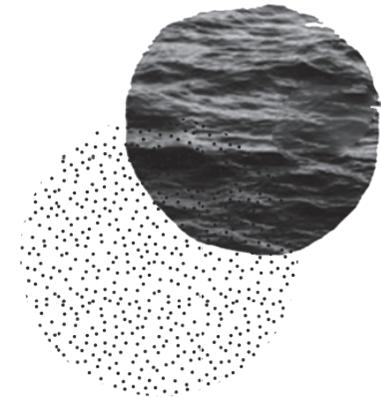
espacio del descanso. Ágiles para salir, pero lentos para regresar al aula. Exigen sus derechos y buscan hacerle conejo a sus deberes... ¡Así son!

Explico, cuento, vuelvo a explicar, hago recuentos y sugerencias para alcanzar el propósito de cada actividad, los invito a la calma y delego algunos líderes para que repartan el material, socialicen los resultados de sus trabajos y culminen las tareas propuestas. Algunos negocian sus términos, cambian las condiciones, piden algunas modificaciones; lo acepto cuando el argumento es bueno. Yo siempre pido más argumentos, pues suelen proponerme negocios desventajosos y con un ingrediente de pereza, así que no siempre hay acuerdos. Ya comprenderán, aunque existan algunos impedimentos, es necesario que mantengan las altas expectativas y trabajen hacia el logro que se espera obtener.

Parece que es muy rápido, pero el reloj va marcando la hora de salida. Se evalúa la jornada, hablamos de algunos aprendizajes del día, se asignan las tareas y acuerdos para la siguiente sesión y cerramos con un rito final, al que no necesariamente llamaría oración o reflexión. Algunos, apresurados, toman sus maletas, gritando “chao, chao”; otros se acercan por un beso. Corren, se estrujan, se hacen bromas, desordenan sus uniformes. Llamo la atención, pero irremediablemente se repite el acto joco-

so de la mañana. Algunos despistados se devuelven por objetos que dejaron en sus asientos, otros preguntan de nuevo por la tarea, y ahí entiendo con un fuerte presagio que seguramente no todos cumplirán con ella.

Los niños se van, en el aula habita un silencio y pronto también me retiro; pero aún hay mucho por hacer. De nuevo cae la noche y una nueva agenda de planeación aparece en mi cuaderno: el día siguiente, un momento de lectura, la revisión de la tarea, una clase de Lenguaje, un avance del proyecto de turno, algunas ayudas didácticas... Queda todo por hacer, en Aceleración del Aprendizaje siempre hay todo por hacer.





REFLEXIONES

DE UN MAESTRO CON SU PRINCIPITO.
EJERCICIO DE CONSTRUCCIÓN PROFUNDA SOBRE EL
IDEAL DE LA ESCUELA Y LA VIDA MISMA

Luis Carlos Tirado Franco*

* Maestro de la Institución Educativa Pedro Luis Álvarez Correa del municipio de Caldas. Correo electrónico: sartein@hotmail.com

Cuando el alma se despierta en una búsqueda incesante de hallar el valor de su propia existencia, solo en ese preciso instante comprende el legado profundo de la historia de su vida. Una vida trascurrída y a veces olvidada, pero que siempre anhelamos, soñamos y evocamos en los más oscuros y diáfanos días de nuestra adulta existencia.

Un día cualquiera, en un lugar cualquiera, se despierta en este ser ajeno del otro, y tal vez retraído de sí mismo, una inefable sensación de hastío, pero no uno cualquiera, sino uno profundo y emotivo que convoca a la búsqueda del otro y lo otro como una alternativa sublime y serena para sentirse útil, amado y recordado. Tal vez, en la reflexión consciente de mi propia existencia descubro, al igual que aquel piloto varado en el desierto, a un joven príncipe con cara de niño. Es en aquella espiritual experiencia de diálogos y apuntes que se suscita en mí un deseo perenne por encontrar la base de mi identidad vocacional, aquella que de forma genérica ha sido denominada como maestro, docente o educador. En realidad, no es el motivo exacto de este ensayo escudriñar el valor semántico o etimológico de las denominaciones precisas; por el contrario, quiero detenerme en la reflexión honesta de mis principios y prácticas escolares.

Volvamos a lo exacto del diálogo fecundo que puede suscitar un maestro de aula consigo mismo. Por ello es que hago referencia a aquel maravilloso libro de Antoine de Saint-Exupéry, publicado el 6 de abril de 1943, el mismo que luego de haber leído tantas veces me ha llevado a plantear que el diálogo entre el piloto y aquel principito venido del asteroide B612 es el mismo de todo maestro de aula consigo mismo, ya que cuando cada uno de los que formamos parte de la maravillosa tarea de educar comprendemos la visión del mundo tras los ojos de un niño o una niña, podemos sorprendernos del poder transformador de la escuela y apostar por conquistar más y mejores mundos para todos.

Reflexión primera, la infancia perenne

Dice Edgar Morin (2004) que la mejor forma de atender el mundo de lo complejo, codificado por demás bajo los estrictos cánones del adulto, es vislumbrando nuestra polisemia identitaria, una amplia amalgama de posibilidades configuradas desde nuestros fantasmas del pasado. En particular, el fantasma de la infancia a quien la modernidad pretendió darle protagonismo y posicionar como sujeto de derecho y reconocimiento en lo público. Debe el fantasma del niño o la niña enfrentarse permanentemente con el *homúnculo*, aquel hombre en

miniatura que intenta depurar la ingenuidad cálida y plácida del infante, adoleciendo de la perspicacia imaginativa de quien ve el mundo tras los ojos de la fantasía. Hacer que el adulto vea el elefante en el vientre de una boa y no un simple sombrero con forma y función es, ha sido, y tal vez siga siendo por mucho tiempo, el dilema general que debe enfrentar el adulto que custodia el rol de maestro al interior de la escuela.

Soñamos con trascender y transformar el mundo; pero, a la vez, castramos la imaginación y el ensueño, como si la condición necesaria para el aprendizaje y la liberación del espíritu creador y emprendedor no fuera el ensueño mismo. Discutir el referente racional desde la argumentación lógica occidental incurre en el error de la apatía por la equivocación. Nuestros currículos, que apuestan de libertarios, pretenden formalizar el pensamiento de la infancia como un eslabón más de la perennemente aplazada democracia que, por cierto, caracteriza a nuestra sociedad un tanto envejecida. Debemos apostar a tener más pinturas de cajas con huecos que oculten dentro de ellas no solo corderos, también pueden contener dinosaurios, zombis, ponis y cualquier otro objeto o ser imaginario que permita y dé cabida a narrativas más sensitivas y literarias. Acaso, ¿qué sería del mundo de Alicia sin un conejo o una reina de corazones?, ¿qué le ocurriría a Pinocho sin Pepe

Grillo?, ¿serían aburridas las rondas sin una “vaca Lola” o Susanita sin su ratón?

Nuestro viaje de aventura nos lleva a descubrir en la escuela la alegría de pintar el universo de color y fantasía. Nuestro encuentro con ese principito interior nos debate con el recuerdo de lo que soñamos y vivimos en aquel mundo posible de alternativas e identidades múltiples. Somos homúnculos porque los juegos de roles nos apasionan en la infancia, pero somos adultos tristes cuando olvidamos las cajas con corderos y las boas con elefantes que hemos dibujado.

Reflexión segunda: la necesidad de domesticar

Se llega al aula de clase con la alegría de ser para seguir siendo y comprender que la experiencia vivida se recupera y vitaliza en ese estar ahí, siempre en función de la utilidad y el poner al servicio del otro mi condición humana en su totalidad y fragilidad.

Qué mejor ejemplo sobre el acto de educar que el presentado por el zorro en su diálogo con el principito. Aunque para algunos el acto de domesticar pueda sonar como el ejercicio de dominación de uno sobre otro al que se considera incapaz, el ejemplo nos sitúa en la proporcionalidad exacta del compartir y servir la exclusividad de referencia entre quien ejerce el acto de enseñar y quien se sitúa en función del aprender. Es una coherencia en la interdependencia del sujeto como miembro de lo comunitario. En definitiva, somos partícipes de la construcción colectiva y conjunta de mundos y realidades, somos el reflejo siempre vivo de nosotros mismos en el rostro del otro.

Cada maestro, cada aula y cada escuela configura un estado *in situ* que demarca dependencia, pero que está en perfecta armonía. Llegar al aula de clase para observar a todos aquellos sujetos de afecto y empatía debe disponer a una reciprocidad en el diálogo, el afecto y

el sentimiento. Amarse a uno mismo como ser implica amar mi rol social y asumir mi papel en medio de las adversidades, con el compromiso sereno, pero certero, de que en el otro puedo hallar el eco de mis pasiones, situadas en el reconocimiento objetivo de lo posible y lo diverso. Aprender el uno del otro es el mejor acto de enseñanza que le puedo impartir a mis estudiantes, como también debatir con la posibilidad amplia de los acuerdos y no de los señalamientos que esclavizan y censuran. Hacer valer al otro por lo que es significa escucharlo para amarlo, así ese amar no implique aceptarlo todo.

Los estudiantes no son unos simples estudiantes, son mis estudiantes y, por tanto, sus mundos son míos también. No soy un superhéroe con capa y poderes en el aula de clase, pero sí soy alguien que domestica y se deja domesticar. Aunque todos siempre queremos volar, la verdad es que no poseemos alas; pero sabemos cómo fabricar las condiciones necesarias para ser aviadores o construir artefactos que nos lleven al cielo o al universo infinito. Acaso, ¿queremos seguir volando a mundos posibles donde habiten seres raros y complejos de los cuales podemos aprender siendo geógrafos, faroleros o reyes?, ¿será que no necesitamos superhéroes que nos salven o nos permitan desarrollar nuestros propios poderes?

La creación de lazos es algo tan vital como necesario en el acto educativo, llegar al aula de clase es amarrarme al otro, comprender al otro, necesitar al otro. Los nudos entorpecen el movimiento cuando no son seguros, pero unos lazos con nudos bien contruidos dan dinamismo y garantizan la función debida. La escuela requiere de compromisos mucho más estables, de ejercicios de reconocimiento por el otro y de necesidades mutuas de domesticaciones, para que el ejercicio de lo escolar no sea un simple paisaje en medio de tantos comunes.

Reflexión tercera: la emergencia de lo inútil

Describía el principito su asteroide y en él figuraban unas plantas gigantes; pero inverosímiles, puesto que pretendían crecer en medio de lo minúsculo de su planeta, razón por la cual, en el afán de proteger a su rosa, las quitaba de raíz. En la escuela, la capacidad afectiva es infinita, pero de estructura frágil. Nacen baobabs, algunos con raíces profundas y otras que parecieran haber evolucionado lo suficiente como para que sus cimientos les permitan mantenerse vigilantes. Los discursos educativos se centran en la eficacia del aprendizaje medido y estandarizado a través de indicadores, protocolos y múltiples fórmulas para el mejoramiento continuo. Claro que eso es importante, no quisiéramos

ver los baobabs asfixiándolo todo con sus raíces profundas, pero hemos descuidado lo simple para dar paso a lo complejo; como si la esencia de lo sublime no se fundara en el respeto por el otro, compartir con el otro y desgarrarme por el otro.

A la escuela de hoy se le ha olvidado la contemplación del día, la distracción en lo efímero, la diversión por el goce de hacer nada, el ocio como principio ordenador de lo complejo. La escuela se esfuerza en pintar paredes con paisajes sublimes cuando tras sus puertas hay contemplaciones necesarias y urgentes. En el planeta de cada uno de nuestros niños y niñas hay rosas egoístas a las que ellos se empeñan en amar o, por lo menos, domesticar. En el paisaje del patio escolar hay muchísimos niños que anhelan aprovechar una migración de pájaros para emprender su viaje y recorrer el universo. Los agentes escolares podemos ser pájaros que transportamos a esos niños de un planeta a otro, pero esperamos ser baobabs que demos sombra en planetas muchas veces insuficientes desde sus recursos. Ocultamos los aromas de la escuela y nos esperanzamos en el aliento de la rosa que egoístamente se cree el mejor paisaje en su planeta.

Reflexión cuatro: rompiendo certezas

Lo de verdad esperanzador en una utopía de esperanzas es el reconocimiento de lo humano como principio rector de la escuela y del acto educativo. No es posible seguir sumando esfuerzos en aras de lo no vital. Es evidente que lo vital es urgente. Mientras muchos seres se refugian en sus propios planetas y justifican sus acciones de forma urgente, allá en el horizonte también hay espacios por conquistar; pero, sobre todo, hay seres con los que se hace urgente compartir.

Es absurdo que sigamos construyendo planetas escolares donde habitan reyes solitarios, en reinos sin súbditos; allí irónicamente el poder se desvanece. Planetas de vanidosos obtusos que ciegamente se niegan a ver el valor del otro, cuando el otro es justamente ante quien se puede ser vanidoso. Planetas para ebrios que evaden la realidad, como si la escuela no fuera la alternativa de salvamento a mejores mundos posibles. Planetas para contadores de estrellas que únicamente desean las estrellas para sí mismos, como si la luz y la belleza de ellas no fuera un bien para todos. Requerimos, por el contrario, más planetas de faroleros que guíen caminos y sirvan al otro, no importa que para la comprensión de muchos su trabajo no sea valioso.

Por último, y no menos importante, están los dos planetas restantes, entre esos un planeta de geógrafos para que enseñen. Es un poco triste hablar de cosas que no se conocen, sobre todo cuando dicha deficiencia obedece a una prohibición subjetiva. ¿Cómo hablar del amor si nunca se le ha sentido?, ¿cómo enseñar sobre el color cuando nunca se ha percibido?, ¿acaso es mejor recitar las verdades que explorarlas, sentirlas y vivirlas? Debemos conquistar espacios y exploradores, debemos dejar que nuestros estudiantes recorran el universo para que lo relaten y lo recreen sin el determinismo de lo descriptivo, pero sí bajo las premisas de lo puntual en el saber y la ciencia. Ser explorador significa otorgar oportunidades para descubrir y maravillarme con la comprensión de lo espectacular que puede ser la cartografía del cosmos infinito, una ruta navegable pero no mapeable.



Reflexión final: la canción lógica

En el afán de estrechar lazos al interior del acto educativo, pasamos desapercibidos frente a las apuestas de enseñanza que recíprocamente nuestros estudiantes nos hacen. Devaneos constantes de aventura, epopeyas emocionantes de hazañas con personajes heroicos, que a pesar de la incertidumbre y el desasosiego se enfrentan al amanecer de sus miedos y frustraciones, caminan descalzos por la calle empedrada de su desafortunada vulnerabilidad infantil, convidan al aire que respira para que nutra su ya vacía cena, hablan con suspiros para que el dios de sus oraciones alcance a llenar sus expectativas familiares y sonríen al llegar a la escuela donde ángeles y demonios se enfrentan en batallas para arrebatarles lo mínimo que su corazón alberga.

Las batallas por el afecto, el reconocimiento del otro, ese estoico acto de supervivencia en el que la familia y la amistad se refugian en un solo lugar de rituales y cofradías, se libra en la escuela, el aula de clase, el patio de recreo, el pasillo donde deambulan las pasiones y los primeros amores. También, en el respeto por aquel adulto que se muestra imponente en sabiduría y gracia, y el rincón de la mochila que alberga manuscritos y anecdóticos recuerdos. En ese espacio escolar que todos ubicamos y evocamos aprendimos que el mercadeo

de espíritus es la fraternidad acogedora de la amistad, donde el desamparado se regocija para aventurarse a la desafiante lucha de su vida y donde todos salimos airoso de grandeza humana o con ampollas causadas por el azote del olvido.

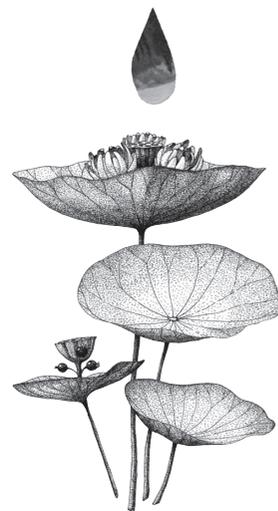
La amistad se solventa en la escucha y el respeto por el otro, en la claridad con la que se pueden exponer las ideas, y se diferencia del amor apasionado en esa falta de idealización subjetiva que nubla la razón. La escuela y el acto educativo deben esforzarse más en afianzar los vínculos de lo fraterno para poder reconocer las batallas del amigo como hazañas y victorias conjuntas. Ese zorro que educa y ese aviador que escucha no son



más que nosotros mismos reconociendo que seguimos siendo niños, aunque la carencia de la juventud nos llene de la sabiduría de los años. Tal vez el accidente del aviador en el desierto y la avería de su avión no sea más que el pretexto que establecimos todos para encontrar diálogos fecundos con nuestros jóvenes estudiantes, para construir narrativas propias desde las aventuras ajenas en mundos ficcionales, para regocijarnos en el amor por la rosa o la amistad con el zorro, para comprender que quien nos habla en el aula de clase sigue siendo nuestro niño interior, nuestro afán por permanecer y no envejecer; pero, sobre todo, nuestro afán por no ser olvidados. Es posible que algún día, al igual que el auto del principito, terminada la guerra de nuestra propia vida, decidamos perdernos en el océano infinito piloteando nuestra nave tras una bandada de pájaros que nos llevará a mundos extraordinarios; con la absoluta certeza de que en el sexto planeta habrá amigos humanos, crearemos lazos y pediremos perdón por haber crecido.

Referencias

Morin, E. (2004). *Introducción al pensamiento complejo*. Editorial Gedisa.





**VOCES QUE GERMINAN EN LA
COTIDIANIDAD DE LAS ESCUELAS.**

VOLUMEN I

ISBN: 978-958-5124-42-4



9 789585 812442

Gobernación de Antioquia.
www.antioquia.gov.co
Medellín, Colombia.



GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN



UNIDOS



GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN

